



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE PSICOLOGIA
DIVISION DE ESTUDIOS DE POSGRADO

**EL MMPI-2 Y EL ROL DE GENERO FEMENINO:
COMPARACION DE DOS GRUPOS DE POBLACION**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE :
MAESTRIA EN PSICOLOGIA CLINICA
P R E S E N T A

Mayra Aracely Chávez Martínez

Directora de Tesis: Mtra. Ma. Cristina Heredia Ancona

COMITE DE TESIS:

Dra. Emilia Lucio Gómez-Maqueo
Mtra. Martha Cuevas Abad
Mtra. Amada Ampudia Rueda
Mtra. Fayné Esquivel Ancona



México, D. F.

1997



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

	PAG.
INTRODUCCION	2
 CAPITULO I. <u>GENERO FEMENINO</u>	
1.1 CONCEPTO DE GENERO.....	6
1.2 MUJER.....	39
 CAPITULO II. <u>MEDICION DE LA AUTOPERCEPCION DE GENERO</u>	
2.1 PERSONALIDAD	66
2.2 DESARROLLO DEL MMPI Y MMPI-2	73
2.3 GENERO Y MMPI-2	85
 CAPITULO III. <u>METODOLOGIA</u>	
3.1 PROBLEMA.....	94
3.2 HIPOTESIS	95
3.3 DISEÑO	97
3.4 VARIABLES	97
3.5 SUJETOS	98
3.6 MUESTREO	99
3.6.1 CRITERIOS DE EXCLUSION	100
3.6.2 CRITERIOS DE INCLUSION	100
3.7 INSTRUMENTO	100
3.8 PROCEDIMIENTO	102
3.9 ANALISIS DE DATOS	103
 CAPITULO IV. <u>RESULTADOS Y DISCUSION</u>	
4.1 ANALISIS ESTADISTICO DE LAS ESCALAS DEL MMPI-2	104
4.2 PERFILES DE ESCALAS BASICAS CLINICAS, ESCALAS SUPLEMENTARIAS, ESCALAS DE CONTENIDO Y ESCALAS DE VALIDEZ ADICIONALES	109
4.3 DISCUSION	115
 CAPITULO V. <u>CONCLUSIONES</u>	
	119
LIMITACIONES Y SUGERENCIAS	123
 BIBLIOGRAFIA	

INTRODUCCION

En la actualidad se están generando múltiples cambios sociales, políticos, económicos y tecnológicos.

En este contexto cada persona desempeña múltiples roles sociales, que pueden variar tanto en su grado de estabilidad a lo largo del tiempo, como en los límites que marcan o definen la autopercepción del individuo y su posición pública. Dichos roles, asignados y asumidos, varían también en su grado de coherencia y en otras dimensiones.

La postura que se adquiere y se asume en función del género -masculino o femenino, según sea el caso-, está demarcado por el entorno cultural en que se desenvuelve cada persona.

Históricamente se han establecido diferencias entre los sexos, las cuales han significado segregación y desigualdad social. Esta situación se transmite generación tras generación. Así, la posición de la mujer, culturalmente, ha estado ubicada en la esfera de lo doméstico y de la reproducción de la especie, es decir, el ámbito privado y el hombre en la vida productiva, que corresponde al ámbito público.

Esta posición ha ido cambiando y en la actualidad el rol femenino, en algunos casos, ya no se limita al entorno familiar. La necesidad social y la profesionalización han permitido que la mujer incursione en la vida productiva -sin desligarse del hogar-; con lo que se tiene ahora una perspectiva de género diferente.

Si bien es cierto que lo anterior significa una diferencia en la ubicación del papel de la mujer en la sociedad, existen todavía muchos aspectos de la idiosincracia popular que mantienen y transmiten ideas, actitudes y posturas tradicionales; lo que genera que la sociedad conciba de una manera global la posición de la mujer, y si ésta todavía maneja la convicción de que la mujer es para la casa y los hijos, propicia ciertas actitudes entre las mujeres, tanto en las que permanecen en el hogar como en las que, sin dejar sus 'obligaciones' tradicionalmente impuestas, participan laboralmente en actividades productivas, económicas y políticas.

Esta problemática es motivo de estudio del presente trabajo de investigación, en el cual se obtuvo información sobre la posición genérica que actualmente manejan las mujeres, a través de sus respuestas al MMPI-2.

El rol de género que se asigna y asume culturalmente es un aspecto esencial de la personalidad de un individuo. El estudio de la personalidad es una área de atención especial dentro de la psicología, ya que los resultados de investigación en este campo

deben reflejar, cada vez más objetivamente, la estructura de la personalidad colocada en un contexto socio-cultural específico.

Desde la segunda mitad del siglo pasado ha sido materia de estudio formal la conducta humana. Desde los primeros intentos realizados a través de escalas de actitud e inventarios diversos, el campo de la investigación ha ido evolucionando. Tal es el caso del Inventario Multifásico de la Personalidad (MMPI), el cual apareció en 1940.

Desde su primera publicación, en 1942, el MMPI ha llegado a ser uno de los instrumentos más utilizados para la evaluación de la personalidad, no sólo en la psicología clínica, sino en áreas como la laboral y la educación (Rivera, 1987). En el caso del presente estudio, se aplicó para obtener datos y comparar la autopercepción del rol de género que manejan dos grupos de población femenina mexicana.

Con la finalidad de adecuar su funcionamiento, el MMPI ha sido modificado para responder a las condiciones actuales. En 1982 es revisado por Butcher, Dalhstrom y Graham, quienes publicaron la nueva versión. Así, aparece el MMPI-2 en 1989.

La revisión tuvo lugar debido a varias situaciones; la muestra original con la que fue creado el MMPI era muy pequeña y no cubría grupos de población importantes, en este sentido era necesario obtener una muestra normativa más representativa de la población general; en el conjunto de reactivos aparecían algunos que, con el transcurso de 40 años desde que fue creado, ya no eran operables por su lenguaje y estilo y algunos por su contenido; los criterios de evaluación y clasificación nosológica habían cambiado; y había aspectos de la personalidad que no cubría el instrumento original. Esto último dió lugar a la creación de escalas nuevas, tanto de validez como suplementarias y de contenido, las cuales pueden añadir datos importantes para ayudar a la interpretación de las escalas básicas.

En México se realizó la primera transliteración de este instrumento por Lucio y Reyes (1994); y, actualmente, se lleva a cabo su estandarización para adecuarlo a la población mexicana.

Al comparar los resultados de las puntuaciones obtenidas con el MMPI y el MMPI-2 se han detectado diferencias. Estas se observan, básicamente, en relación a la población femenina. Se ha planteado la incognita respecto a estas diferencias, ya que en el perfil de mujeres mexicanas la escala que obtiene una puntuación más elevada es la masculino-femenino (5), con T mayor a 65, lo cual sugiere que se alejan del rol tradicional femenino (Lucio y Reyes, 1994). Sin embargo, esta puntuación se ha encontrado con mayor frecuencia sólo en mujeres profesionistas (Butcher y Williams, 1992) y, así, se señala que las puntuaciones de esta población son debidas a que tienen características diferentes a la población femenina general. Por lo tanto, se hace necesario extender la aplicación del instrumento a grupos de mujeres diferentes a las estudiantes universitarias.

El propósito del presente estudio fue obtener información respecto a la similitud o diferencia entre dos grupos de mujeres mexicanas: estudiantes universitarias y docentes del Estado de Guerrero. Las escalas manejadas para realizar la comparación fueron las siguientes: Escala básica clínica 5 (Mf); escalas suplementarias: Represión (R), Rol de Género Femenino (GF) y Rol de Género Masculino (GM).

A partir de que ha llegado a ser un lugar común en la literatura el señalar a la tríada narcisismo, masoquismo, pasividad "como síntesis de la feminidad a partir de las aproximaciones freudianas al tema" (Baz, 1993, p.192), se hace necesario profundizar en el conocimiento de cómo asumen las mujeres en la actualidad su rol de género después de los cambios que se han vivido en el último medio siglo y, así, determinar también si la influencia cultural propicia ésto de una manera similar entre los individuos que conforman una sociedad determinada.

Se trabajó con la muestra de 1,107 mujeres estudiantes universitarias de la Universidad Nacional Autónoma de México, de las carreras de la Facultad de Ciencias, de la Escuela de Artes Plásticas y de la Facultad de Contaduría y Administración utilizada en la primera investigación realizada con el MMPI-2, versión español, en México por Lucio y Reyes (1994) en la Facultad de Psicología de la UNAM. Los datos comparativos se obtuvieron de una muestra de 168 mujeres docentes del estado de Guerrero, que laboran en los planteles de educación primaria y secundaria de la Secretaría de Educación de esa entidad.

Las maestras de educación pública han escogido una profesión considerada como tradicionalmente femenina (Hierro, 1982; Perera, 1982) y las docentes, por su profesión, son consideradas transmisoras de la cultura. En tal sentido se justifica el hecho de abordarlas como grupo comparativo, ya que reflejan las condiciones de la mujer; tanto en el aspecto de la transmisión de valores y actitudes (Namo de Mello, 1985) -por considerarse a la educación como una práctica social no solamente supeditada al mundo escolar sino determinada por el mismo entorno-, como en el de su participación fuera del hogar en la vida productiva.

Los cambios sociales que han tenido lugar en la última mitad del siglo siguen despertando la inquietud de los investigadores y es obvia la necesidad de revisión de los cambios de actitud que se suscitan como consecuencia; de vital importancia, en este orden de ideas, es la actitud de género, una de las que se ha visto más afectada y, además, de las que involucra una serie de aspectos correlativos esenciales en la personalidad del individuo y en su desempeño en la sociedad.

Los datos que se encontraron muestran como, a pesar del cambio socio-económico, el asumir el rol de género femenino dentro de la cultura mexicana mantiene semejanzas básicas entre grupos de población con diferente ocupación y ubicación geográfica.

CAPITULO 1

GENERO FEMENINO

1.1 CONCEPTO DE GENERO

Biólogos, psicólogos, sociólogos, antropólogos e historiadores se han preocupado por estudiar y definir el concepto de género en el funcionamiento de las sociedades.

Dada la escasez de conocimientos en el campo de la sexualidad en los años cuarenta, su terminología específica no atrajo mucha atención. Pero esta situación ha cambiado notablemente en las últimas décadas, y el estudio riguroso de la sexualidad, con sus derivados psicosociales, ha hecho que este campo se incorporara al área de las disciplinas del comportamiento (Katchadourian, 1984).

En el presente estudio, el interés no está centrado exclusivamente en la sexualidad, sino en sus derivados psicosociales; los cuales ayudarán a conceptualizar el término género.

Antes de hablar de género como categoría analítica se debe empezar por aclarar el concepto mismo. La palabra género se deriva del latín genus, que significa nacimiento u origen, y de aquí que represente cierto tipo. La definición clásica, de diccionario, es: "Género es la clase u orden a la que pertenecen las personas o las cosas. Conjunto de cosas semejantes entre sí por tener uno o varios caracteres comunes" (Raluy, 1976, p.186).

Como la anatomía ha sido una de las más importantes bases para la clasificación de las personas, tenemos dos géneros que corresponden a los machos y a las hembras de la especie: el masculino y el femenino. En la gramática española el género es el accidente gramatical por el cual se subclasifican los nombres, adjetivos, artículos o pronombres; pueden ser femeninos, masculinos o -sólo los artículos y pronombres- neutros (Moliner, 1983).

El sexo es un hecho biológico que por lo común tiene una presencia imperativa entre los seres humanos, y una dicotomía que es mutuamente excluyente: una persona es macho o hembra y sólo debe ser una cosa o la otra.

En este sentido fué concebida la noción de género desde el punto de vista biológico (Beach, 1974), la cual sólo diferenciaba el ser hombre o mujer desde el aspecto anatomo-fisiológico. Actualmente ha evolucionado la concepción de género en varios campos de estudio, más allá de la biología, ya que el sexo biológico implica diferenciación de comportamientos humanos, es decir, roles.

Cualesquiera que sean los factores biológicos y no biológicos que determinan el género y los roles sexuales, estas entidades se manifiestan siempre como aspectos psicosociales de un individuo dado. En otras palabras, aunque el género y el papel sexual se apoyan por definición en el sexo biológico de la persona y tienen, naturalmente, determinantes biológicos más allá de la anatomía genital, estos conceptos sólo pueden ser entendidos como fenómeno psicológico y social (Katchadourian, 1984).

Así, el concepto de género adquiere una nueva dimensión al redefinirse y considerarse ahora "como la construcción social que se impone a un cuerpo femenino o masculino y le conforma una identidad o rol esperado por su cultura" (Gerbilsky, citado en Hierro, 1995, p.32). En este sentido diversos autores han formulado definiciones, de las cuales aquí se plantean algunas: "Género es una construcción social, cultural e histórica" (Cucchiari, citado en Lamas, 1986, p.12). Es entendido por Beneria y Roldan como una "red de creencias, características de personalidad, actitudes, sentimientos, valores, comportamientos y actividades que diferencian a hombres y mujeres a través de un proceso de construcción social...Es histórico, tiene lugar dentro de distintas esferas micro y macro, como el Estado, el mercado de trabajo, las escuelas, los medios de comunicación, la ley, el hogar y las relaciones interpersonales...La categorización y, por lo tanto, la formación de jerarquías es un proceso intrínseco de la construcción del género en casi todas las sociedades" (citados en Massolo, 1991, pp.111 y 112). "El género es el sexo socialmente construido" (Barbieri, 1992, p.2). Rubin, en 1986, lo define como "el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y en el que se satisfacen esas necesidades humanas transformadas" (p.7). Y las feministas emplean el "género como forma de referirse a la organización social de las relaciones entre sexos" (Scott, 1985, p.16).

En este sentido, se manejan infinidad de términos en relación a este nuevo concepto; algunos bien delimitados y otros ambiguos, sobre los cuales algunos autores no llegan aún a un acuerdo.

Para empezar, se debe señalar lo referente a la identidad genérica y sexual.

En su sentido más primitivo, la identidad sexual es sinónimo del sexo de un individuo. Pero la palabra tiene también un significado más sutil y ambiguo, a saber, la identidad sexual como característica fundamental de la personalidad. En este sentido se le usa como sinónimo de identidad genérica (Katchadourian, 1984).

Identidad proviene de la palabra latina *idem*, y las definiciones del diccionario refieren a la persistencia de una individualidad y a la mismidad inalterable de una persona o cosa a través del tiempo y en diferentes circunstancias. A este respecto han dedicado su atención filósofos como John Locke y David Hume (citados en Perry, 1971) y psicólogos como Victor Tausk, William James y Erik Erikson (citados en Silva, 1989).

La expresión identidad del rol sexual es usada, a menudo, en el mismo sentido que identidad genérica.

La expresión identidad del rol sexual aparece por primera vez en 1956, en un artículo de Harry Levin y Robert Sears publicado en *Child Development* (Katchadourian, 1984). Se la usa al menos para definir la noción de identidad como "lo que incluye factores tanto cognoscitivos como afectivos que reflejan la autoevaluación y la evaluación que otros tienen de una persona como adecuada a su condición de hombre o mujer" (Constantinople, 1973, citado en Katchadourian, 1984, p.30).

Las expresiones rol genérico e identidad genérica son de origen más o menos reciente. John Money, el primero que empleó el término rol genérico, lo hizo público en 1955 (Money, 1982). Robert Stoller informa que se llegó a la expresión identidad genérica en una serie de discusiones que sostuvo con Ralph Greenson. Stoller usó formalmente la expresión en 1963 en una monografía presentada al XXIII Congreso Internacional Psicoanalítico (Stoller, 1986). Money también confirma que Stoller dio origen a la expresión identidad del núcleo genérico (Money, 1982).

La introducción del término identidad genérica encuentra su justificación en la preocupación de Stoller, en el sentido de que identidad sexual era una expresión ambigua puesto que podía referirse tanto a las actividades sexuales como a las fantasías.

Es a partir de los trastornos de la identidad sexual que Stoller define con precisión el sentido de género. El examinó casos en los que la asignación de género falló, ya que las características externas de los genitales se prestaban a confusión. Tal es el caso de niñas con un síndrome androgenital, o sea que, con un sexo genético (XX), anatómico (vagina y clítoris) y hormonal femenino, sus genitales externos se habían masculinizado. Este error de rotular a una niña como niño resultó imposible de corregir pasados los primeros tres años. La personita en cuestión retenía su identidad inicial de género pese a todos los esfuerzos por corregirlo. También hubo casos de niños genéticamente varones que, al tener un defecto anatómico grave o haber sufrido la mutilación del pene, fueron rotulados previsoramente como niñas, asignándoles esa identidad desde el inicio y facilitando así el posterior tratamiento hormonal y quirúrgico que los convertiría en mujeres.

Esos casos hicieron suponer a Stoller que lo que determina la identidad y el comportamiento de género no es el sexo biológico, sino el hecho de haber vivido desde el nacimiento las experiencias, ritos y costumbres atribuidas a cierto género. Y concluyó que la asignación y adquisición de una identidad es mayor que la carga genética, hormonal y biológica.

Dado que el sexo tenía fuertes connotaciones biológicas, Stoller propuso que se le usara para "referirse al sexo del macho o de la hembra y a los componentes biológicos que determinan si una persona es macho o hembra". A continuación explicó que: "La palabra sexual tendrá connotaciones de anatomía y fisiología. Obviamente, esto deja sin cubrir

enormes áreas del comportamiento, sentimientos, pensamientos y fantasías que están en relación con los sexos y que sin embargo no tienen, primariamente, connotaciones biológicas. Es para algunos de estos fenómenos psicológicos para los que debe emplearse la palabra género: podemos hablar del sexo masculino o del sexo femenino, pero también podemos hablar de la masculinidad y la femineidad sin hacer necesariamente referencia a la anatomía o a la fisiología. Por tanto, mientras sexo y género parecen prácticamente sinónimos en el uso corriente, e inextricablemente unidos en la vida cotidiana... las dos esferas (sexo y género) no se ligan inevitablemente en relación de uno a uno, sino que pueden funcionar casi de manera independiente" (Stoller, 1986, pp.23-25).

Para Stoller, género es una categoría en la que se articulan tres instancias básicas:

a) La asignación (rotulación, atribución) de género.

Esta se realiza en el momento en que nace el bebé a partir de la apariencia externa de los genitales. Hay veces que dicha apariencia está en contradicción con la carga cromosómica, y si no se detecta esta contradicción, o no se prevé su resolución o tratamiento, se generan graves trastornos.

b) La identidad de género.

La identidad de género se establece más o menos a la misma edad en que el infante adquiere el lenguaje (entre los dos y tres años) y es anterior a un conocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos. Desde dicha identidad el niño estructura su experiencia vital; el género al que pertenece es identificado en todas sus manifestaciones: sentimientos o actitudes de 'niño' o de 'niña', comportamientos, juegos, etc. Después de establecida la identidad de género, el que un niño se sepa y asuma como perteneciente al grupo de lo masculino y una niña al de lo femenino, ésta se convierte en un tamiz por el que pasan todas las experiencias. Es usual ver a niños rechazar algún juguete porque es del género contrario, o aceptar sin cuestionar ciertas tareas porque son del propio género. Ya asumida la identidad de género es casi imposible cambiarla.

c) El papel (rol) de género.

El papel, o rol, de género se forma con el conjunto de normas y prescripciones que dicta la sociedad y la cultura sobre el comportamiento femenino o masculino. Aunque hay variaciones de acuerdo a la cultura, a la clase social, al grupo étnico y hasta al nivel generacional de las personas, se puede sostener una división básica que corresponde a la división sexual del trabajo más primitiva: las mujeres tienen a los hijos y, por lo tanto, los cuidan: ergo, lo femenino es lo maternal, lo doméstico contrapuesto con lo masculino como lo público" (Stoller, 1986, p.31).

Otros autores han definido la identidad genérica.

Así tenemos que Money (1982) usa una definición de identidad genérica que incluye tres componentes: 1) el sentido privado prematuro de género, o identidad del núcleo genérico; 2) el rol genérico de los comportamientos públicos, o expresión del género; y 3) la orientación sexual o la expresión privada (o quizá pública) del género en el objeto de la excitación sexual. Para este autor la identidad genérica es "la mismidad, unidad y persistencia de la individualidad de cada uno en tanto macho, hembra o ambivalente, en diferentes grados, especialmente tal como se la experimenta en la conciencia de sí mismo y en el comportamiento; la identidad genérica es la experiencia privada del rol genérico, y el rol genérico es la expresión pública de la identidad genérica" (p.10).

A su vez, Green (1977) señala que "la identidad sexual -a menudo llamada identidad genérica- es un aspecto fundamental de la personalidad. Puede considerarse que incluye tres componentes: 1) la convicción básica del individuo, en el sentido de ser macho o hembra; 2) el comportamiento del individuo, que culturalmente aparece asociado con los hombres y las mujeres (masculinidad y femineidad); y 3) las preferencias del individuo para hacer pareja con hombres y mujeres" (pp.50-51).

Por su parte, Hooker (1965) define la identidad genérica como "todo aquello que distingue a hombres de mujeres; incluyendo pautas de habilidad, ocupación, vestimenta y adornos, gestos, conducta, expresión emocional, fantasías eróticas y comportamiento sexual" (p.28).

Masters, Jhonson y Kolodny (1987) señalan como identidad de género a "la convicción personal y privada que tiene el individuo sobre su pertenencia al sexo masculino o femenino" (p.72). Además, refieren que la formación de la identidad de género se inicia al principio de la niñez y repercute de muy distintas maneras en el desarrollo sexual.

En relación a la expresión identidad del núcleo genérico, Stoller (1986) dice: "Para la época de la etapa fálica se establece en la persona normal un sentido inalterable de la identidad genérica, el núcleo de la identidad genérica ('soy hombre', 'soy mujer'). La identidad del núcleo genérico es el sentido de varonidad o el sentido de hembridad... un estado psicológico, una parte de la identidad: no es estrictamente sinónimo de la pertenencia a un sexo determinado, sino más bien de la convicción de que uno pertenece a un sexo" (pp.67-71).

Los desequilibrios de la identidad genérica han sido especialmente importantes para estudiar la identidad sexual por parte de los psicólogos evolucionistas, ya que manifiestan la posibilidad de una discrepancia entre el sexo biológico y la autopercepción de una persona sobre si es hombre o mujer.

A este respecto, Zella Luria (1977) plantea algunas precisiones en cuanto a los determinantes psicosociales de la identidad genérica, del rol genérico y de la orientación;

más específicamente, lo que se refiere a las primeras concepciones sobre el género que el ser humano adopta desde su primera infancia.

La cultura juega un papel muy importante en el género que una persona adopta desde el momento de su nacimiento, ya que tiene que ver con su forma de pensar, sentir y actuar.

Según Luria (1977), es la identidad genérica prematura la que ayuda al niño a saber acerca del género en los primeros dos o tres años de vida. El género es al principio sólo una etiqueta, aunque una etiqueta de gran valor; ya que "la gente no solamente aprende su identidad genérica a temprana edad, sino que también la defiende... asume sus valores genéricos para el resto de la vida. La gente puede desear algunas de las ventajas aparentes del género opuesto, pero rara vez quiere ser lo que no es. Incluso en casos de identidades genéricas mal asignadas o confundidas, la gente quiere para sí uno de los dos géneros, lo adopta y lo defiende. Nadie está comprometido con la ambigüedad" (pp.61-62).

Ella postula la hipótesis del período crítico, pues la considera coherente con las informaciones de que dispone sobre el desarrollo del autoconcepto genérico en el niño, la aptitud para rotularse a sí mismo y a los otros con exactitud con respecto a la pertenencia a categorías genéricas.

Thompson (1973) demuestra que los niños de 24, 30 y 36 meses de edad ya integran la noción de género. Los niños de 24 meses de edad pueden identificar cuadros no estereotipados cuando se les dan nombres tales como niño/niña, hombre/mujer, señor/señora, padre/madre. Ellos clasifican y distinguen la vestimenta y los artículos comunmente tipificados por el sexo, colocándolos en una caja para niño o en una caja para niña. Pero todavía no aplican correctamente los rótulos genéricos a sus propias fotografías. Hacia los 30 meses de edad, los niños agregan cosas, e incluso mejoran el repertorio de los de 24 meses. Pueden clasificar retratos de ellos mismos con el nombre y pronombre apropiados para las categorías genéricas, e identifican su parecido con muñecos de su propio sexo. Como los niños de 24 meses, los de 30 todavía no muestran preferencia por la elección entre dos objetos idénticos cuando uno es rotulado "para niños" y el otro "para niñas". El rótulo genérico todavía no funciona claramente en las opciones, pero esto sí ocurre con los de 36 meses. Así pues, concluye que hacia los 24 meses, los niños han empezado efectivamente a clasificar sexualmente el mundo exterior, a los objetos y a las personas. Extienden esta clasificación hacia ellos mismos a los 30 meses de edad, y hacia los 36 meses usan rótulos genéricos para guiar sus preferencias.

Por su parte, Fein (1975) han demostrado que los niños y las niñas de 20 meses de edad, cuando son examinados en su hogar por personas que les son familiares, ya muestran más predisposición a jugar libremente con juguetes tipificados para su propio sexo.

La adquisición del rol genérico es un proceso más complejo, requiere de una constancia genérica; la cual, según la teoría cognitiva de Kohlberg (1966), se da hacia los cinco o seis años de edad. Esta se define como el conocimiento de que un hombre (o mujer) puede

cambiar sus atributos por otros extraños (largo del cabello, ropa, nombre, etc.), pero mientras permanezcan intactos los atributos de criterio -los genitales-, el género permanece constante. A este respecto, Thompson y Bentler (1973) refieren que, de acuerdo a sus estudios, los chicos de 4 años ya poseen una constancia genérica. Aclaran que ésto no significa que los niños sepan que los genitales son el criterio para decidir el género a los cuatro años. Opinan, al igual que otros autores (Conn, 1940; Katcher, 1955; Levin, Balistrieri y Schukit, 1972; en Katchadourian y cols, 1984) que los niños que tienen menos de cinco o seis años usan el cabello, las ropas y el cuerpo como indicios del género de los demás. Y, de acuerdo con Kohlberg, "hacia los 7 años de edad, prácticamente todos los chicos usan los genitales como único criterio confiable para juzgar el género de una muñeca, a pesar de las variaciones en el largo de los cabellos y la constitución del cuerpo" (citado en Thompson y Bentler, 1973, p.83).

La orientación sexual, ya incluida en las definiciones de rol genérico, implica la elección de pareja sexual; la cual puede ser heterosexual, homosexual o bisexual.

Sears (1977) dice que "la autorrotulación, referida al género o a algunas cualidades genéricas específicas, puede muy bien ser un determinante importante no sólo de las características sexualmente tipificadas, sino también del objeto de elección homo o heterosexual en el comportamiento sexual" (p.107). Y Gagnon (1977) refiere que "la relación entre los roles genéricos y la conducta sexual es función de condiciones específicas histórico-culturales, no la realización de un programa biológico o evolutivo" (p.86).

Luria destaca que la identidad del núcleo genérico, en la gran mayoría de los casos, se forma prematuramente y permanece estable durante toda la vida, mientras los individuos pasan por una serie de vicisitudes de desarrollo con respecto a la naturaleza de sus conceptos sobre qué clase de comportamiento es sexualmente apropiado. Pero, según Maccoby (1977) no está claro por qué algunos individuos van más allá del rango de las variaciones permitidas y adoptan comportamientos que varían mucho con su identidad genérica, y son lo bastante extremos para que se les considere desviados. Y agrega que a los 30 meses un niño puede estar en condiciones de considerarse a sí mismo como niño, y puede ser capaz de distinguir rápidamente a los hombres de las mujeres; pero puede no creer que los niños y los hombres pertenecen a la misma categoría, que lo dos son varones. Y, lo que quizá sea más importante: puede tener muy poca o ninguna comprensión del hecho de que cuando crezca será hombre. Esta autora, a diferencia de Luria, que plantea la adquisición de una constancia genérica en los primeros tres años de vida, postula que es posible considerar la existencia de diferentes etapas críticas en el desarrollo hasta los seis años, sugiriendo una adquisición más gradual de la rotulación genérica. Así se puede entender que inadecuadas condiciones de vida a esta edad pueden predisponer al niño a posteriores cambios de identidad.

Por su parte, LeVine (1977) refiere que la información de sus estudios transculturales plantea dudas respecto a la hipótesis del período crítico de Luria; ya que en algunas

sociedades donde el lenguaje no posee pronombres de género, los niños no aprenden a rotular genéricamente a las personas o a las cosas al aprender a hablar, y es hasta los 9 ó 10 años que, a través de ritos de iniciación adoptan su identidad y rol de género.

Dado que los conceptos están estrechamente relacionados y que existe un uso habitualmente indiscriminado de los términos, un buen número de aspectos que se discuten bajo los rubros de identidad sexual y genérica podría encontrarse también bajo denominaciones de rol sexual o rol genérico. Aunque algunos autores han tratado de definir específicamente el rol sexual, muchos usan esta expresión de manera lo bastante amplia para incluirla o hacerla sinónimo de identidad genérica. Por ejemplo, una amplia bibliografía de investigación sobre los roles sexuales compilada para el Instituto Nacional de la Salud Mental de los Estados Unidos de Norte América incluye estudios descriptivos de diferencias sexuales observadas en las características de la personalidad, el funcionamiento cognoscitivo y problemas similares; estudios sobre el origen de las diferencias sexuales y el desarrollo de los roles sexuales; estudios sobre las manifestaciones de los roles sexuales en el mundo del trabajo, de la familia y de las instituciones educativas; compilaciones históricas sobre el status relativo de los sexos en diferentes culturas; el proceso de socialización y desarrollo de los roles sexuales; y una serie de cuestiones metodológicas y aspectos de investigación en este terreno (Astin, 1958).

Cada individuo colocado en un contexto social desempeña múltiples roles que varían tanto en su grado de estabilidad a lo largo del tiempo como en los límites en que marcan o definen la autopercepción de la persona y su posición pública. Esos roles varían, por supuesto, también en su grado de coherencia y en otras dimensiones.

El concepto de rol fue introducido en las ciencias sociales en los años 20 por George H. Mead y los sociólogos de la Universidad de Chicago. Desde entonces el concepto de rol ha sido una de las preocupaciones de la sociología, de la psicología social y de la antropología. Se ha convertido, además, en puente conceptual para poder unir el comportamiento individual a la organización social (Katchadourian, 1984).

Los sociólogos definen al rol como la 'posición' de un individuo, con lo que señalan el lugar de un actor o de una clase de actores en un sistema de relaciones sociales. Incluye un grupo más o menos explícito de responsabilidades y prerrogativas. El rol es, pues, el conjunto de expectativas sociales según las cuales el que ocupa una posición dada debe comportarse frente a los que ocupan otras posiciones.

En el tema que nos ocupa, Ausubel (1958) refiere que, en términos más sencillos, los roles sexuales son aquellos determinados por el sexo y los roles sexuales sociales son los que refieren a las funciones diferenciales, el status y los hechos de la personalidad que caracterizan a los dos sexos en un contexto cultural dado. Masters, et. al. (1987) señalan que el rol, o papel de género, es la expresión de la masculinidad o feminidad de un individuo al tenor de las reglas establecidas por la sociedad.

Money, en 1982, sacó la conclusión de que la tipología de los roles sexuales incluye "todo lo que sea sexualmente dicotomizado, como los empleos, la vestimenta, la etiqueta y la recreación, sin tomar en cuenta el erotismo o los mismos órganos sexuales como entidades autónomas" (p.70). Fue este mismo autor el que introdujo la expresión rol genérico "de manera que no confundiéramos el sexo de los genitales y sus actividades sexuales no-eróticas y no-genitales, con las actividades que aparecen cultural e históricamente prescritas" (p.81).

Pero como la identidad genérica siguió empleándose en la literatura, Money redefinió la expresión rol genérico de manera más restringida para reflejar con mayor precisión la persistencia de la dicotomía presentada entre ambas. Las dos expresiones se consideran las dos caras de la moneda de la identidad. Una de las caras es la definición de Money de la identidad genérica antes mencionada; la otra cara es la siguiente definición del rol genérico: "Todo lo que una persona dice o hace para comunicar a los demás o a sí misma el grado en el que es hombre, mujer, o bien ambivalente; incluye la excitación sexual y la respuesta, pero no se restringe a esos elementos; el rol genérico es la expresión pública de la identidad genérica, y la identidad genérica es la experiencia privada del rol genérico" (Money, 1982, p.17). En concordancia, Luria usa el término rol genérico para designar los "comportamientos públicos que expresen el género" (Maccoby, 1972).

Maccoby (1977) llama la atención sobre estos conceptos y refiere que "deberíamos mantener las distinciones entre las diferencias sexuales, los estereotipos sexuales y los roles sexuales prescritos, en lugar de introducir la confusión en estas distinciones por el uso de un sólo término, como el de rol genérico"; aunque, a su vez, formula una definición: "Las prescripciones del rol se aplican a un conjunto de comportamientos incluidos en las diferencias sexuales percibidas. Se considera que un miembro de un sexo dado tiene más probabilidades de poseer determinado atributo, y se cree que él/ella 'debería tener' ese atributo; esa es la definición de rol genérico en su más estricto sentido" (p.76).

Por último, debe mencionarse lo referente al término estereotipo. En su sentido originario, la palabra hace referencia a un disco o sello que produce impresos en serie. Su sentido derivado se extiende luego a cualquier elemento que no pueda distinguirse con características individuales. En biología, una respuesta estereotipada es la reacción imprevista del comportamiento asumida por un organismo frente a los estímulos ambientales. Según LeVine (1977) "el estereotipo es una organización de ideas que funcionan en conjunto de modo mutuamente coherente y que remiten a una coherencia ideológica dentro de los límites de nuestra cultura" (p.231). En términos más corrientes, los estereotipos son expectativas fijadas de antemano sobre las características y los comportamientos supuestamente manifestados por los miembros de una clase dada. Son presupuestos que pueden ser verdaderos para algunos, pero no para todos (Katchadourian, 1984). Broverman (citado en Masters, et. al., 1987), al respecto señala que la mayoría de la gente no sólo piensa que hombres y mujeres son distintos, sino que alberga también las mismas ideas sobre la forma en que se manifiestan las diferencias.

Ejemplifica ésto al referir que "cuando pensamos en el comportamiento sexual, nos vienen a la mente los estereotipos de la mujer pasiva, altruista y sufrida, y los del hombre agresivo, ególatra y ambicioso" (p.91). Este tipo de convicciones, sustentadas por gran número de individuos a partir de indicios producidos por la simplificación excesiva o el escaso juicio crítico, reciben el nombre de estereotipos (tópico, prejuicios, clisés, ideas preconcebidas, lugares comunes). Así, los estereotipos pueden resultar nocivos, ya que inducen a razonamientos y generalizaciones equivocadas.

Muchas veces se ha señalado la influencia profunda de los estereotipos sobre el rol sexual. Maccoby y Jacklin (1972) subrayan estas influencias al hacer una evaluación de la literatura sobre las diferencias sexuales. Siempre que los estereotipos promuevan medias verdades o falsedades, desde luego son malignos, aunque, por otro lado, los estereotipos "pueden haber codificado también ciertas verdades discernidas culturalmente y repetidamente validadas" (Block, citado en Katchadourian, 1984, p. 73), y por lo tanto no pueden ser descartados categóricamente como mitos. Cualquiera que sea el sentimiento que se tenga hacia ellos, se debe afrontar a los estereotipos como partes de la verdad o como una contaminación de la verdad.

La intención de clarificación de la terminología que se emplea en esta materia, realizada en los párrafos anteriores, pretende delimitar conceptualmente la variable dependiente y, así, encauzar el análisis del presente estudio. En las definiciones presentadas se distingue que el papel de la cultura en la concepción genérica tiene una connotación destacada, que hace indispensable un análisis a mayor profundidad.

La bibliografía sobre el desarrollo del rol genérico ha sido revisada por Maccoby y Jacklin (1972). Las pruebas que resumen muestran que, hacia la edad escolar maternal, tanto los niños como las niñas ya están tipificados sexualmente para los juguetes y las preferencias de actividad, esto es, que muestran el comportamiento del rol que se considera apropiado para su género; pero los niños a partir de los cuatro años son cada vez más tipificados sexualmente que las niñas. Las niñas están más libres de hacer cosas de muchachos durante la edad preescolar, que los muchachos a la inversa. "La presión dirigida hacia los niños es de especie negativa: resulta muy importante para ellos que no se comporten de manera femenina" (Maccoby, 1977, p.92). Antes que los chicos lleguen a la escuela, muestran preferencias por compañeros de juegos de su mismo sexo. Las niñas juegan en grupos más pequeños que los niños. Y tienen menor inclinación a los juegos rudos que éstos. Las niñas que se reúnen en grupos pequeños se pelean menos que los niños que juegan en grupos grandes. Y las niñas parecen recurrir más que los niños a los adultos para hacer sus tareas comunes.

Estas tendencias están sexualmente tipificadas, así como otras sexualmente diferenciadas (relación espacial, agudeza visual, destreza motriz gruesa o fina, etc.), pero es tema de importancia empírica determinar cuales diferencias sexuales están ligadas al rol sexual y cuales no. Lo importante de los roles sociales es que son prescriptivos. Una vez que

alguien ha sido rotulado como miembro de la categoría hombre o mujer, existen cosas que se cree que debería o no debería hacer (Maccoby, 1977).

La temprana segregación social por sexo significa que las diferencias se incrementarán con el tiempo. Y, de hecho, este incremento sucede.

La cuestión de cómo estas diferencias se establecen definitivamente es asunto importante y objeto de debate entre los psicólogos. Ninguna de las variedades de explicaciones sobre cómo la tipificación sexual ocurre -por el modelado con recompensas o castigos diferenciales hacia sí mismos y hacia el modelo, o por la autosocialización cognitiva (Kohlberg, 1966) es totalmente congruente con la evidencia resumida por Maccoby y Jacklin. Los cambios evolutivos en las capacidades cognitivas tienen tanto significado para el desarrollo de la tipificación sexual y del comportamiento sexual como para cualquier otra área que requiera aprendizaje, discriminación y rotulación. Cualquiera que sea la influencia de la carga genética sobre el comportamiento sexualmente tipificado y, aún más, sobre la elección de objeto, las condiciones en las cuales ocurre la maduración del comportamiento son en su mayor parte las determinantes de la cualidad observada de dicho comportamiento.

Para los psicólogos evolucionistas la identificación del género en el niño es un proceso de rotulación, y acaso la tipificación sexual sólo pueda ser entendida cuando la significación de esta rotulación quede clara. Según Sears (1977), "la tipificación sexual es el proceso por el cual un niño desarrolla los tipos de comportamiento que caracterizan diferencialmente al varón y a la hembra en sus repertorios de conducta" (pp.43-44). Asimismo, señala que lo masculino y lo femenino son dos marbetes que se aplican estereotípicamente a las personas, más que a los comportamientos. Y agrega que el género es concebido como dicotómico, así como los comportamientos individuales son codificados en clases binarias. Para este autor es esta codificación binaria, o esta rotulación, la que parece desempeñar un papel tan importante en el desarrollo del comportamiento sexualmente tipificado.

La codificación binaria es una característica del proceso cognitivo prematuro. Caliente y frío, bueno y malo, arriba y abajo ejemplifican las primeras discriminaciones del niño. El género es simplemente otro ejemplo. El código binario masculino y femenino parece comenzar casi con la expresión del lenguaje, a los 24 meses (Sears, 1977), lo que coincide con lo postulado por Stoller (1986) en relación a la identidad de género y con Luria (1977) acerca del período crítico, mencionado anteriormente, durante el cual, según esta autora, la identidad genérica del niño queda establecida.

Nadie cree ahora que la tipificación sexual sea determinada simplemente por recompensas paternas por comportamientos que se desean (el sexo apropiado) y por castigos paternos por comportamientos que no se desean (el sexo no apropiado). Es claro que los chicos aprenden de una variedad de fuentes dentro y fuera de sus familias cómo su cultura espera que sean niños o niñas.

Antes incluso del nacimiento, los padres adoptan ya actitudes distintas sobre el sexo del niño. En muchas sociedades es manifiesta la preferencia de hijo varón a una niña (De Beauvoir, 1989; Coombs y Markle, citados en Masters, et. al. 1987), y tener un varón suele realzar en mayor medida la condición social y la capacidad del individuo, que tener una mujer (Westoff y Rindfussm, citados en Masters, et. al., 1987). Esta convicción se debe, según Masters, probablemente a la suposición de que los hombres son más fuertes, más inteligentes, osados y productivos que las mujeres, y que éste 'es un mundo de hombres', con lo que se quiere dar a entender que los varones tienen más y mejores oportunidades educativas, profesionales, políticas y económicas que las mujeres. Y agrega que a menudo los padres especulan sobre el sexo del futuro hijo y llegan a elaborar planes minuciosos y acariciar ambiciosos objetivos concernientes a la vida de la criatura. Si se piensa que el bebé será un chico, es probable que los padres lo imaginen como un varón amante de los deportes, recio e independiente; si creen que va a ser una niña, la conciben hermosa, elegante, sensible, con talento artístico y casada. Estas ideas que anteceden al nacimiento de la criatura constituyen una modalidad de estereotipo, como la de conjeturar que el bebé será un niño porque da muchas patadas en el interior del útero. Así las cosas, no es extraño constatar que las primeras relaciones entre los progenitores y el recién nacido se hallen condicionadas solamente por las expectativas del entorno sociocultural.

Muchas veces los padres no se dan cuenta de lo mucho que cambia su forma de comportarse en el trato de los pequeños, según su sexo. Con todo, parece que la socialización diferencial se presenta incluso en aquellos padres que intelectualmente suscriben la idea de evitar los estereotipos de género (Scanzoni y Fox, citados en Masters, et. al., 1987).

A este respecto, Maccoby (1977) señala que existe evidencia adicional de que las reacciones de los adultos hacia los niños aparecen afectadas sobremanera por su conocimiento previo del sexo del niño, de manera que el adulto crea un clima coherente que sostiene el género predeterminado.

De acuerdo a lo anterior, se hace necesario, como ya se mencionó, profundizar en el aspecto cultural que subyace a este fenómeno.

El estudio y la investigación de la cultura humana ha sido la línea rectora de la ciencia antropológica. Por eso uno de sus intereses ha sido esclarecer hasta donde ciertas características y conductas humanas son aprendidas mediante la cultura o si están ya inscritas genéticamente en la naturaleza humana. Esa interrogante ha llevado a un debate sobre qué es lo determinante en el comportamiento humano, si los aspectos biológicos o los socioculturales.

En los últimos años este debate ha cobrado especial fuerza respecto a las diferencias entre varones y mujeres, planteándose actualmente que las diferencias significativas entre los sexos son las diferencias de género.

Al hablar de cultura se debe hacer referencia a la cultura en general. Cassirer (1975) la considera producto de "el poder de las costumbres, el que gobierna y limita al individuo, poder... que le ata y le guía... vigila todos y cada uno de sus pasos" (p.6). En este sentido, Granillo (1996) afirma que "la cultura es el sistema de signos que constituyen el código de las relaciones sociales que establece la comunidad" (p.17). De tal manera que las formas de vida de un pueblo son fruto de la cultura. Así, la cultura es el reflejo de la relación histórica de los individuos en determinada comunidad. Y añade que al estudio de la cultura le atañe la "estructura de valores y símbolos que rigen el estilo vital, el intercambio social de los miembros de la comunidad; le interesan las tradiciones, el temperamento, las costumbres y pautas de comportamiento, tanto como la manera en que estos elementos interactúan en un grupo humano. Así, se comprende que la cultura de un grupo social constituya el fundamento de su identidad" (pp.21-22).

El género es un concepto que, si bien existe desde hace cientos de años, en la década de los setentas empezó a ser utilizado en las ciencias sociales como categoría con una acepción específica.

La antropología se ha interesado desde siempre en cómo la cultura expresa las diferencias entre varones y mujeres. El interés principal de los antropólogos ha sido básicamente la forma en que cada cultura manifiesta esa diferencia.

Los papeles sexuales, supuestamente debidos a una originaria división del trabajo basada en la diferencia biológica, que marcan la diferente participación de los hombres y las mujeres en las instituciones sociales, económicas, políticas y religiosas, incluyen las actitudes, valores y expectativas que una sociedad dada conceptualiza como femeninos o masculinos. Muchos de estos estudios e investigaciones han sido revisados recientemente, cuestionándose su sesgo androcéntrico. (Lamas, 1986).

Existe un debate sobre lo innato o adquirido del comportamiento humano, también llamado debate 'naturaleza/cultura'. La corriente neo-evolucionista y la culturalista son las que representan sus dos polos. Lo que ambas intentan desentrañar es la relación entre la evolución biológica y el comportamiento sociocultural, para lo cual varios aspectos de la vida y de las características humanas han sido ampliamente investigados. Uno de estos aspectos ha sido el que atañe a las diferencias -inherentes/aprendidas- entre los sexos.

Lo que caracterizó a los evolucionistas fue su intento de traspolar algunas características de la conducta de los primates a las manifestaciones humanas, para lograr la comprensión de estas últimas.

Ya que, según Lancaster (1977), "la evolución del comportamiento sexual humano debe ser entendido como un derivado de la base primate, en que la sexualidad era un componente importante de la interacción social" (p.15). Un ejemplo de ello fué señalar que "dominar significa tener prioridad de acceso a las necesidades de la vida y de la

reproducción ... las ventajas reproductivas que otorga el dominio se conservan aún en las sociedades más complejas" (p.15).

Uno de los pioneros, que abrieron una perspectiva de interpretación, más allá de la mera descripción etnográfica, fue Margaret Mead (1981). Ya en 1935, en su clásico estudio de tres sociedades de Nueva Guinea, reflexionaba sobre el por qué de las diferencias conductuales -y de temperamento- concluyendo que éstas son creaciones culturales y que la naturaleza humana es increíblemente maleable.

En 1937 Murdock hizo una comparación de la división sexual del trabajo en varias sociedades, concluyendo que no todas las especializaciones por sexo pueden ser explicadas por las diferencias físicas entre los sexos. Así mismo, dice claramente que el hecho de que los sexos tengan una asignación diferencial en la niñez y ocupaciones distintas en la edad adulta es lo que explica las diferencias observables en el temperamento sexual, y no viceversa.

Otra referencia significativa a las diferencias entre los sexos fue la que se hizo a partir del concepto de status. En 1942 Linton (1956) ya señalaba que todas las personas aprenden su status sexual y los comportamientos apropiados a éste. Dentro de esa línea se concebía a la masculinidad y a la feminidad como status instituidos que se vuelven identidades psicológicas para cada persona. La mayoría del tiempo las personas están de acuerdo con el status asignado, pero ocurre que a veces alguna persona no lo está. La antropología también se interesó por estudiar las maneras como las sociedades manejan ese conflicto.

Pero la pregunta subyacente a todos estos estudios, y la que ha alimentado a las dos posturas enfrentadas en el debate naturaleza/cultura, según Marta Lamas (1986), es : ¿Hay o no hay una relación entre la diferencia biológica y la diferencia cultural?. El nuevo feminismo la reformuló acertadamente: ¿Por qué la diferencia sexual implica desigualdad social?

La antropología ha mostrado -y en ello destaca el trabajo de Levi Strauss- cómo las sociedades tienden a pensar sus propias divisiones internas mediante el esquema conceptual que separa la naturaleza de la cultura. La asociación simbólica de los hombres con la cultura y de las mujeres con la naturaleza surgió como tema central a partir de los escritos de este autor sobre sus estudios con sociedades indígenas sudamericanas y refleja la "posición asimétrica de hombres y mujeres en la sociedad" (citado en Katchadourian, 1984, p.23).

Esta posición es pensada globalmente, una en función de otra, constituyéndose así en categorías que no significan nada si no es por su opuesto: pensar lo femenino sin la existencia de lo masculino no es posible. Así, Scott (1985) señala que de acuerdo con esta perspectiva, hombres y mujeres son definidos en términos el uno del otro, y no se podría conseguir la comprensión de uno u otro mediante estudios completamente separados. A este respecto, Massolo (1991) agrega que "se ha planteado que los estudios de la mujer

también advierten sobre el hecho de que si no se conoce y entiende bien a la mujer en las sociedad, tampoco se logra conocer y entender bien al hombre, ya que sus relaciones sociales de género están t n imbricadas que la perspectiva distorsionada sobre uno, necesariamente implica la distorsión del otro" (p.45). Esto último, desafortunadamente, no ha sido completamente asimilado.

Si bien la diferencia entre macho y hembra es evidente, que a las hembras se les adjudique mayor cercanía con la naturaleza (supuestamente por la función reproductora) es un hecho cultural.

Ahora bien,  hasta donde en todas partes se asimila a las mujeres a lo natural y a los hombres a lo cultural, y qué implica esta correspondencia? "Significa, entre otras cosas, que cuando una mujer se quiere salir de la esfera de lo natural, o sea, que no quiere ser madre ni ocuparse de la casa, se la tacha de antinatural. En cambio para los hombres 'lo natural' es rebasar el estado natural: volar por los cielos, sumergirse en los océanos, etc....Que la diferencia biológica, cualquiera que ésta sea, (anatómica, bioquímica, etc.) se interprete culturalmente como una diferencia sustantiva que marcará el destino de las personas, con una moral diferenciada para unos y para otras, es el problema político que subyace a toda la discusión académica sobre las diferencias entre hombres y mujeres" (Lamas, 1986, p.7).

Contra la 'diferencia' vuelta 'desigualdad' es que se levanta el nuevo feminismo -segunda ola del feminismo-, que surge a finales de los años sesentas en los Estados Unidos y Europa, y que se difunde y cobra fuerza en otros países de América, Oriente y Africa en los años setentas. Se da principalmente en sociedades que previamente habían acordado el reconocimiento de los derechos humanos, en la Declaración Universal de la ONU en 1948 (Barbieri, 1992); con la aparición de los Movimientos de Liberación de la Mujer (Massolo,1991). La mayoría de las mujeres que conformaban este movimiento social, a diferencia de sus antecesoras de principios de siglo (Kollontai, 1921; Besant, Farret-Fawrett, Colliard, Darisme, Deroin, Kuliscioff, Luxemburgo, Mazoni, Otto, Pankhnst, citadas en Lagarde, 1985; Zetkin, 1896; entre muchas otras), tenían un bagaje ideológico y una militancia política que les permitió un análisis más radical.

La resistencia de las mujeres a una situación injusta da pie al feminismo, el cual, a través de la historia se ha manifestado de diferentes maneras y no parece haber seguido un continuo. Desde el siglo XIV hasta el XVIII y principios del XIX eran consideradas locas, herejes o brujas las mujeres que se salían de los canones establecidos. El movimiento feminista surge ya con cuerpo en Estados Unidos de Norteamérica en 1848 (Rodríguez, 1982), abogando por mejores condiciones de vida. Hay que señalar que se trata de una pluralidad de organizaciones y grupos con diferentes reivindicaciones, modalidades y compromisos políticos; pero los unifica el intento de modificar la situación de la mujer al cuestionar el orden existente.

Es, como ya se mencionó, a finales de los años sesentas, que en Estados Unidos, Inglaterra, Francia y muchos otros países occidentales, apareció una nueva generación de mujeres, nacidas entre 1935 y 1945, que no se habían agotado como sus mayores en las luchas antifascistas y anticolonialistas, que en su conjunto tenían un nivel de instrucción superior al de sus madres. Muchas de ellas se habían beneficiado de la escuela mixta y habían seguido cursos en la universidad. Durante su adolescencia, estas mujeres habían oído hablar continuamente de los temas del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, derecho en nombre del cual los mejores habían luchado en todo el mundo. Estas nuevas feministas, al reflexionar sobre el origen de la opresión femenina, analizaban la relación entre el capitalismo y la dominación patriarcal, descartando la supuesta naturalidad de ciertos aspectos de la subordinación de las mujeres.

Al mismo tiempo, las feministas académicas preocupadas por la ausencia o invisibilidad de las mujeres en la historia, se propusieron recuperar la historia de las mujeres, generar conocimientos sobre sus condiciones de vida y sus aportes a la sociedad y a la cultura (Barbieri, 1992). En esa primera etapa (que duró hasta poco más de los años setentas) la interrogante más frecuente que se le planteó a la antropología fue si en otras culturas y sociedades las mujeres ocupaban también una posición subordinada. Mucho del interés se centró en la cuestión del poder político: ¿Por qué, aún en sociedades realmente igualitarias en casi todos los aspectos, las mujeres seguían marginadas o resagadas respecto al poder político?. Se intentó averiguar cómo y en qué situaciones las mujeres ocupaban lugares de poder y cómo lo ejercían (Lamas, 1986).

Esto llevó a la realización de un análisis crítico de la universalidad de la subordinación femenina, y se introdujeron matices y precisiones que modificaron y enriquecieron sustancialmente el conjunto de la teoría y la información antropológica. Se consideran dos constantes de la desigualdad: 1) la subordinación política de las mujeres como grupo (como género) a los hombres, y 2) la diferencia biológica entre los sexos; y a partir de ellas se explica la subordinación femenina en términos naturales y hasta inevitables. "Casi todas, si no es que todas, las interpretaciones sobre el origen de la opresión de la mujer la ubican en la expresión máxima de la diferencia biológica: la maternidad. La maternidad sin duda juega un papel importante en la asignación de tareas, pero no por parir hijos las mujeres nacen sabiendo planchar y coser". (Lamas, 1986, p.20). Y además, de acuerdo con Marcuse (1984), "la imagen de la mujer como madre es en sí misma represiva, puesto que transforma un hecho biológico en un valor ético y cultural y con ello apoya y justifica la represión social" (p.61).

Pero así como unas feministas centraban en lo biológico la causa de la subordinación femenina, hubo otras que, respondiendo a los discursos neoevolucionistas de moda, reaccionaron con posturas diferentes negando cualquier peso a los aspectos biológicos, cayendo así en un reduccionismo culturalista.

Inclusive se llegó a decir que si hace miles de años las diferencias biológicas, en especial lo que se refiere a la maternidad, pudieron haber sido la causa de la división sexual del

trabajo, permitiendo la dominación de un sexo sobre otro al establecer una repartición de ciertas tareas y funciones sociales, ésto ya no es vigente. En la actualidad, se ha llegado incluso a tomar una posición extrema en el sentido opuesto; por ejemplo, dice Sullerot (citado en Lamas, 1986), "es mucho más fácil modificar los hechos de la naturaleza que los de la cultura" (p.31). Es más fácil librar a la mujer de la necesidad 'natural' de amamantar, que conseguir que el marido se encargue de dar el biberón. Según esta postura, la transformación de los hechos socioculturales resulta frecuentemente mucho más ardua que la de los hechos naturales; sin embargo, "la ideología asimila lo biológico a lo inmutable y lo sociocultural a lo transformable" (Lamas, 1986, p.31).

Según Massolo (1991), el aporte teórico feminista ha llamado la atención sobre "la interrelación entre proceso productivo y reproductivo en la estructuración de las relaciones de género, y sobre la importancia de utilizar el concepto de reproducción teniendo en cuenta y vinculando sus tres niveles de operación: biológica o humana, de la fuerza de trabajo y de las relaciones sociales" (p.51).

A su vez, Evelyne Sullerot (1979) se propuso, junto con Jacques Monod, estudiar el hecho femenino desde una perspectiva que incluyera lo biológico, lo psicológico y lo social. Para ello realizaron un coloquio en 1976 que fué presidido a la muerte de Monod, por André Lwoff. Las conclusiones a que llegaron echan abajo la argumentación biologicista, pues si bien reconocen que, según las investigaciones más recientes, es perfectamente plausible que existen diferencias sexuales de comportamiento asociadas a un programa genético de diferenciación sexual, estas diferencias son mínimas y no implican superioridad de un sexo sobre otro. Se debe aceptar el origen biológico de algunas diferencias entre hombres y mujeres sin perder de vista que la predisposición biológica no es suficiente por sí misma para provocar un comportamiento. No hay comportamientos o características de personalidad exclusivas de un sexo. Ambos comparten rasgos y conductas humanas.

Pero si se descartaba la hipótesis de la diferencia biológica como la constante de la marginación femenina y la dominación política patriarcal, la pregunta a hacer, como lo formuló acertadamente Rosaldo (1974) era: "¿Qué característica se encuentra presente en todas y cada una de las sociedades para que éstas produzcan un orden sexual desigual?. Así, nos encontramos no sólo con la diferencia biológica, sino también con la constante división de la vida en esferas masculinas y femeninas, división que se atribuye a la biología pero que, exceptuando lo relacionado con la maternidad, es claramente cultural" (p.172). O sea, nos topamos con el género.

La antropología ha establecido ampliamente que la asimetría entre hombres y mujeres significa cosas distintas en lugares diferentes. Por lo mismo, la posición de las mujeres, sus actividades, sus limitaciones y sus posibilidades, varían de cultura en cultura (Lamas, 1986; LeVine, 1977; Shapiro, 1977). Lo que se mantiene constante es la diferencia entre lo considerado masculino y lo considerado femenino. Pero si en una cultura hacer canastas es un trabajo de mujeres (justificado por la mayor destreza manual de éstas) y en otra es un trabajo exclusivo de los varones (con la misma justificación) entonces es obvio que el

trabajo de hacer canastas no está determinado por lo biológico (el sexo), sino por lo que culturalmente se define como propio para ese sexo, o sea, por el género. De ahí se desprende que la posición de la mujer no está determinada biológicamente, sino culturalmente. El argumento biologicista queda expuesto: las mujeres ocupan tal lugar en la sociedad como consecuencia de su biología, ya que ésta supone que serán -antes que nada- madres; en este sentido "la anatomía se vuelve destino que marca y limita" (Lamas, 1986, p.35).

Cuando se cuestionó por qué cierto trabajo era considerado propio para una mujer o para un hombre y se vió que no había relación entre las características físicas de los sexos y los trabajos a realizar (pues igual existen hombres débiles, que mujeres fuertes) se tuvo que aceptar la arbitrariedad de la supuestamente 'natural' división del trabajo. Probablemente, como ya señaló Levi-Strauss respecto al matrimonio, esta división artificial sirva para fomentar la complementariedad e interdependencia de los sexos, pero sin embargo, y de acuerdo con Marta Lamas (1986), quedan unas interrogantes: ¿cómo surge la conceptualización del género, cuáles son sus fuentes, cuál es la relación de esa concepción cultural con otras áreas culturales de la sociedad y cuáles las consecuencias en la vida social, económica y política?.

Así, según esta autora, el paso siguiente del estudio de los papeles sexuales fue el estudio del género. Los roles son asignados en función de la pertenencia a un género, pero ¿cómo o por qué se designan ciertas características como femeninas y ciertas como masculinas?, ¿cómo es que aparece el género?. Si un objetivo del trabajo teórico es desarrollar y/o crear herramientas analíticas -conceptos, categorías, teorías- que permitan entender, o al menos visualizar, algo que antes pasaba desapercibido. ¿qué es lo que la categoría género permite ver?

Al existir mujeres con características asumidas como masculinas y varones con características asumidas como femeninas es evidente que la biología per se no garantiza tener las características de género. No es lo mismo el sexo biológico que la identidad asignada o adquirida; si en diferentes culturas cambia lo que se considera femenino o masculino, obviamente dicha asignación es una construcción social, una interpretación social de lo biológico, lo que hace femenina a una hembra y masculino a un macho no es pues la biología, el sexo, pues de ser así ni se plantearía el problema.

El sexo biológico, salvo raras excepciones, es claro y constante; si a él estuvieran supeditadas las características de género las mujeres siempre tendrían las características consideradas femeninas y los varones las masculinas, además de que éstas serían universales.

La división en géneros, basada en la anatomía de las personas, supone además formas determinadas -frecuentemente conceptualizadas como complementarias y excluyentes- de sentir, de actuar, de ser. Estas formas, la femenina y la masculina, se encuentran presentes en personas cuya anatomía no corresponde al género asignado; la manera en

que la cultura acepta o rechaza la no correspondencia entre sexo y género varía, existiendo algunas donde aparece un tercer género, también llamado transexual, que puede también estar más especificado en dos géneros, que corresponderían a las variantes de mujer/masculina y varón/femenino, sumando así a cuatro el número de géneros posibles (Lamas, 1986).

En otro orden de ideas, una de las primeras antropólogas que consideraron que el intento por comprender y desentrañar la construcción del género en su contexto social y cultural es una de las tareas más importantes de la ciencia social contemporánea y cuya reflexión teórica es un punto de referencia y de partida para los posteriores estudios de género en antropología es Gayle Rubin (Barbieri, 1992; Lamas, 1986). Esta autora, desde 1975, señala la necesidad de desentrañar la parte de la vida social que es el locus (el lugar) de la opresión de las mujeres, de las minorías sexuales y de ciertos aspectos de la personalidad humana, ella nombra a ese lugar "el sistema sexo/género" (Rubin, 1986, p.15).

Como definición preliminar Rubin plantea que el sistema sexo/género es el conjunto de arreglos por los cuales una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana; con estos productos culturales son satisfechas las necesidades sexuales. Cada sociedad tiene su sistema sexo/género, o sea, su conjunto de normas por las cuales la materia cruda del sexo humano y de la procreación es moldeada por la intervención social y satisfecha de una manera convencional, sin importar qué tan extraña resulte a otros ojos.

Señala que la subordinación de las mujeres es producto de las relaciones sociales específicas que la organizan y producen la sexualidad y el género. Subraya la necesidad de analizar la forma en que las transacciones matrimoniales están articuladas con arreglos políticos y económicos. Esta articulación crea una situación muy compleja y es muy difícil que las mujeres puedan salir de ella: la estructura de parentesco señala un espacio determinado para las mujeres, mismo que supone una serie de tareas de género; el lugar en la estructura de parentesco está determinada por el sistema de intercambio matrimonial, que también reglamenta las funciones reproductoras de las mujeres, restringiendo las áreas productivas y la participación pública. En este terreno, según ella, se superponen los estudios de Levi-Strauss y los de Freud.

No resulta difícil entender por qué las antropólogas feministas se interesaron tanto en la distinción que introduce el género. Con esta distinción sexo/género se pueden enfrentar los argumentos biologicistas. Ya no se puede aceptar que las mujeres sean, por naturaleza (o sea, en función de su anatomía, de su sexo), lo que la cultura designa como femeninas: pasivas, vulnerables, abnegadas, etc.; se tiene que reconocer que las características llamadas 'femeninas' (valores, deseos, comportamientos) se asumen mediante un complejo proceso individual y social, el proceso de adquisición de género.

En otras palabras, Barbieri (1992) refiere que "los sistemas de género/sexo son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las

sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatómico-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general al relacionamiento entre las personas...son las tramas de las relaciones sociales que determinan las relaciones de los seres humanos en tanto personas sexuadas" (p.16).

Si bien la antropología daba este sentido de construcción cultural a lo que llamaba papel o status sexual, perfilando lo que sería la nueva acepción de la categoría género, no fue ésta la disciplina que introdujo su utilización en las ciencias sociales con este sentido de construcción social de lo femenino y lo masculino.

Parece ser que la disciplina que primero la utiliza es la psicología en su vertiente médica, como ya se señaló anteriormente; los estudios de Money ya hablan de género con esta intención y el que establece ampliamente la diferencia entre sexo y género es Stoller desde 1963, a partir del estudio de los trastornos de la identidad sexual, definiendo con precisión este sentido de género.

La existencia de distinciones socialmente aceptadas entre hombres y mujeres es justamente lo que da fuerza y coherencia a la identidad de género. Queda claro, entonces, que si bien las diferencias sexuales son la base sobre la cual se asienta una determinada distribución de papeles sociales, esta asignación no se desprende naturalmente de la biología, sino que es un hecho social. Lo que marca la diferencia fundamental entre los sexos es el género.

La estructuración del género llega a convertirse en un hecho social de tanta fuerza que inclusive se piensa como natural; lo mismo pasa con ciertas capacidades o habilidades supuestamente biológicas que son construidas y promovidas social y culturalmente. Sin embargo, hay que tener siempre presente que hay mayor parecido que diferencias, como especie, entre hombres y mujeres.

Esta categoría, en principio, lo que aporta es una nueva manera de plantearse viejos problemas. Los interrogantes nuevos que surgen y las interpretaciones diferentes que se generan no sólo ponen en cuestión muchos de los postulados sobre el origen de la subordinación femenina, sino que replantean la forma de entender y visualizar cuestiones fundamentales de la organización social, económica y política, como el sistema de parentesco y el matrimonio.

Además, esta categoría permite sacar del terreno biológico lo que determina la diferencia entre los sexos y colocarlo en el terreno simbólico. Así se da una coincidencia importante con la teoría psicoanalítica freudiana, que también privilegia lo simbólico sobre lo anatómico. Es importante señalar que justamente el psicoanálisis estudia el proceso individual de adquisición de género en las personas.

Antes de plantear la posición psicoanalítica a este respecto, se debe mencionar que actualmente en antropología los estudios se han enfocado a entender cómo la sexualidad y

el género toman forma por las matrices culturales y sociales en las que están insertos. Estos se salen de la temática tradicional asociada a la problemática de género e incursionan en un amplio espectro de prácticas y creencias sexuales, intentando ir más allá de lo descriptivo, situándose en una perspectiva de análisis simbólico y explorando también los procesos culturales y sociales al mismo tiempo que tratan de desentrañar los significados de dichas prácticas y creencias. Ortner y Whitehead (citados en Lamas, 1986), compiladoras, plantean dos rubros: a) La organización cultural del género y b) Los contextos políticos del género. Ambos enfoques no son ni mutuamente excluyentes, ni opuestos; deben de ser interpretados solamente como distintos énfasis metodológicos dentro de un intento común por interpretar y analizar el género como sistema cultural. Comparten la perspectiva de que el género y la sexualidad son construcciones simbólicas, cualesquiera que sean las bases naturales de la diferencia entre los sexos. También ambos enfoques intentan detectar cuáles son los aspectos económicos, políticos y sociales más significativos para la construcción del género y ver cómo cierto tipo de orden social genera percepciones específicas sobre el género y la sexualidad.

Estas concepciones son vistas como emergentes de las formas de acción que se dan en la vida social, política y económica. Presentan como hipótesis: "la organización social del prestigio es el aspecto que afecta más directamente a las nociones culturales de género y sexualidad. Al estudiar la forma en que el prestigio es distribuido, regulado y expresado socialmente se establece una perspectiva que permite entender muchos aspectos de las relaciones sociales entre los sexos, y de cómo éstas son vistas culturalmente. Los sistemas de prestigio son parte del orden político, económico y social" (Ortner y Whitehead, citados en Lamas, 1986, p.28).

A manera de conclusión, respecto al punto de vista antropológico de la implicación cultural del concepto de género, se puede afirmar que los sistemas de género son un conjunto de prácticas, representaciones colectivas, simbólicas, valores, normas y elaboraciones subjetivas e ideológicas sobre lo femenino y lo masculino. Cada sociedad elabora sus sistemas de género a partir de la diferencia sexual entre mujeres y hombres. Es decir, los seres humanos adjudican características intelectuales, morales y psicológicas diferenciadas según el sexo al que una persona pertenece -rasgos femeninos o masculinos- que son interpretadas como naturales, pero en realidad son construidas socialmente. En tanto construcciones sociales, los sistemas de género están sometidos a variaciones en el espacio y en el tiempo, y se constituyen como sistemas de distancias y jerarquías sociales. Así mismo, se articulan con otros sistemas de distancias y jerarquías que se fundan en diferencias de clase y estratificación social, de etnia y raza, así como generacionales (Barbieri, 1992; Careaga, 1994; Lamas, 1986; Millet, 1975).

Es necesario, ahora, mencionar la posición del psicoanálisis en relación a la diferencia sexual y a la adquisición de la identidad en los seres humanos. Ya que, de acuerdo con Espina (1993), "la antropología no explica los mecanismos por los cuales se graban en los niños las convenciones de sexo y género" (p.64), que es lo que hicieron Freud y otros psicoanalistas.

Existen posturas encontradas entre los teóricos a este respecto, las cuales se dan a partir de las publicaciones de Freud, que fueron de los primeros estudios sobre la sexualidad de la mujer y produjeron una extensa polémica desde 1925; ya que algunos refieren que lo expuesto por Freud sólo es un reflejo de su postura como hombre, inserto en una moral victoriana y, como consecuencia su teoría falocéntrica deja ver su determinismo biologicista; apoyados por la desafortunada aseveración de Freud (en El sepultamiento del Complejo de Edipo, publicado en 1924) de que la 'anatomía es destino'. (Alonso, 1986; Bardwick, 1983; De Beauvoir, 1989; Granillo, 1996; Irigaray, 1982; Langer, 1978; Millet, 1969; Randal, 1970; Abraham, Bonaparte, Deutsch, Horney, Jones y Klein, citados en Rangel 1992; Reed, 1975). Otros consideran que el psicoanálisis da la pauta para entender este fenómeno más allá de lo biológico, al introducir elementos simbólicos al proceso de identidad (Amelang y Nash, 1990; Bleichmar, 1994; Chorodow, 1978; Díaz Walls, 1995; Fernández, 1993; Gilligan, 1982; Hierro, 1990; Lacan, 1982; Lagarde, 1985; Lamas, 1986; Lamas y Saal, 1991; Mizrahi, 1990; Rodríguez, 1991; Saltzman, 1992; Schnaith, 1991; Scott, 1985; Tubert, 1991).

Con respecto a lo anterior, es necesario demarcar estas posturas.

Las tesis del psicoanálisis freudiano acerca del desarrollo psicosexual de la mujer han contado con poca simpatía por parte, principalmente, del movimiento feminista. Bajo la óptica feminista no sólo Freud interpretó la diferencia femenina con respecto del varón como inferioridad de aquella frente a éste, sino que, además, al colocar las diferencias de género en el terreno de lo biológico, la remoción de las condiciones en que se asienta la desigualdad entre los géneros se torna imposible. De esta manera, según esta postura, el psicoanálisis freudiano no hace sino reforzar la ideología patriarcal, coadyuvando a conservar a la mujer en el rango de 'segundo sexo' a que la sociedad la ha reducido. Esto debido a que el feminismo no cuestiona las diferencias sexuales y de género, sino la inferiorización de lo femenino, por lo que la revuelta feminista contra el determinismo biológico ha constituido, en gran medida, el eje de su actuación.

Freud, cuya obra atestigua una definitiva recurrencia a la biología para explicar las diferencias psíquicas de los sexos, ha sido, en consecuencia, blanco de las críticas feministas. Para este enfoque la obra freudiana es a la vez un producto y una justificación del juicio desvalorizador de la sociedad patriarcal sobre la mujer. Muchos aspectos del desarrollo de la sexualidad femenina, tales como el carácter masculino del clítoris, el requisito del acceso pleno a la madurez sexual mediante la transferencia de la zona erógena del clítoris a la vagina, el papel de la represión para alcanzar este cambio de zona erógena, la envidia del pene en conexión con el complejo de castración, el daño narcisista causado por la ausencia del pene y el consiguiente resentimiento hacia la madre, el hijo visto como sustitución del pene; son elementos que demuestran la imposición de un patrón masculino en la comprensión del psiquismo femenino (Díaz Walls, 1995).

Esta postura recalca que, correlativamente a las diferencias en las características biológicas femeninas, concebidas como fallas en tanto carencia de caracteres masculinos, Freud atribuyó a las mujeres condiciones de inferioridad psíquica y de déficit social. Así, juzgó que la capacidad libidinal es inferior en las mujeres, que en la masturbación su goce es inferior al del hombre y que, en general, la conducta sexual femenina es menor tanto en frecuencia como en intensidad; que la postura típica femenina es la pasividad y cuando reacciona contra ella, por ejemplo, tomando un papel activo en la consecución del orgasmo, ésto es un rasgo de virilización y, por tanto, supone en la mujer inmadurez y rechazo de la identidad femenina; que la definitivamente inferior participación de la mujer en la producción de la cultura se debe a que las mujeres continúan atadas a la satisfacción amorosa en lugar de sublimar la libido (Alonso, 1986).

En suma, según esta exposición, Freud coloca el desarrollo de las estructuras psicológicas sobre una base natural insuperable. En este proceso predeterminado biológicamente, la sociedad no tiene ningún papel o lo tiene muy disminuido. En consecuencia, la connaturalidad del psiquismo con la anatomía que así se asume, no hace sino reforzar la interpretación de la inferioridad de la mujer y de las estructuras patriarcales que la oprimen.

Pero frente a esta crítica, hay otra interpretación del psicoanálisis freudiano que, sin negar la definitiva recurrencia de Freud a la biología para explicar las diferencias psíquicas de los sexos, va más allá y coloca tales escritos en el contexto del objetivo mismo y de la clase de explicación que el psicoanálisis trata de alcanzar. Ocurre que cuando nos preguntamos por la clase de objeto que el psicoanálisis freudiano trata de explicar, la perspectiva de la discusión cambia radicalmente trasladándose del terreno biológico al sociocultural, porque lo que Freud buscó a través del psicoanálisis fué una explicación del psiquismo tal y como éste se constituye en el choque con las exigencias culturales, dando cuenta con su teoría de la manera en que las pulsiones biológicas son sometidas en este proceso y de las consecuencias que este hecho acarrea al nivel del psiquismo humano (Diaz Walls, 1995).

En consecuencia, el psicoanálisis se propone estudiar al hombre como ser social y no como ser biológico; y en resumen, se puede decir que el psicoanálisis trata de explicar las leyes sociales humanas tal y como éstas son representadas en el inconsciente. Concepto que "permite ligar lo ideológico y lo imaginario para inferir lo que llamaríamos sujeto femenino o masculino" (Rodríguez, 1991, p.9).

En este sentido se debe aclarar que la ideología es entendida como un "conjunto de marcas sociales de un discurso, y el imaginario como la dimensión de ese mismo discurso, el cual produce las nociones de referencias que nos permiten una herramienta de manejo de lo ideológico" (De Ipola, 1982, p.28). El campo ideológico, que se manifiesta a través de figuras simbólicas, expresan las estructuras del inconsciente (Sercovich, 1977).

Como lo ideológico funda la instancia de lo imaginario, se entiende lo imaginario como una dimensión de lo social, en cuanto que administra la posibilidad de la reconstrucción de lo real a través del signo; Althusser (1981) dice que "la ideología representa las relaciones imaginarias entre los individuos y sus condiciones reales de existencia" (p.36).

Para concretar este concepto, Schnaith (1991) especifica que las "diferencias fisiológicas proporcionan la base sobre la cual se `fabrican' interpretaciones. El pensamiento humano no `refleja' la realidad, sino que la `simboliza' y le inventa un sentido que, a su vez, organiza y legitima ciertas acciones y relaciones sociales" (p.25). Así, es obvio que el psicoanálisis no se propone la modificación del orden social existente. Pero al mostrar cómo las personas adquieren su identidad de género, sus pautas culturales y su historia familiar, el psicoanálisis evidencia de qué manera los intercambios sociales se interiorizan en el inconsciente. Al dar cuenta de cómo se construye socialmente la subjetividad el psicoanálisis pone a disposición de las personas un saber que, aunque estrictamente referido a una historia personal es, al mismo tiempo, un saber genérico.

Para Matamoro (1991), "es la significancia de los símbolos la que instaura la diferencia de sexos y, como efecto, la cultura `naturaliza' esta diferencia" (p.62). En este sentido, Tubert (1991) señala que "Freud ha mostrado cómo la sexualidad no es algo naturalmente dado sino que depende de una organización simbólica que la estructura a través de una historia; el `cuerpo', en tanto cuerpo erógeno, no es un dato a priori; no es el cuerpo el que determina la sexualidad (en tanto que humana) sino que ésta hace entrar al cuerpo en juego, determinando su organización...Nada podemos decir ni pensar de aquello que no ha sido simbolizado" (p.136).

La feminidad y la masculinidad nacen en un contexto cultural y, en consecuencia, su condicionamiento rebasa el fundamento biológico de la sexualidad. Como señala Saal (1991), "Es detalle conocido que para el niño la diferencia de los géneros precede a la diferencia de los sexos. Podríamos decir que la diferencia está desde siempre, en el orden del significante, en el orden simbólico, desde donde distribuye emblemas y atributos de género. Estos atributos se resignificarán como diferencia sexual en el camino de las identificaciones que llevarán al sujeto humano a ser hombre o mujer, o cualquier combinación de ambos. Sospechamos que acá yace la razón de los fracasos en los intentos de definición de lo masculino y lo femenino, homologados a la oposición activo/pasivo, según la equívoca metáfora biológica del óvulo y el espermatozoide... Porque el contenido de lo que puede ser masculino o femenino no posee ninguna esencialidad natural, adquiere diferentes modalidades acordes con una historicidad socialmente determinada y con variantes en el tiempo y en el espacio" (p.21).

La inserción de las conductas de género en el contexto de la cultura explica cómo la inferioridad de la mujer, atribuida con exclusividad por el psicoanálisis al daño narcisista sufrido por la niña al considerarse castrada, tiene tras de sí el reforzamiento de una cultura patriarcal que confronta a la niña con una imagen devaluada de su sexo, pues la pequeña se inserta desde la más temprana edad en un universo simbólico construido como

mundo de lo masculino. En esta perspectiva el psicoanálisis freudiano brinda elementos importantes para el inicio de esa explicación (Díaz Walls, 1995).

La pertinencia de la teoría freudiana para la lucha feminista radica en la capacidad del psicoanálisis para contribuir a la crítica de las mistificaciones que la sociedad patriarcal hace de las diferencias de género. Al respecto, Díaz Walls refiere que, en efecto, en las tesis freudianas existen elementos para la explicación del funcionamiento de las estructuras culturales, y en primerísimo lugar el de la ideología, en este caso el de las ideologías acerca de la feminidad y de la masculinidad.

Para Shnaith (1991), dos modelos podrían deslindarse en Freud relativos a la constitución de la feminidad, "uno que sigue la línea ontogenética del desarrollo femenino; otro que da cuenta de la función cultural que la figura de la feminidad ha cumplido en la evolución filogenética de la humanidad. Las obras especialmente dedicadas al primero, construido en realidad en estrecha dependencia de la teoría sexual general, son las siguientes: Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos (1925); La sexualidad femenina (1931) y La feminidad (1933). El esquema más ilustrativo del modelo filogenético se presenta en El malestar en la cultura...que anuda con las viejas hipótesis de Tótem y Tabú. Ambos se superponen en parte y en parte se recortan y se complementan redondeando la coherencia de la postura freudiana" (pp.39-40).

Así, de acuerdo con Saal (1991), en el trabajo de Freud: Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos, publicado en 1925, se analiza, entre muchas otras cosas, un hecho aparentemente sorprendente: que la diferencia anatómica (entendida como presencia o ausencia del pene), aunque tempranamente percibida por el niño, no se hace significativa para él hasta después de la incidencia de la amenaza de castración. Y agrega: "Amenaza de castración proveniente del orden simbólico que, resignificando a la anatomía, da relevancia y organiza retroactivamente a la percepción. Así, la percepción no es un dato primero, derivado directamente de la anatomía, sino que es una consecuencia de la organización significativa de la que la sexualidad depende: el complejo de castración" (pp.31-32).

Se debe destacar en el psicoanálisis la existencia de un análisis de la sociedad patriarcal. Tal análisis se encuentra en los trabajos de Freud que se ocupan del origen de la cultura humana y la filogénesis del hombre; los cuales permiten explicar la condición femenina en la sociedad patriarcal. La explicación freudiana de los orígenes de la cultura humana se funda en la postulación del inconsciente y de su relación con lo culturalmente existente. De acuerdo con Díaz Walls (1995), al insertar el desarrollo psíquico dentro del mercado de la cultura patriarcal, Freud, contrariamente a la adopción de un determinismo biológico, afirma el hecho de que la subjetividad no se construye en aislamiento de lo social. Ya que "la subjetividad presupone en el individuo la capacidad de contraer lazos de sentido con otros individuos" (Rodríguez, 1991, p.14).

En *Totem y tabú* (1912/1981) y *Moisés y el monoteísmo* (1913/1981), Freud demuestra que el concepto psicoanalítico del inconsciente es un concepto que tiene que ver con la transmisión y herencia de las leyes de la especie humana. En el inconsciente de cada hombre y mujer reposan todas las ideas de su historia. En consecuencia, comprender las leyes del inconsciente equivale a iniciar la comprensión de cómo funciona la ideología: cómo adquirimos y vivimos las ideas y leyes dentro de las cuales existimos. Y uno de los aspectos primarios de esas leyes es que cada uno de nosotros vivimos de acuerdo a una identidad sexual: nos vivimos como mujeres u hombres. Y es precisamente esta afirmación la razón por la cual el marco conceptual psicoanalítico se convierte en instrumento para la elucidación de la constitución de la condición femenina y masculina en la sociedad patriarcal.

Si en toda explicación de los inicios de la cultura se encuentra una prohibición, en la reconstrucción freudiana la cultura se inicia con la prohibición de la muerte del padre y la prohibición de la relación sexual con la(s) mujer(es) del padre. Según el recuento freudiano, en una época prehistórica imaginada el padre tenía todo el poder y todos los derechos sobre las mujeres del clán. Para tener acceso a las mujeres, los hijos mataron al padre, pero ninguno pudo ejercer su poder puesto que los hermanos se lo disputaban entre sí. Por la misma razón, tampoco podían disfrutar de las mujeres que habían pertenecido al padre. Su acto los mantenía en la ambivalencia sobre el crimen cometido y obtener todos los derechos del padre para cada uno era imposible. El medio para dirimir la disputa fue el acuerdo de que ninguno ejercería el poder del padre. En consecuencia, fueron adoptados el totemismo y la exogamia. El totemismo prohibió dar muerte al padre; la exogamia prohibió pasear a las mujeres del clán. Se introdujo así la ley y la moralidad. "Los efectos de la ley de prohibición del incesto son la organización simbólica de la diferencia de los sexos. El funcionamiento de la ley es insoslayable en el registro de lo simbólico que estructura lo real y funda lo imaginario. Decimos que es insoslayable porque cumple un función múltiple: establece la diferencia de los sexos y la diferencia de las generaciones" (Saal, 1991, p.19).

Ahora bien, en cuanto al desarrollo de la identidad, las consecuencias psicológicas de la muerte del padre son determinantes.

Los hermanos se identifican con el padre que han matado e internalizan la culpa, con lo cual el padre deviene aun más poderoso muerto que en vida. El padre muerto es la marca del patriarcado. Es en contra de esta marca simbólica del padre muerto que los niños y las niñas encuentran su lugar cultural; se llama a este evento el complejo de Edipo. El conflicto edípico revive en cada individuo el drama primordial del nacimiento de la cultura: la prohibición de dar muerte al padre y de poseer a la madre; reitera las leyes del totem y de la exogamia. Es en la superación de este complejo que los niños y las niñas aprenden su lugar en la familia y en la sociedad.

Evidentemente, el complejo de Edipo es un mito patriarcal que nos explica las distinciones de género. En la sucesión de etapas del desarrollo psicosexual el complejo de Edipo ocurre durante la etapa fálica.

Se atribuye a la niña un desarrollo similar y simétrico al del niño durante las primeras etapas de su organización libidinal (Saal, 1991). El drama del nacimiento y el del destete se desarrollan de la misma manera en los bebés de ambos sexos que tienen los mismos intereses y placeres; en primer término la succión, en la fase oral, es la fuente de sus sensaciones más agradables; después pasan por una fase anal en la que sus mayores satisfacciones están dadas por las funciones excretoras, que les son comunes; su desarrollo genital es análogo: exploran su cuerpo con la misma curiosidad y la misma indiferencia, tanto la niña como el varón tienen los mismos celos si nace otro hijo, y lo manifiestan con las mismas conductas (cólera, enojos, disturbios urinarios, etc.) y recurren a las mismas coquetuerías para obtener el amor de los adultos (De Beauvoir, 1989).

En cada etapa hay una zona erógena privilegiada donde el niño tiene una recurrencia mayor a encontrar la fuente de estímulos placenteros; la zona privilegiada de la etapa fálica son los genitales. Pero a diferencia de la fase genital madura que sobrevendrá posteriormente, en la etapa fálica la atención de los niños de ambos sexos se dirige hacia uno sólo de los genitales: el masculino.

Al niño se le inculca el orgullo de su virilidad, y esa noción abstracta adquiere para él una figura concreta que se encarna en el pene; el orgullo que experimenta a propósito de su pequeño sexo no es espontáneo, pero lo siente a través de la actitud de su entorno. Madres y nodrizas perpetúan la tradición que asimila el falo, tratando al pene infantil con singular complacencia. Se le acaricia, se le nombra de manera cariñosa y se le utiliza como un juguete. La suerte de la niña es muy distinta. Las madres y nodrizas no tienen para con sus partes genitales reverencias ni ternuras de ninguna clase, ni atraen su atención sobre su órgano secreto, en una palabra, no tiene sexo.

El complejo de Edipo se caracteriza porque el niño y la niña toman al padre del sexo contrario como objeto de sus deseos eróticos. La niña hace todo lo que esté a su alcance para ser la predilecta del padre; el niño se esfuerza por obtener la predilección de la madre. En este empeño los niños encuentran en el progenitor del propio sexo al rival que impide la atención preferencial en los afectos del progenitor del sexo contrario. Por esta razón, el complejo de Edipo contiene tanto elementos tiernos como hostiles.

El complejo de Edipo tiene una resolución normal cuando los niños renuncian al progenitor del sexo contrario como objeto erótico. Tal resolución es impulsada no sólo por la actitud de los padres, sino también por lo que Freud llamó el miedo a la castración; la cual ocurre porque siendo el pene el único genital que existe para los niños, la niña desarrolla la fantasía de haber sido castrada cuando constata que ella no posee un pene, y el varoncito teme llegar a ser castrado cuando descubre que la niña carece de falo. Ambos atribuyen la castración a un castigo que les es impuesto a causa de sus deseos eróticos: en

esta etapa, los de posesión del padre del sexo opuesto. Creen así que la castración o amenaza de sufrirla, es un acto de venganza de su progenitor-rival; el deseo edípico sucumbe entonces a la represión. "Así pues, con el descubrimiento de la falta de pene, la mujer queda desvalorizada para la niña, lo mismo para el niño y quizás para el hombre" (Freud, 1933/1981, p.20). O sea, la mujer queda desvalorizada para la sociedad entera, y sobre todo para sí misma (Shnaith, 1991).

La postulación del complejo de Edipo asume que en un principio, tanto niños como niñas quieren tomar el lugar tanto de la madre como del padre, pero como no pueden lograr ambas posturas, cada sexo aprende a reprimir las características del otro sexo. En una sociedad que valora el papel del padre y subvalora el de la madre, tanto niños como niñas tienen inclinación a tomar el lugar del padre. Pero en la búsqueda de la satisfacción de este deseo el choque con la realidad es inevitable: sólo al niño le será permitido llegar a ser un día como él.

A este respecto De Beauvoir (1989) señala que en un principio las niñas aparecen como privilegiadas, pues se les permite vivir en las faldas de la madre, a la cual niñas y niños consideran como un ser omnipotente; a éstos últimos se les obliga a buscar su independencia, se les aleja de las caricias excesivas y de la debilidad. Sin embargo, si en principio el niño parece menos favorecido que las niñas, es porque acerca de él se han formulado designios más vastos. Las exigencias a las cuales se les somete implican inmediatamente una valorización. Se persuade al niño que se le pide más a causa de su superioridad. Así, "lejos de que el pene aparezca como un privilegio inmediato del que el niño extrae un sentimiento de superioridad, su valorización, por el contrario, se presenta como una compensación -inventada por los adultos y aceptada ardientemente por el niño- a las durezas de la separación materna; de ese modo está defendido contra el pesar de no ser ya un bebé, de no ser una niña y, por lo tanto, encarnará en su sexo su trascendencia y su soberanía orgullosa" (p.81).

La niña por su parte al detectar su falta de pene no experimenta esa ausencia como la falta de algo; su cuerpo es para ella una plenitud, pero se encuentra situada en el mundo de un modo distinto al del niño, y un determinado conjunto de factores transforma a sus ojos esa diferencia en una inferioridad.

Para que aparezca la frustración es preciso que la niña ya esté descontenta de su situación por un motivo cualquiera; como lo señala igualmente Deutsch (citado en De Beauvoir, 1989) un acontecimiento exterior tal como la vista de un pene no podría ordenar un desarrollo interior: "La vista del órgano macho puede tener un efecto traumático, pero sólo a condición de que la haya precedido una cadena de experiencias anteriores aptas para crear ese efecto" (p.83). Adler (citado en De Beauvoir, 1989) ha insistido justamente sobre el hecho de que la valorización efectuada por los padres y el entorno es la que da al varón el prestigio del cual el pene es aplicación y símbolo a los ojos de la pequeña.

Cuanto más madura el niño, más se amplía su universo y más se afirma su superioridad masculina. "Muy a menudo la identificación con la madre deja de presentarse entonces como una solución satisfactoria; si la niña empieza por aceptar su vocación femenina, no hay que entender que abdica, ya que, por el contrario, lo hace para reinar: la niña se quiere mujer por que la sociedad matriarcal le parece privilegiada, pero cuando sus relaciones, estudios, juegos y/o lecturas la arrancan del círculo materno, comprende entonces que los amos del mundo no son las mujeres, sino los hombres. Esa revelación - mucho más que el descubrimiento del pene- modifica imperiosamente la conciencia que adquiere de sí misma, ubicándola en la posición de inferioridad que ocupa la mujer en la sociedad patriarcal" (De Beauvoir, 1989, p.106).

Siguiendo los postulados de Freud, Lacan ha ampliado el desarrollo teórico del complejo de Edipo y se plantea que "en tal sentido, la castración relacionada con el Edipo es estructurante. Encontramos aquí, en el fantasma originario que funda el complejo de castración, la razón que resignificará a posteriori la diferencia entre el ser hombre y ser mujer, eso que cada quien, en uno u otro sentido, deberá llegar a ser. Es también esta razón de la castración el fundamento de simetría con que tanto la niña como el varón se instalan en la subjetividad" (Saal, 1991, p.41).

En consecuencia la femineidad es, en parte, una condición reprimida que sólo puede ser adquirida secundariamente de una manera distorsionada. Confirma su identificación pre- edípica con la madre y en vez de desarrollar las cualidades de la agresión y el control adquiere el arte del amor y la conciliación. No siendo heredera de la ley de la cultura, su lugar es el de la reproducción en la familia, cuya supuesta naturalidad es tan falsa como la de la femineidad.

Fijado así el lugar que ocupa cada cual, el hombre se introduce en las relaciones de producción, en tanto que la mujer es definida por las relaciones de parentesco. La condición de la mujer está atada a la de la familia. Esta puede variar en diferentes épocas, sociedades, culturas, pero, ante la ley del padre su situación siempre es la misma: la de 'ser para otro', ya que se le impone la conciencia masculina. Su ser para otro se manifiesta en las tres condiciones negativas de inferiorización, control y uso. Esta aseveración es, según Dorantes (en Hierro, 1995), resultado del trabajo de Simone de Beauvoir, quien, con base en el análisis dialéctico hegeliano del amo y del esclavo, plantea que en el enfrentamiento con la conciencia masculina, la mujer se ha definido como lo insencial, como la alteridad. En el enfrentamiento entre un hombre y una mujer se da necesariamente una lucha, en la cual una de las conciencias busca afirmar su libertad mediante la cosificación de la otra. En esta confrontación, una de las conciencias pretende afirmarse como para-sí, pretende afirmarse como el fundamento de la otra conciencia, y si lo logra le impone a la otra conciencia un modo de ser en otro, o sea que la reduce a una forma de ser para-otro: "...lo que define de manera singular la situación de la mujer, es que siendo una libertad autónoma como todo ser humano, se descubre y se elige en un mundo donde los hombres le imponen que se asuma como el otro, pretenden fijarla como objeto y consagrarla a la inmanencia puesto que su trascendencia será perpetuamente

trascendida por una conciencia esencial y soberana" (De Beauvoir, 1989, p.121). Ahondando el concepto, Arango (citado en Hierro, 1995) señala que a lo largo de la vida la mujer va aprendiendo a vivir para los demás siempre en segundo plano; lo que haga, quiera o necesite no es importante. Posterga su realización en función de los otros. Toda nuestra educación apunta a que vivimos nuestra vida por, para y a través de los demás; crecemos con sentimientos de inseguridad y dependencia. De acuerdo con Graciela Hierro (1995), la "maternidad (...) convierte a las mujeres en seres para otros, no `para-si'; es decir seres sin vida propia dedicadas al servicio de los demás, fomentando la actitud de abnegación ('ab-negatio', negación de sí), que constituye el rasgo de carácter típicamente femenino" (p.7).

Franca Basaglia (1983) llama a la identidad tradicional de la mujer: "la mujer para el otro" (p.17). Así, según esta autora, las mujeres se identifican con base en su relación con los hijos y se definen como madres; en su relación con la familia y se definen como amas de casa. Cada rol corresponde a una forma cultural determinada: un referente, un significante y un significado específicos. A este respecto Marcuse (1984) refiere que "la imagen de la mujer como madre es en sí misma represiva, puesto que transforma un hecho biológico en un valor ético y cultural y con ello apoya y justifica la represión social" (p.30)

El régimen patriarcal, "a través de signos, imágenes y otros atributos, persuade desde niña a la mujer para que no tome las riendas de su destino y para que dependa de una persona `capaz' y `responsable': el padre, el marido, el hermano..." (Carontini y Pereyra, 1979, p.6). Cuando se arriesga a desempeñar tareas fuera de la casa asume una carga múltiple, sigue siendo responsable de la administración de la casa, de la crianza y además, arrastra la culpa de carecer del don de ubicuidad para satisfacer sus roles tradicionales y los recientemente adquiridos.

Queda entonces claro que el esquema freudiano introduce una conceptualización que permite elucidar la representación mental de la realidad social.

En el reencuentro freudiano del desarrollo psicosexual se encuentra en primer término la relación con la figura materna, objeto primario indisputado del horizonte afectivo infantil. La representación idealizada y persistente de las relaciones de objeto primarias son el resultado de la inmadurez de la base biológica, que hace que el lazo de dependencia con la madre sea muy prolongado. La dependencia del niño con respecto a la madre en lo vital, libidinal y cognitivo, al mismo tiempo que ignora las condiciones de tal dependencia, organiza un registro imaginario de la realidad. En este imaginario, la figura materna es revestida de omnipotencia; omnipotencia captada en la capacidad de la madre para gratificar al pequeño, para cumplir su deseo.

La figura materna como modelo ideal tiene repercusiones diferentes según el género del hijo. Por el mecanismo de la identidad con la madre, el período pre-edípico es en la niña más prolongado que en el niño. La niña siente su semejanza con el yo ideal, lo cual es

motivo de halago y felicidad, e induce un plus narcisista en el vínculo con la madre. El ámbito social se encarga de reforzar esta identificación cultivando los rasgos de apariencia y conducta que se parecen más a los de la madre. Esta identificación primaria tiene una influencia decisiva en la forma en que la niña se relacionará con el mundo: la tendencia a colocar en el centro de sus preocupaciones las relaciones humanas vinculadas a la maternidad, y en consecuencia una menor capacidad de separación e individuación, límites del yo más difusos y sentimientos de fusión.

Las mayores dificultades de la niña en el proceso de individuación se deben a que, al contrario del varón, la identidad femenina no depende de la separación de la madre, sino del apego a ella. Así, la dependencia hacia la madre favorece la organización del rol femenino convencional. El arribo de la niña a esta adopción de rol de género está signada por dos eventos: la ya mencionada dependencia, que disminuye su acción y, por tanto, el dominio de la realidad extrahogareña; y una disminución narcisista a partir del acceso a la etapa fálica, debido al complejo de castración que define su devaluación social.

Con respecto a la etapa fálica -en la que, según Freud, la atención de los niños de ambos sexos esta dirigida exclusivamente al genital masculino; y al constatar su carencia de falo la niña desarrolla un sentimiento de castración, a la par que una envidia del penetemos que considerar que si para la niña la consecuencia psíquica de las diferencias anatómicas con el varón es la pérdida del ideal femenino primario (fruto de la identificación con la madre), el fantasma de la castración se potencia por la desvalorización que la sociedad, estructurada como mundo de lo masculino, hace de lo femenino.

En consecuencia, el complejo de castración deja en la niña una doble tarea narcisista a resolver. No sólo obliga a la reelaboración de la feminidad puesto que el yo ideal femenino primario se ha ido a pique en la etapa fálica, sino que implica además el investimiento narcisista de su sexualidad, puesto que la cultura le asigna un valor negativo. En efecto, la sexualidad es un comportamiento que recibe las evaluaciones más desiguales, dependiendo de si la ejerce el hombre o la mujer. La sexualidad es conflictiva para la mujer porque no es una actividad que la valorice.

Las presiones impuestas por la cultura a la biología de la mujer dan como resultado un estereotipo femenino. Así, la feminidad impuesta por la sociedad, es una convención que se opone a la evolución, al cambio, a la autonomía, al éxito, ideales de máxima valoración precisamente en la cultura donde surge el estereotipo de la feminidad.

Habiendo aceptado su inferioridad, en la feminidad convencional la mujer delega en el hombre las ambiciones y las realizaciones.

La revisión de la teoría psicoanalítica, según Scott (1985) requiere la especificación de las escuelas. Hay una escuela anglo-americana, que trabaja dentro de los términos de las teorías relaciones-objeto. En los Estados Unidos, Nancy Chodorow es el nombre que más

facilmente se asocia con este enfoque. Además la obra de Carol Gilligan ha tenido un fuerte impacto entre los estudiosos americanos, incluidos los historiadores. La obra de Gilligan arranca de Chodorow, aunque está menos interesada en la construcción del sujeto que en el desarrollo moral y el comportamiento. En contraste con la escuela anglo-americana, la escuela francesa se basa en la lectura estructuralista y post-estructuralista de Freud en términos de teorías del lenguaje, cuya figura clave es Jacques Lacan.

Agrega que ambas escuelas están interesadas en los procesos por los que se crea la identidad del sujeto; ambas se centran en las primeras etapas del desarrollo del niño en busca de las claves para la formación de la identidad del género. Los teóricos de las relaciones-objeto hacen hincapié en la experiencia real (el niño ve, oye, se relaciona con quienes cuidan de él, en particular, por supuesto, con sus padres), mientras que los post-estructuralistas recalcan la función central del lenguaje en la comunicación, interpretación y representación del género (Por 'lenguaje', los post-estructuralistas no quieren decir palabras sino sistemas de significados -ordenes simbólicos- que preceden al dominio real del habla, la lectura y la escritura). Otra diferencia entre las dos escuelas de pensamiento se concentra en el inconsciente, que para Chodorow es en último extremo sujeto de la comprensión consciente y no lo es para Lacan. Para los lacanianos, el inconsciente es un factor crítico en la construcción del sujeto; además, es la ubicación de la división sexual y, por esa razón, de la inestabilidad constante del sujeto con género. El lenguaje es el centro de la teoría lacaniana; es la clave para instalar al niño en el orden simbólico. A través del lenguaje se construye la identidad genérica. A este respecto De la Aldea y Rahman en 1991 refieren que "cada recién nacido recibirá, a través de la palabra, la herencia milenaria de la cultura; un lugar en el orden de las generaciones; una ubicación en uno u otro lado de la diferencia sexual... La diferencia sexual es una creación del simbolismo, sujetado a su vez a las vicisitudes de la historia social. Mujer y hombre, masculino y femenino son significantes que no significan nada en sí mismos, sólo significan en relación a una cultura que les atribuye ciertos contenidos conceptuales. Significante y significado enlazan sus cuerpos en una coreografía diseñada por el inconsciente, por la lengua y por las relaciones sociales de los hombres" (p.41).

Así mismo, señala Scott que en los últimos años, las historiadoras feministas han recurrido a esas teorías porque sirven para sancionar hallazgos específicos con observaciones generales o porque parecen ofrecer una importante formulación teórica sobre el género. Cada vez más, los historiadores que trabajan con el concepto de cultura de mujeres citan las obras de Chodorow o de Gilligan como prueba y explicación de sus interpretaciones; quienes desarrollan la teoría feminista, miran a Lacan.

De acuerdo con Diaz Walls (1995), la teoría freudiana contribuye al análisis de la condición femenina en la sociedad patriarcal explicando el funcionamiento de la ideología acerca de los géneros. Su contribución consiste en la explicación del funcionamiento del inconsciente y de su relación con lo culturalmente existente. En la teoría freudiana, el inconsciente es un concepto que tiene que ver con la transmisión y herencia de las leyes sociales de la especie humana. En consecuencia, comprender las leyes del inconsciente

equivale a iniciar la comprensión de como funciona la ideología: cómo adquirimos y vivimos las ideas y leyes dentro de las cuales existimos, siendo la identidad sexual uno de los aspectos primarios de esas leyes. Al dar explicación al surgimiento y persistencia de la ley patriarcal, las tesis freudianas permiten el análisis de la constitución de la feminidad y su destino en nuestra cultura.

La desigualdad entre los géneros es resultado del modelo masculino que impone la sociedad patriarcal y que atribuye un estereotipo femenino definido por una serie de conductas que tienen una baja estima social: la pasividad, la dependencia, el temor, la falta de éxito. Estos rasgos están tan consistentemente reforzados en la sociedad que se les juzga connaturales a las mujeres (y su contraparte como connaturales a los hombres) y en ese sentido como biológicamente determinados.

Como ya hemos visto, Freud parte de la anatomía para dar cuenta del desarrollo diferenciado de los sexos. Pero el cuerpo y resumidos en él lo instintivo, lo heredado y lo biológico sólo es vivido por cada individuo a través de los significados mentales que tenemos de él. El hecho de que tales significados estén apresados en las creencias culturales, hace que en la percepción de nuestro cuerpo biología y cultura se encuentren: no concebimos nuestro cuerpo más que a través de los significantes de la cultura.

Al decir de Bleichmar (1991), es apenas en el siglo XX cuando la mujer ocupa un lugar en el conocimiento. El psicoanálisis, en el ámbito de la psicología en general, inaugura los estudios particularizados sobre la mujer, siendo la única disciplina que enfoca la psique femenina en su especificidad, haciendo un recorte en el marco de un saber que abarcaba en forma genérica e indiferenciada en una sola categoría -hombre- a mujeres y hombres. Señala que el mismo Freud hasta el año 1925 (Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos) formula la teoría del Edipo sin hacer referencias particulares a desarrollos diferenciales en el varón y la hembra. Tal es así que, si bien concibe la etapa fálica con un sólo órgano que cuenta para ambos sexos, en *El yo y el ello* (Freud, 1923/1981) y en la *Disolución del Complejo de Edipo* (Freud, 1924/1981), no señala explícitamente ninguna distinción entre las vicisitudes del mismo en el hombre y en la mujer. Por supuesto que las reacciones frente a esos planteos freudianos no se hicieron esperar, principalmente por las analistas mujeres; en este sentido, Karen Horney y Melanie Klein (citadas en Lamas y Saal, 1991) consideran que la envidia del pene no es la marca denigrante de una inferioridad anatómica, sino que aparece como síntoma defensivo; como consecuencia de la dificultad que encuentra la niña para mantener su deseo femenino. Es sólo después de los trabajos de Horney, Jones, Klein, Deutsch y Rivière cuando Freud se interesa por la niña y la mujer, y escribe *La sexualidad femenina* (Freud, 1931/1981) y *La feminidad* (Freud, 1933/1981).

Es a partir de estos trabajos cuando el psicoanálisis va a delimitar un área que llamará feminidad, enmarcada en el deseo sexual y en una teoría de la sexualidad que sitúa y resitúa constantemente el concepto de la diferencia sexual.

A su vez las mujeres, que también en este siglo han asumido un papel activo en el proceso de conocimiento sobre sí mismas, parten de la diferencia de sexos y se dirigen al psicoanálisis demandando una teoría de la construcción de tal diferencia, reconociéndolo como el único capaz de ofrecer una respuesta.

1.2.- MUJER

Es conveniente ahora abordar otro aspecto importante para la comprensión del papel de la mujer en la sociedad. Para tal efecto es necesario hacer una breve revisión de la trayectoria y posición del rol femenino a lo largo de la historia, así como su interconexión con el aspecto económico.

Los antropólogos e historiadores afirman que sólo se puede llegar a la comprensión de la naturaleza de los sexos, a partir del conocimiento exacto de las raíces históricas de esas nociones.

La importancia económica de los sexos en las sociedades antiguas es expuesto por Martin y Voorhies (1978) y Michel (1983). Señalan que en las primeras sociedades mujeres y hombres dependían de la recolección y la caza, las mujeres se entregan, sobre todo, a la recolección pero también participan en la caza con los hombres. La división del trabajo entre los sexos en el periodo paleolítico, "está fundada sobre la cooperación; el sitio de residencia es ambilocal y la descendencia casi siempre bilineal" (Parsons, citado en Michel, 1983, p.32). La condición de las mujeres en estas sociedades nómadas era apreciada.

Estos autores afirman que con la primera revolución neolítica, cerca de 10,000 años a. C., y con los trastornos climáticos, las actividades de caza de los hombres se yuxtaponen; como base principal de la alimentación, la recolección y la agricultura de azada (llamada horticultura). Ahora bien, en las sociedades horticultoras la mujer depende del cultivo, y su participación en dicha actividad está en relación inversamente proporcional a la importancia de las actividades horticultoras, en tanto que la de los hombres está en relación directa. Pero esto no significó que las mujeres fueran menos productivas que los hombres, sino que hubo una gradual elaboración teórica para lo cual se tomó como paradigma la sociedad recolectora. En la medida en que una comunidad depende más de los productos del cultivo, mayor es su demanda de que sean invertidos los esfuerzos laborales de todos sus miembros en la actividad agrícola.

En las sociedades con sistemas de familias matrilineales parece haber relaciones entre la división sexual del trabajo y el parentesco. El germen de esos grupos de parentesco parece encontrarse en relación con deberes específicos para cultivar la tierra. Mientras que en las sociedades con sistema de familias patrilineales el papel de la mujer es inconstante, en la matrilineal su posición es más elevada. Los vínculos uterinos son los que establecen como se reparten los recursos productivos, definen las relaciones entre hombres y mujeres,

grupos sociales y segmentos políticos, tanto en el nivel particular como en el general, aún cuando las posiciones de autoridad pública son asignadas a los ancianos a cada grupo de filiación.

En el neolítico medio, entre 6,000 y 3,000 años a. C., se produce la segunda revolución técnica, acompañada de una explosión demográfica que llegó a trastornar tanto la organización social entera como el estatuto de las mujeres en la sociedad. Esta revolución se caracterizó por el descubrimiento de energías nuevas, por la invención de técnicas mejores, por nuevos modos de transporte, por el conocimiento de las propiedades físicas de los metales, por la invención del calendario solar, de la arquitectura y las matemáticas aplicadas. El hombre reemplazó a la mujer como agente de la producción agrícola, el campo sucedió a la parcela, el arado del hombre a la azada de la mujer; fué así como, según estos autores, se arruinaron las condiciones económicas del matriarcado.

A la exogamia, que era necesaria para la supervivencia de los cazadores del paleolítico para garantizarse, mediante alianzas, los territorios de caza, sucede el régimen de la endogamia en que todas las hijas de la casa son guardadas como reproductoras por los jefes de familia para los primos de la casa. Tal es el principio del encierro de las mujeres. La alianza mediante el matrimonio de las mujeres exportadas a otros clanes es reemplazada por el recurso de la guerra. Semejante evolución queda confirmada por los estudios prehistóricos más recientes. Así nació el concepto instrumental de las mujeres, reducidas a los papeles de genitoras y encargadas de las tareas domésticas dentro del grupo familiar. Así, Engels (1980) señala que "la primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer para la procreación de los hijos... El primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia" (p.62).

En cuanto al aspecto religioso, según James (citado en Michel,1983), "dos descubrimientos fundamentales se encuentran en el origen de la aparición de las religiones patriarcales. El conocimiento y la domesticación de los animales permitieron descubrir el papel del macho en la generación. Después, cuando la carreta desplazó al azadón, ésta adquirió una significación fálica, como el instrumento que prepara la tierra para ser fértil" (p.124). El conocimiento del dualismo procreador hizo que se asignara primero un compañero macho a la Diosa-Madre, ocupó al principio un lugar subordinado al de aquella, después igual, el último paso se dió con la creación del Dios omnipotente de las grandes religiones patriarcales.

Continuando con el trayecto histórico, Martín, Voorhies (1978) y Michel (1983) agregan que con las sociedades dedicadas al pastoreo y a la industrialización surgen formas de apartarse del modelo de sociedad agrícola. La recolección, la horticultura y la agricultura fueron tres de las formas que se desarrollaron con anterioridad a la era mercantil e industrial. El pastoreo está considerado como una etapa intermedia entre la sociedad de recolección y el desarrollo de la agricultura. Mencionan a pensadores como Morgan y Engels que consideraban la adopción del pastoreo como primera etapa del alejamiento de

la horticultura matrilineal. En este tipo de comunidad los papeles masculinos y femeninos varían de acuerdo a los casos. La participación de la mujer en estos grupos es escasa ya que el trabajo de pastoreo es realizado mayormente por los varones; por lo demás, y como lo explicó Engels, mientras las mujeres estaban obligadas a menor movilidad por la obligación que les imponían embarazos (que no sabían evitar ni distanciar) y crianza, los hombres conquistaban progresivamente el espacio exterior, hasta descubrir el poder de la acumulación, por lo que terminó agregándose un nuevo pretexto para el sometimiento de las mujeres a los jefes de grupos: necesidad de garantías acerca de la paternidad de quienes un día heredarían la riqueza acumulada.

Pero la vida seminómada aún defendía a las mujeres del encierro, de la distinción entre la esfera de lo público y lo privado y permitía el contacto entre ellas, situación que vendrá a cambiar en las futuras ciudades con el desarrollo de la urbanización.

Refiren que en las ciudades antiguas se aislaba a las mujeres de la vida pública (harem, gineceo, etc.); a pesar de esto, en algunas sociedades las mujeres ejercían aún cierto poder político y religioso. La situación de encierro de las mujeres en las antiguas sociedades urbanas estatizadas se da en dos etapas: en la primera, los que detentan la propiedad privada de la tierra y los privilegios sociales se apoyan sobre castas de sacerdotes y de militares para mantener su situación; los primeros burócratas encargados de la defensa, por la ley o por la fuerza, de los privilegios de la clase naciente despojan a las mujeres de sus antiguas funciones sacerdotales y políticas; en el curso de la segunda etapa, en que el crecimiento de las ciudades y del comercio dió lugar al nacimiento de una clase media, aparece este snobismo de los mercaderes que creen ir subiendo por la jerarquía social al retitar a sus esposas de la producción urbana o artesanal y de toda red de comunicación que pueda procurarles un poder político en la ciudad.

La condición de las mujeres en el periodo prefeudal (siglo V al IX), se caracterizó por su participación en la iglesia y por sus funciones en las finanzas y la administración de los bienes; en esta época las mujeres de todas las clases sociales obtuvieron el derecho de heredar los bienes inmuebles y alienarlos, según su deseo, sin autorización paterna ni marital. Las mujeres abadesas, reinas y princesas, promueven la religión católica, pues ven en el cristianismo una posibilidad de mejoras de su condición. Por su parte los emperadores y reyes se apoyan sobre la iglesia, única organización sólida para edificar su poder y mantener su reino. La condición de las campesinas sufrió el contragolpe de esos cambios. Los censos de los trabajadores agrícolas de uno u otro sexo, levantados por los señores de la época, revelan que las campesinas eran respetadas y apreciadas por su producción alimentaria y artesanal.

En la época feudal (siglo X y XI) la desintegración de la sociedad imperial dió lugar a la fragmentación de los dominios y, por consiguiente, del poderío político y económico de un número considerable de mujeres con autoridad sobre sus bienes. Estas tenían acceso a la universidad, ejercían profesiones liberales y participaban activamente en la vida de los gremios. "La Europa feudal toma del derecho romano el matrimonio monogámico,

rompiendo con la tradición poligámica oriental y la iglesia le concede el carácter de indisoluble..." (Torres, 1989, p.13).

En el periodo anterior al siglo XII, la identidad de las condiciones de las mujeres es notable, pese a enormes diferencias de cultura, religión y de sistema político; 'la imagen convencional de la exclusión de las mujeres' aún no ha nacido. Las mujeres disfrutaban de grandes libertades que les permitían ejercer todos los papeles que después le fueron prohibidos a su sexo.

A fines de siglo XI, con la Revolución Gregoriana se introdujeron reformas en el seno de la iglesia, la cual eliminó a las mujeres de las elevadas funciones que en ella desempeñaban. Con este cambio, el acceso a las escuelas y universidades queda prohibido a las jóvenes. Por otro lado, a partir del siglo XII el desarrollo de las ciudades, engendrado por el del comercio, la centralización del estado naciente, introducen una proliferación de burócratas que se adueñan del poder y de la cultura, eliminando a las mujeres. Así las mujeres de todas las categorías sociales perdieron una parte de los antiguos papeles, por ejemplo, se suprimió la libertad testamentaria, la independencia económica y fueron eliminadas de las desiciones importantes y de los gremios comerciales. Del siglo XII al Renacimiento se da un fenómeno de resistencia y las mujeres crean una contracultura con otras prácticas sociales (las cortes de amor, el beguinaje, las herejías, etc.), aparte de las admitidas. A esta tentativa, el aparato de poder jerarquizado y masculinizado, de acuerdo con la realeza, la burguesía ascendiente y la iglesia, tendió a eliminarlas con dos instituciones que llegarían a normalizar a las mujeres y a hacer aceptar a la mayoría de ellas su encierro en la familia: la Inquisición y la nueva legislación familiar, que hace de la mujer una incapacitada jurídica. Esta cacería de brujas desembocó en un genocidio que acabó hasta el siglo XVIII.

En el Renacimiento (siglos XV y XVI) la represión de la iglesia y la burguesía, apoyada por la monarquía, se perfecciona para mantener a las mujeres en la familia y privarla de sus antiguos papeles. Se define la nueva ética que debe seguirse para la educación de las niñas: éstas deberán ser preparadas para sus futuros papeles domésticos, en que todo se hará para comodidad del marido y los hijos. A la naciente ética burguesa de 'la mujer en el hogar' se añade una filosofía nueva que funda al estado sobre el individuo y ya no sobre la gran familia feudal, pero las mujeres son excluidas de esta concepción de los individuos-ciudadanos del nuevo estado-nación.

Se cierra el acceso de las mujeres a las universidades, quienes encontraron como única solución viable la instrucción de sus hijas a través de los conventos e instauraron recintos de instrucción para las huérfanas y las solteras.

Los primeros indicios de producción capitalista se presentan esporádicamente en algunas ciudades del Mediterráneo, desde los siglos XIV y XV. La historia moderna del capital data de la creación, en el siglo XVI, de un comercio que se extendió por el mundo entero y

de un mercado igualmente extenso, que permitió una acumulación de capital intensificada gracias al régimen de monopolio.

La acumulación capitalista hizo posible la revolución tecnológica y el advenimiento de la manufactura en lugar del taller artesanal. Los siglos XVII y XVIII son de transición entre una economía feudal y una economía fundada sobre la industria. El cambio político sigue a la evolución económica.

El desarrollo de las clases medias determinó la mayor importancia de la vida de la familia y del hogar. Se hacen esfuerzos por limitar a las mujeres a los papeles domésticos y educativos. En la nobleza o la burguesía rica, algunas mujeres no aceptaron la limitación de sus papeles. Así aparecen las medias azules del siglo XVII, que participan en la literatura y en las luchas políticas. Así mismo, se dan otros grupos de resistencia como: las anabaptistas, las panfletistas, las castellanas, las cuáqueras, etc.

La expansión colonial o la competencia entre las naciones europeas por la conquista de nuevos mercados, propició que el militarismo se convirtiera en uno de los elementos consecutivos de la civilización europea, que extendía su influencia sobre el resto del mundo. Al comienzo de la colonización, algunas mujeres participaron en el desarrollo económico del Nuevo Mundo, ya que las autoridades de las colonias norteamericanas lo permitieron. A pesar de ésto, el liberalismo de las primeras asambleas de colonos norteamericanos cedió el lugar a las prácticas patriarcales, cuando se desarrolló la colonización: entonces sólo pudieron ser miembros de los gobiernos locales los jefes de familia varones.

Las mujeres de la gran burguesía y de la clase media, apartadas de la producción comercial valorada, vieron abrirse más la brecha de su condición con la de sus maridos. En una sociedad en que no sólo la ética puritana, sino también la doctrina católica condenaba la ociosidad, el valor de los hombres de Europa y América se midió por su producción comercial y por sus ahorros, en tanto que las mujeres 'ociosas' se convirtieron en objeto de desprecio.

Profesiones ya prohibidas a las mujeres en algunos países desde el Renacimiento, como la medicina, les fueron negadas por doquier. En las clases populares la competencia entre los dos sexos, agravada por la desaparición de la producción familiar, suprimió a las mujeres de otros oficios más: por ejemplo, la fabricación y venta de cerveza, de velas y, en parte, de la industria textil.

Es necesario abrir aquí un espacio para referir la situación de las colonias antes de la conquista, para luego poder englobar la exposición. En la América precolombina, según Vitale (1981), del período recolector se pasó a la gens y a la tribu. La organización gentilicia se basaba en lazos de parentesco. No existía la propiedad privada de la tierra. Los pastos, cerros y aguas eran de uso común. En esta organización, el papel de la mujer era decisivo. El marido debía recidir en el seno de la familia de la mujer. Los hijos

llevaban la filiación del tótem de la madre. El hombre no podía desposar a una mujer del mismo tótem, pero era lícita la relación sexual entre hijos e hijas del mismo padre, pero de tótem diferente. Las mujeres indígenas desempeñaban tareas fundamentales en la comunidad.

Las actividades en la agricultura, alfarería, hilado y elaboración de los metales colocaron a la mujer en una situación igualitaria a la del hombre. Algunos autores sostienen que en el momento de la conquista española, los indígenas de las altas culturas americanas (mayas, incas y aztecas) estaban en un proceso de transición al patriarcado. De este modo, en suelo latinoamericano, al igual que en otros continentes, se demostró que la mujer, antes de la sociedad de clases, fué un ser con la misma capacidad del hombre para trabajar, decidir y participar activamente en los problemas de la comunidad.

Durante la época colonial, con la consolidación del régimen patriarcal impuesto por los españoles, la mujer indígena perdió los derechos que había disfrutado en las antiguas colonias indígenas. Las mujeres indígena, mestiza, además de la negra esclava importada de Africa, fueron explotadas, no sólo sexualmente, sino desde un punto de vista económico; bajo la república la situación de inferioridad prevaleció, era mantenida en la ignorancia y marginada de las actividades políticas y destinada a la procreación, como lo dictaba la poderosa iglesia católica (Vitalé, 1981).

Ahora, retomando a Martin, Voorhies y Michel, se hace referencia a que en el siglo XVIII, como la división del trabajo se aceleró con la invención de nuevas máquinas, se reservaron a las mujeres los empleos peor pagados. La diferencia entre los salarios masculinos y femeninos se agrava desde el siglo XIV y, en el siglo XVIII, éstos últimos no alcanzaron el 50% de los primeros. Algunas mujeres encontraron una solución en la prostitución, la cual alcanza índices mayúsculos en Europa; otras se alistaron en el ejército o emigraron a las colonias, donde algunas se desarrollaron, entre otras cosas, en el comercio.

No obstante haber tenido una participación importante en la Lucha de Independencia Norteamericana y en la Revolución Francesa, no se les permite ocupar un lugar en los gobiernos nacientes, presentándose así la muerte política de las mujeres.

Las ideologías del Renacimiento que se desarrollan en el siglo XVII con el cartesianismo y en el siglo XVIII con los Enciclopedistas hacen apología de los derechos del individuo, del derecho a la crítica y de la razón contra los prejuicios, de la responsabilidad individual y de la conciencia en tanto que motor de la acción política, del dominio del mundo exterior gracias a la ciencia y a la tecnología. La distorsión era demasiado grande entre esos ideales inculcados a los hombres y los principios de sumisión y de domesticidad impuestos a las mujeres. Esta distorsión sólo podía engendrar revuelta y frustración entre las mujeres instruidas, que comparaban la condición que se les tenía reservada con los discursos de los hombres. A las reivindicaciones ya formuladas en el siglo XV concernientes al derecho a la educación y al desarrollo económico, las mujeres del siglo

XVIII añaden el rechazo de la doble moral sexual, la reivindicación de los derechos políticos y la idea de que la liberación de las mujeres también es la de toda la sociedad.

Así, es en el siglo XVIII cuando las mujeres perciben el divorcio entre el lenguaje revolucionario de los políticos y la negativa a considerar a las mujeres como ciudadanas con todos los derechos. Las francesas que lucharon por los objetivos revolucionarios, las norteamericanas que participaron en la Lucha por la Independencia, como ya se mencionó, tuvieron la experiencia de que los grandes principios revolucionarios inscritos en las constituciones y las declaraciones de derechos se detienen ante la frontera del sexo.

El siglo XIX es de un capitalismo salvaje que se extiende por todas las dimensiones del planeta. Con el imperialismo y el colonialismo, el mercado se vuelve mundial. La competencia se agrava y se traduce en crisis cíclica.

El capitalismo no puede mantenerse más que añadiendo a la acumulación resultante de las ganancias obtenidas sobre la producción comercial una acumulación 'permanente', que se alimenta en la producción no mercantil. Más aún, la segunda es condición necesaria de la primera: en efecto, es por su producción doméstica no mercante por lo que las mujeres reproducen la fuerza de trabajo de sus maridos y de sus hijos, que éstos pueden vender en el mercado de trabajo. Frank (1977; en Michel, 1983) señala que "si el capitalismo no hubiese contado con la aportación de las mujeres bajo forma de trabajo no pagado y de ejército de reserva de mano de obra para explotar, llegado el caso, la acumulación capitalista habría sido más difícil, si no imposible" (p.148).

En esas condiciones llegó a su apogeo la ideología de la mujer en el hogar, pues todo el mundo creía ganar con ello: los patronos que se crean una mano de obra de reserva, los pequeños propietarios que encuentran allí una mano de obra gratuita en forma de ayuda familiar y los obreros temerosos de la competencia. Así las cosas, y ante la reprobación del trabajo femenino, que se extiende a obreros y sindicalistas (al principio se ponían en huelga cada vez que era contratada una mujer), se declaró el trabajo de la mujer como 'trabajo de complemento'. Paralelo a esta situación y, "aunque la revolución francesa con su lema 'igualdad para todos', parecía dar respuesta a los ideales de justicia para la mujer, el advenimiento de Napoleón con su Código de 1805 -en el que se inspiraron algunos de los códigos europeos- trae otra vez a colación la subordinación de la mujer al negársele todos los derechos políticos y al establecer la sumisión civil, social y política" (Rodríguez, 1988, p.16).

En una época en que los pequeños propietarios eran más numerosos que los obreros, los primeros no podían sobrevivir a la competencia más que aprovechando la ayuda no remunerada de su esposa en el taller artesanal o en la tienda. Para las esposas de los obreros que no habían tenido acceso a la pequeña propiedad les quedaba el trabajo en la fábrica, siempre disputado y mal pagado. La mujer entra al capitalismo sometida por la máquina. En efecto, Marx (1975) dice: "el trabajo de la mujer y del niño fué, el primer grito de la aplicación capitalista de la máquina. De este modo aquel instrumento

gigantesco creado para eliminar trabajo y obreros se convertía inmediatamente en medio de multiplicación del número de asalariados, colocando a todos los individuos de la familia obrera, sin distinción de edad ni sexo, bajo la dependencia inmediata del capital" (p.181).

Del mismo modo que en la adaptación agrícola se calificó a las mujeres de genéricamente incapacitadas para toda tarea extradoméstica, con la industrialización se dijo que había toda una clase social que solamente servía para aquellas tareas que fomentaban un rápido desarrollo del nuevo tipo de economía. En las familias de clase obrera, las definiciones tradicionales de los papeles sexuales chocaban con las necesidades impuestas por la pobreza de la vida en las ciudades. Las mujeres volvieron a la producción por pura necesidad y, al hacerlo se vieron bruscamente cargadas con cantidades de trabajo superiores a sus fuerzas. El trabajo industrial no reemplazó las responsabilidades de la mujer, sino que se sumó a ellas.

Estos cambios fueron impuestos con una rapidez vertiginosa, lo que provocó muchas dificultades en las relaciones matrimoniales y filiales. Esto es, se da en ese momento una tensión todavía no resuelta entre la estructura familiar y la económica doméstica de las masas, si bien es cierto que la revolución industrial fue la partera del esfuerzo combinado de ambos sexos, siempre corrió a cuenta de la mujer el trabajo doméstico (Rodríguez, 1991).

Como vemos, los papeles sexuales de la época agrícola -donde la división del trabajo era entre un varón-proveedor y una hembra encargada de los trabajos de la casa-, fueron adoptados y sobrevivieron en la sociedad moderna, aun cuando la familia patriarcal extendida se destruyó para ser sustituida por la familia nuclear (padre, madre e hijos).

Si bien es cierto que los horizontes laborales de las mujeres se ampliaron al campo productivo, sus obligaciones domésticas y los mitos sexuales de la época que precedió a la sociedad industrial persistieron, como si la historia siguiera un continuo lineal; la revolución industrial sacó a las mujeres de su reducido círculo -el hogar- y las introdujo en las fábricas, pero ésto no implicó que ellas dejaran de desempeñar un papel subordinado, supuestamente debido a su pasividad e inferioridad.

Según Rodríguez (1991), "...las necesidades que tiene el capital de mano de obra barata trae como consecuencia que la mujer venda su fuerza de trabajo a cambio de un salario que sirva de complemento al del marido. Estas necesidades del capital se ligaron íntimamente al nuevo modelo de mujer y de familia que parece abrirse paso contra el modelo tradicional. Este antagonismo se traduce hoy día en ligeros cambios en el repertorio de los roles", pues para la mujer ya hoy es mayor la posibilidad de que asuma roles tradicionalmente masculinos y lo mismo vale en sentido inverso, pues los hombres también realizan ya ciertas actividades que eran del dominio femenino, como cuidar a los hijos. Pero agrega, a pesar de ésto, que "en las sociedades capitalistas ha predominado un imaginario que incorpora notas del imaginario femenino básico de la cristiandad, que

coloca a la mujer en una relación necesariamente monogámica y como centro del trabajo doméstico y la crianza de los hijos" (p.32).

En el siglo XX, la condición de opresión y discriminación de la mujer, no ha cambiado mucho. En América Latina pueden señalarse dos fases en relación a su inserción en la estructura de clases (Vitale, 1981): a) de 1900 a 1930 en que se mantuvo básicamente explotada en el campo y los talleres artesanales, y b) de 1930 en adelante, en que se incorporó masivamente a la industria, al comercio y a los servicios públicos. Así se produjo un significativo crecimiento del sector de mujeres asalariadas, aunque este proceso se ha estancado desde fines de la década de 1960. Las mujeres han llegado a constituir el 20%, como promedio general para América Latina, de la población denominada económicamente activa.

En relación al punto de vista histórico, pero en otro sentido (García, 1985), plantea que desde que la humanidad descubrió el fuego y más adelante cuando se inventó la escritura, predominó la concepción que destinaba a la mujer a consagrarse a los quehaceres del fuego doméstico, y al hombre le impuso como fin todo tipo de trabajo ligado al ambiente donde la escritura se hizo fuerte.

Agrega que cierto es que, a través de la historia, el referente de la femineidad ha sido construido adoptando los componentes de la vida material de los hombres y las mujeres. Por ejemplo, en una sociedad cuya vida material está basada en una economía natural, es evidente que la imagen de lo femenino vuelva a través de los temas y de las figuras míticas; a saber, tierra-madre-fertilidad-lluvia, lo que va siendo para la mujer un referente que llega a expresarse en términos rituales. Es, sencillamente porque los componentes de su vida material son, por ejemplo, la agricultura como actividad, la cual reproduciría los frutos que le servirían para intercambiar por objetos de valor, y la lluvia sin cuya benevolencia los productos nacidos de la tierra no germinarían. En otras palabras, "en la antigüedad, los mitos constituyen el imaginario de lo femenino, pero un imaginario construido en una relación de dominio de la naturaleza, lo cual ha implicado la represión de lo femenino. Así pues, se construye la femineidad, y con ella la plataforma de la cultura; a costa de la continua repetición de la represión" (García, 1985, p.32).

Y señala que la dominación en la antigüedad estaba ligada a dos instancias precisas: exogamia e intercambio de valores en un comienzo, y de dinero después. Este intercambio está basado en el campo de las leyes naturales y regido por esas mismas leyes, donde el vínculo de la herencia estaba fundado en la combinación de genes, siendo una combinación arbitraria y donde la cultura juega un papel organizador.

Algunos trabajos (Blumberg, Friedl, citados en Kandiyoti, 1986) que utilizan un esquema general de la evolución social sugieren que a medida que avanzamos desde sociedades categorizadas como cazadoras y recolectoras, pasando por sociedades hortícolas hasta llegar a las agrarias, la igualdad entre los sexos se ve cada vez más comprometida hasta que llega a su mínimo en estas últimas; ya que la agricultura estable implica la propiedad

masculina de la tierra y el parentesco patrilineal. Martin y Voorhies (1978) a su vez, plantean que en los sistemas agrícolas "las mujeres fueron separadas de la principal corriente de producción por primera vez en la historia de la evolución cultural" (p.82). En una sociedad capitalista, donde la relación con la naturaleza está medida por la fábrica y las relaciones de intercambio han llegado a su nivel más alto de abstracción, la subordinación de la mujer quedó como fijación 'inmutable' (Rodríguez, 1991).

Ahora, retomando a Michel (1983), se plantea que en cuanto los gobiernos crearon nuevos servicios en favor de los desheredados, los hombres fueron aceptados, con prioridad, como funcionarios remunerados. Habrá que aguardar a la segunda mitad del siglo XX para que el personal de los servicios públicos encargados de la ayuda a los enfermos, a los ancianos y a quienes carecían de hogar sea en parte feminizado.

El acceso a las universidades quedó abierto a las mujeres a fines del siglo XIX, no sin resistencia de los hombres.

Por mencionar alguno de los logros de los movimientos feministas, en Francia se obtuvo la libre disposición de los ingresos por la trabajadora casada -en 1907-, leyes y sanciones contra el abandono paterno -1912-, ingreso de las mujeres en los organismos administrativos y la abolición de los prostíbulos. En 1903, las finlandesas obtuvieron el derecho al voto y, después de la Primera Guerra Mundial, el voto fué obtenido por las mujeres de 21 países. El primer país latinoamericano en reconocer el derecho de votar de la mujer fué el Ecuador en 1929, y el último el Paraguay en 1961 (Alonso, 1986). México otorga a la mujer este derecho en 1953.

Por parte de los países socialistas, los primeros decretos sociales de la revolución bolchevique crearon el seguro contra la enfermedad, los cuidados gratuitos por 16 semanas antes y después del nacimiento de un hijo, y la prohibición de despedir a una trabajadora embarazada; el dominio del marido fue suprimido en el matrimonio y en la administración de los bienes de la pareja, el divorcio fue facilitado y el hijo ilegítimo pasó a ser igual que el legítimo. A pesar de ésto, poco a poco las conquistas de las mujeres fueron reducidas, casi suprimidas. Los stalinistas pensaron que la construcción de una sociedad socialista requería el retorno a los papeles masculinos y femeninos tradicionales de la familia. Así, y como lo señala Rodríguez (1991), hay pruebas palpables de que el esquema patriarcal siguió reproduciéndose a nivel de la pareja en los países socialistas (ahora ex-socialistas), aun cuando la apertura de las fuentes de trabajo para la mujer y otros derechos que ésta logró, se dieron en mayor medida que en las sociedades capitalistas desarrolladas; así, no se eliminó el rasgo patriarcal, en gran medida dominante, en la vida cotidiana. Existió el impulso igualitario, pero no se pudo resolver el fondo real de la organización del trabajo social para los efectos de modificar sustancialmente la división del trabajo; todo ello se revierte en la persistencia del trabajo doméstico como un coto femenino y, con ésto, su consecuencia posterior que es la persistencia de remanentes patriarcales.

De acuerdo con Michel (1983) la concepción instrumental de la mujer como ser inferior, destinado a servir al marido en la familia y al Estado nacional-socialista dándole muchos hijos fué erigida en doctrina sistemática de las sociedades fascistas de Alemania, Italia y España. La Alemania nazi adoptó el lema de las tres K ('kind'-niños, 'küche'-cocina y 'kirche'-iglesia). Fue el primer país que licenció por decreto a todas las mujeres casadas que trabajaban en la función pública y se fijó una cuota de 10% de jóvenes para admisión en los liceos. En España, todas las conquistas de las mujeres obtenidas durante la república (por ejemplo, derecho al voto en 1931) fueron abolidas por el régimen de Franco.

En estas condiciones, muchas mujeres europeas tomaron parte en la lucha armada, ya como miembros de la lucha de guerrillas, como unidades del ejército y como agentes de información o enlace. Por otra parte, la participación de las mujeres en las fábricas de armamentos -y en otros oficios- permitió que los hombres combatieran en los frentes más lejanos. En algunos países como Inglaterra y Estados Unidos se les ofrecieron facilidades para lograr ésto (trabajo de tiempo parcial, a domicilio, guarderías, etc.).

El fin de la segunda Guerra Mundial implica el retorno en masa de los hombres, y su reciclaje de lo militar a lo civil. En los países occidentales no dejaron de rendir homenajes a las mujeres por su contribución. No obstante, se las envió de regreso a casa para dejar sitio a los desmovilizados. La mano de obra femenina se desplomó particularmente en la metalurgia, la química y la agricultura. Las mujeres se veían obligadas a aceptar salarios inferiores a los de los hombres para conservar su empleo, mientras que durante la guerra la diferencia se había reducido. Además de no tomar en cuenta que muchas mujeres quedaron viudas y ellas eran el único sostén de su hogar.

En algunos países, como Estados Unidos, las mujeres no abandonaron el mundo del trabajo. Más tarde se empezó a sentir un malestar entre las mujeres instruidas de la clase media, a las que el culto restaurado de la madre en el hogar la limitaba a los papeles reducidos de esposa, madre y consumidora. Aunado a lo anterior, desaparecieron todos los equipos colectivos (guarderías, despensas, etc.) que se habían creado para facilitar el trabajo de las mujeres.

Aún así, en la mayoría de los países occidentales se obtuvieron derechos más igualitarios en la familia, excluyendo Francia, que acordó los derechos políticos de las mujeres, pero sostuvo la legislación napoleónica casi hasta 1970.

En el curso de los veinte años que siguieron a la segunda Guerra Mundial los gobiernos de los países desarrollados no se apartaron de su concepción instrumentalista de la mujer. La sociedad no existe para desarrollar la potencialidad de las mujeres, sino que éstas existen para las necesidades de producción y reproducción de la sociedad. Se la utiliza en tiempo de guerra en la producción y el ejército, pero se las envía a casa cuando ya no se tiene necesidad de ellas (Michel, 1983).

Los progresos de la química y de la técnica permitieron perfeccionar anticonceptivos eficaces, y gracias a ellos, por primera vez las mujeres podían separar sexualidad y procreación. Además, es tema de controversia determinar si, en la actualidad, la mujer se incorpora al trabajo por tener un número menor de hijos o tiene menos hijos porque trabaja (Díaz, 1982).

Encerradas en la familia, las mujeres producen y reproducen la fuerza de trabajo que necesita la sociedad. Según Michel (1983) el sistema patriarcal, anterior al sistema capitalista, se basa en esta 'producción invisible' de las mujeres. Además de ser encargada de la educación inicial de sus miembros, la cuál es "esencialmente un proceso ideológico, en el sentido de que dota al niño de una percepción de la realidad que permite justificar, reafirmar y legitimar las estructuras de poder vigentes, tanto dentro de la familia como fuera de ellas" (Rodríguez, 1991, p.67).

Desde los años setentas las estadísticas de todos los países occidentales revelan una baja de la nupcialidad y de la natalidad, una alza de los divorcios, sobre todo pedidos por mujeres: prueba de que ya no se precipitan al matrimonio como sus madres. Así mismo, revelan que, cuanto más se eleva el nivel de educación de las mujeres, menos a menudo se casan, y más a menudo se divorcian; presentándose el desarrollo de la unión libre y de la familia monoparental.

En adelante la cultura patriarcal sexista coexiste con una nueva cultura antisexista.

Este breve recorrido histórico muestra que las mujeres de hoy aún se encuentran inmersas en el sistema patriarcal y sufren sus consecuencias. La ideología de la mujer en el hogar y su concepción instrumental acompañan y justifican un conjunto de prácticas tendentes a limitar los papeles femeninos como en el pasado; a las funciones reproductivas o de mano de obra de reserva, la última en ser contratada, la primera en ser despedida en caso de crisis.

Para 1980, en todos los países occidentales, los porcentajes de mujeres desempleadas declaradas van de 52 a 75% de todos los desempleados, mientras que éstas no constituyen más que de 35 a 40% de la población económicamente activa.

Así, como lo señala Joeques (1987), en 1983, la Asamblea General de las Naciones Unidas autorizó el programa del Instituto Internacional de Investigación y Formación para la Promoción de la Mujer (en inglés INSTAW) preparara una serie de estudios sobre el papel de la mujer en las relaciones económicas internacionales; algunos de sus resultados se presentan a continuación.

El énfasis en los estudios sobre la mujer en la sociedad ha cambiado en los últimos 50 años. Los primeros escritos giraban en torno a las funciones tradicionales de la mujer, las cuales se centraban en su posición dentro de la familia en las sociedades "primitivas". Se consideró que las funciones del hombre y de la mujer eran esencialmente

complementarias. Limitados en su enfoque de la situación, tales trabajos no se propusieron investigar el ambiente social y económico más amplio, ni considerar los aspectos económicos de diferentes tipos de organización social.

Durante la década de los años setenta, la bibliografía académica se alejó del estudio de la mujer dentro de la familia para emprender el examen de sus actividades fuera del ámbito familiar, e investigar su lugar en las relaciones económicas y sociales. Comenzó a aceptarse la idea de que existía una jerarquización en las relaciones entre los sexos, y una sistemática subordinación de la mujer. Las Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales, inspiradas por intereses humanitarios, centraron sus estudios del tema en la situación relativa de los dos sexos frente a la ley y enmarcados por las costumbres sociales, y en la necesidad de que la mujer recibiera un tratamiento igualitario con respecto al hombre. Los acuerdos internacionales y la legislación nacional fueron los enfoques que se recomendaron para mejorar la situación de la mujer.

Insistiendo en que 'lo personal es político', el movimiento femenino impulsó, así mismo, el estudio de las relaciones interpersonales dentro de la familia. Recientemente se ha establecido el concepto del hogar como un lugar donde la opresión no es menos manifiesta que en cualquier otra parte, es decir, como un microcosmos de la sociedad, no como un refugio de sus relaciones opresivas.

El estudio de la mujer en el desarrollo surgió de estos comienzos. Al principio se creyó que el crecimiento económico era el precursor de los cambios sociales, políticos y culturales que conllevarían mejoras para la mujer. Se evaluó la posición de la mujer en relación con las oportunidades de educación y de empleo, con el estado de salud, la innovación tecnológica y la representación institucional.

El interés en el comportamiento económico, específicamente en los papeles de trabajo, ha sido siempre fundamental para el estudio de la mujer en el desarrollo. Se siguieron dos enfoques: 1) observar a los miembros de la población adulta que se encontraban 'formalmente empleados' y aquellos que estaban 'desempleados', es decir, los que tenían empleo remunerado y los que esperaban tenerlo. Pero se desdeñaron muchas actividades, particularmente en el sector 'no estructurado', debido a las dificultades prácticas de recoger información sobre ellas. Las mujeres tienden a verse concentradas en actividades de ese tipo, así que se omiten en los registros estadísticos con más frecuencia que los hombres. Por lo tanto, la invisibilidad del trabajo de la mujer se convirtió en una denuncia común entre los economistas y aquellos que formulan las políticas. 2) examinar la "distribución presupuestaria del tiempo" de la gente, observando con minuciosidad cómo pasaba sus días la gente y qué clase de tareas consumían su tiempo y energía. Así surgió un cuadro muy diferente del trabajo de la mujer. Se demostró que, universalmente, la mujer trabajaba más horas que el hombre, en un espectro de tareas interrelacionadas que no podían dividirse racionalmente en las categorías económicas convencionales de 'productivas' y 'no productivas'. Desde esta perspectiva, se comprendió que el trabajo en las tareas del hogar no era menos oneroso o crucial para el bienestar de

la gente que el trabajo fuera del hogar. Así, se llegó a apreciar mejor el papel de la mujer como proveedora primaria de las necesidades básicas. Pero aún persistía la idea de la mujer como beneficiaria del desarrollo más que como participante.

Los dos tipos de enfoque nunca se sintetizaron metodológicamente y se hizo caso omiso de la mujer como categoría, excepto en las esferas de la actividad y asistencia sociales. En estas circunstancias, la idea de la mujer como beneficiaria pasiva del desarrollo se transformó pronto en la idea de ella como víctima del cambio. Esto provocó reacciones y la interconexión vital entre los trabajos productivo y reproductivo de la mujer se reafirmó, no obstante la imposibilidad de tratarlos proporcionalmente en términos económicos. Se rechazó la connotación de pasividad que conlleva el término 'víctima' y se mostró a la mujer, en cambio, como una administradora activa de los únicos recursos a su disposición, pero siempre dentro de los estreñimientos establecidos por los conceptos prevalecientes sobre su papel sexual.

Históricamente, las etapas en el reconocimiento internacional de las prerrogativas de la mujer se remonta a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, logro de la Revolución Francesa en 1789.

Durante mucho tiempo las mujeres vivieron en una discriminación tal que no fué hasta 1948 que, por medio de la Declaración Universal de los Derechos humanos, se consagró jurídicamente el principio de la igualdad de los sexos como el derecho fundamental y universal.

Hasta 1970 aparece la primera referencia explícita a la mujer y el desarrollo, en el Segundo Decenio Internacional para el Desarrollo, de las Naciones Unidas; el cual declaró que "debía estimularse la integración plena de la mujer en el esfuerzo total en favor del desarrollo" (Joekes, 1987, p.15).

1975 fue proclamado Año Internacional de la Mujer, que se celebró con la Primera Conferencia Mundial de la Mujer, en la ciudad de México, la cual unió, por primera vez, el papel de la mujer a escala mundial con los temas de la actualidad y los acuciantes problemas políticos, sociales y del desarrollo. El mismo año se llegó a una serie de medidas concretas; se fundó el Instituto Internacional de Investigación y de Formación para la Promoción de la Mujer (INSTRAW), así mismo, en 1976 se creó el Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer (ahora UNIFEM).

Un conjunto variado de conferencias mundiales sobre otros tópicos dedicaron creciente atención, tanto al papel de la mujer como al tema central. Se pueden mencionar la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos (1976), la Conferencia Tripartita sobre el Empleo, la Distribución del Ingreso y el Progreso Social, y la División Internacional del Trabajo (1976), la Conferencia Internacional sobre la Desertificación (1978), la Conferencia Mundial sobre Reforma Agraria y Desarrollo Rural

(1979), la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Fuentes de Energía Nuevas y Renovables (1984).

El enfoque nuevo, amplio y global se confirmó en 1980 en la Conferencia Mundial del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer celebrada en Copenhague y se afianzó en la Segunda Conferencia Mundial de la Mujer, en Nairobi, en 1985; que marcó el final del Decenio. Para esta fecha se descartó firmemente cualquier sugerencia de que la mujer fuese la mera beneficiaria (o víctima) del desarrollo. Se la considera como participante y agente del proceso. Se reconoce el valor fundamental para la sociedad del papel doméstico de la mujer en la crianza de los hijos y el manejo de los recursos del hogar. Se aceptan, asimismo, la importancia económica del sector no estructurado y del trabajo y de la iniciativa de la mujer en el mismo, no obstante que estas actividades a menudo caen por un lado en una zona gris, intermedia entre los extremos de la producción totalmente registrada del sector estructurado, y la esfera del hogar, por el otro (Joekes, 1987).

Así como ha habido iniciativas encaminadas a incluir el papel de la mujer en los ámbitos económico y político, se ha dado todo un proceso de análisis multidisciplinario a nivel mundial, a partir de 1975 (Año Internacional de la Mujer), de la situación de la mujer; el cual incluye ya la perspectiva de género examinada en páginas anteriores.

Por mencionar algunas: Conferencia Mundial sobre la Mujer (1975 en México, 1980 en Copenhague, 1985 en Nairobi, 1990 en El Cairo y 1995 en Pekín), en esta última fueron ratificadas las garantías individuales de las mujeres, democratizando así la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, Convención sobre la Eliminación de Todas las formas de Discriminación contra la Mujer (1979), Declaración y Programa de Acción de Viena sobre los Derechos Humanos (promover los derechos de la mujer y la equidad de los géneros), Conferencia Mundial sobre Maternidad sin Riesgos (1987), Conferencia Mundial sobre Educación para Todos (1990), Cumbre Mundial en Favor de la Infancia (1990), Conferencia Mundial sobre Salud para Todos (1991), Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo (1993), Conferencia Nacional sobre Maternidad sin Riesgo en México (1993), Conferencias Estatales sobre Maternidad sin Riesgo en México (1994-1995) (Alcalá, 1994; Brito, 1995; Careaga, 1994; Granillo, 1996; Joekes, 1987; Navarro, 1981; Nash, 1984; Salinas, 1981; Scott, 1985; Silos, 1981; Villa, 1995), éstas últimas con referencia ya a englobar la problemática de género y a instrumentar programas de Salud Reproductiva; concepto que incluye la planificación familiar, pero implica una concepción mucho más amplia, donde se contemplan las diferentes fases del proceso reproductivo, más allá del período perinatal y del ámbito familiar.

La aparición de la mujer en el escenario público y su participación en toda una gama de actividades, significa el haber descalificado las tesis deterministas y fatalistas de que la mujer, por naturaleza estaría restringida a los confines de la vida biológica y doméstica, así como el reconocimiento de que no es la biología sino la economía, la causa de esa realidad (aunque algunos autores cuestionan lo determinante de esta aseveración); el

paso de la mera esfera de la reproducción a la de la producción. Es decir, con ésto se dió un viraje al argumento que buscaba la base de sustentación de su tesis en un fundamento de tipo biológico, naturalista, -es decir, inmutable, incambiable y estático-, en vez de reconocer que se debía todo a un condicionamiento social, histórico y, por ende, susceptible de transformación. Cuando la realidad social, económica y política requirió del concurso femenino, se tuvo que aceptar que la desigualdad es de origen socio-histórico, no natural-biológico (Navarro, 1981).

Según el informe del INSTRAW (Joeques, 1987), en el período posbélico se da una relación entre la expansión de la economía internacional y los cambios en el trabajo y el bienestar de la mujer, dando por resultado que el hombre desempeñe las actividades comerciales, mientras que la mujer fué confinada nuevamente en el trabajo doméstico. Es decir, que en estas circunstancias, las relaciones sociales de género intensificaron la división del trabajo entre los sexos; identificando al hombre con la esfera productiva y a la mujer con la reproductiva de nuevo.

Actualmente, el único modo posible de analizar la división sexual del trabajo es la medición de la participación de la mujer en la fuerza laboral; es decir, su nivel de inclusión en el trabajo remunerado. En opinión de Joeques (1987), "el ingreso monetario es el medio indispensable para lograr el poder económico en las sociedades monetizadas y, además, acrecienta el poder familiar y de negociación de la mujer y, por lo tanto, su situación. Es una condición necesaria, aunque no suficiente, para la emancipación de la mujer" (p.29).

Según dicho informe, entre 1950 y 1985 el número de mujeres en la fuerza laboral aumentó en los países desarrollados y en desarrollo; como aparece en el siguiente cuadro, deducido de estos datos.

MUJERES PERTENECIENTES A LA FUERZA LABORAL		
	1950	1985
PAISES DESARROLLADOS	49%	57%
PAISES EN DESARROLLO	37%	42%
EN RELACION A LA FUERZA LABORAL TOTAL		
PAISES DESARROLLADOS	38%	41%
PAISES EN DESARROLLO	28%	32%

En América Latina, los valores culturales desalientan la participación activa de la mujer en el empleo pagado, aún así la tasa oficial de participación femenina ha aumentado, de 20% en 1950 a 25% para 1980.

Las mujeres, en su mayoría, están concentradas en trabajos no especializados, repetitivos y sin responsabilidad formal dentro de las organizaciones en las que están empleadas y tienen menos perspectivas de promoción y progreso que los disfrutados por los trabajadores masculinos. Sólo en el sector de servicios representan una proporción mayor; prueba de ello es la situación que se esquematiza en el cuadro siguiente.

PORCENTAJE DE MUJERES EN LA FUERZA DE TRABAJO TOTAL DE CADA SECTOR ECONOMICO EN 1970			
NIVEL	AGRICULTURA	INDUSTRIA	SERVICIOS
MUNDIAL	37.4%	27.3%	37.4%
PAISES DESARROLLADOS	43.7%	28.8%	46.8%
PAISES EN DESARROLLO	36.5%	25.6%	26.8%
AMERICA LATINA	8.2%	16.7%	38.4%
MEXICO	4.2%	16.8%	36.4%
PARA 1975			
MEXICO	5.6%	38.1%	50.2%

Fuente: OIT. Labour force estimates and projections 1950-2000,
Segunda Edición, Vol V, Ginebra. 1977
en Kandiyoti, 1986.

El papel de la mujer en la historia de México ha sido prácticamente marginado. Desde el año en que se conoce el Imperio Azteca, por 1519 hacia atrás, es difícil encontrar alguna mujer que destaque en la historia del Imperio. Y, según los historiadores (Acosta, Clavijero, Durán, Mendieta, Motolinia, Ramírez, Sahagún, citados en Rodríguez, 1988) la situación social de la mujer era de sometimiento y subordinación respecto a los varones. A pesar de que se encontraban estratificadas en nobles, sacerdotizas, tributarias y esclavas, todas vivían en una condición de desventaja política y social; ya que las primeras debían ser vírgenes, obedientes, recatadas y honradas para poder ser intercambiadas, prestadas o regaladas (se cree que también sacrificadas a los dioses); las segundas debían permanecer enclaustradas y célibes; a las terceras se les impuso la prostitución y el concubinato y a las últimas la explotación de su trabajo y de su cuerpo, pues podían ser vendidas, rentadas, enterradas con su amo para que le sirviera sirviendo en el más allá y sacrificadas a los dioses.

Para Alessio (1975), en la cultura maya-clásica hubo mujeres que alcanzaron cargos de importancia, como lo revelan las representaciones femeninas encontradas en pinturas y relieves de Palenque y Bonampak. Y señala que entre los aztecas la que moría de parto era comparada y considerada igual a los guerreros, lo cual revela la importancia que se le concedía a esa circunstancia.

Y desde 1519, empezando con la figura de la Malinche, sólo se encuentra aisladamente alguno que otro nombre hasta Doña Josefa Ortíz de Domínguez. Entre este lapso, la única mujer que pudiera considerarse relevante y que ejemplifica perfectamente bien lo que fue la situación de la mujer en el México de la colonia, es la figura de Sor Juana Inés de la Cruz, pues en la Nueva España la mujer no tenía acceso a las instituciones educativas (Silos, 1981).

Las mujeres participaron en forma masiva en la Revolución Mexicana; aparecen algunas mujeres destacadas, como Carmen Serdán y la figura de la soldadera. Esta representa lo que en México podría llamarse el inicio del gran papel que tras bambalinas va a desarrollar la mujer mexicana; siempre en apoyo del hombre, en una situación paradójica y contradictoria que hace que el hombre reciba toda su ayuda sin reconocerla. "La mujer soldadera no se dá más que en dos contextos históricos: uno en la Amazona Griega y la soldadera; que asume su rol femenino sin dejar su falda, sin dejar a sus hijos y sin dejar de alimentar y de ocuparse del varón" (Silos, 1981, p.2).

En el México Independiente no se encuentran casos excepcionales de superación cultural femenina, y es hasta la época post-revolucionaria que la mujer mexicana sigue nuevas rutas y también un nuevo papel en la vida social del país. Es entonces cuando empieza a desarrollar una perseverante tendencia para su capacitación profesional. Para lograrlo ha tenido que luchar contra las propias tradiciones culturales y los prejuicios, derivados en parte de las raíces indígenas e hispánicas. Claro que estas tradiciones incluyen aspectos positivos y negativos; entre los primeros se pueden mencionar la existencia de característica de profundo valor humano que no se han desvirtuado, como en otros países con gran desarrollo tecnológico; por ejemplo, la existencia de una intensa liga familiar entre los mexicanos. Por lo demás puede afirmarse que dentro de nuestra familia el papel de la mujer tiene aspectos de particular importancia, ya que ella es la que, por lo general, llega a constituir el propio eje en torno al cual gira toda la realidad familiar (Alessio, 1975).

De acuerdo con Alessio, como aspecto negativo se puede mencionar el egocentrismo del hombre, que se configura en el llamado 'machismo mexicano'; su negligencia para ayudar a la mujer dentro del hogar, aunque ésta trabaje para ayudar económicamente al sustento del mismo. Según Barbieri (1992), el machismo es una "forma de organización social y de ejercicio del poder de dominación masculino, pero donde las mujeres existen como sujetos de algunos derechos y en la que tienen algunos espacios de autonomía, pero también mucha indefensión" (p.31).

La profesional mexicana tiene que actuar en un medio social complicado; por una parte, debe atender su compromiso de carácter cultural con la familia, compaginando plenamente su función de esposa y madre con su actividad laboral y/o profesional fuera del hogar.

Esta situación provoca que, con frecuencia, se de un conflicto entre estos dos papeles (Hierro, 1988). A este respecto, Elú (citada en Careaga, 1994) afirma que el trabajo de la mujer en México presenta, por un lado, los problemas comunes de todos los trabajadores, y por el otro, el hecho de que se encuentra supeditada a un marco de referencia socio-cultural de naturaleza ambigua y complicada en continuo proceso de transformación. Esto afecta tanto el desarrollo del trabajo de la mujer, como a su familia, produciéndole situaciones de culpabilidad y de conflicto que las hace replegarse hacia posiciones y roles más bien pasivos y de corte tradicional. "Es así, como la mujer ante el trabajo 'quiere que no quiere', le gusta, pero no le gusta hacerlo; se libera, pero se enajena al trabajar... (p.27)"

Tal vez ninguna generación, desde el Renacimiento, ha vivido tal número de cambios en su forma de ver el mundo como la que va de los años 1950 a 1990. Estos cambios de valores han afectado a todos, hombres y mujeres de todas las edades (Yankelovich, 1991).

En México las normas sexuales y de trabajo de las clases sociales alta y media, por los años 50, diferían de aquellas vividas por la clase baja (Salinas,1981). Así, por ejemplo, no era bien visto que una mujer casada de las clases media o alta trabajara. Si necesitaba hacerlo buscaba racionalizar el hecho o disfrazarlo de manera que pasara a los ojos de los demás por un pasatiempo. En cambio, la necesidad económica imperante, imponía otra conducta a las mujeres de clase social baja, quienes ni se disculpaban por trabajar, ni se sentían malas madres, ni se avergonzaban del hecho. Del mismo modo, observamos que en las clases bajas se aceptaba con naturalidad el amasiato, la madre soltera, e incluso la mujer con varios hijos de distintos padres, mientras que en las otras dos clases, estos hechos eran motivo de escándalo. En una palabra, en el México de 1950 coexistían, por lo menos, dos formas de valorar el mundo; radicalmente opuestas y estrechamente ligadas a las posibilidades económicas de la familia. En los últimos 40 años, las clases media y alta han sufrido grandes cambios culturales que no son privativos de México.

Esta autora refiere que no es sorprendente que los cambios relativos al comportamiento sexual reporten cambios en los roles sexuales. En el curso de una sola generación, las normas sobre el trabajo de la mujer casada se han revertido. Debe señalarse, sin embargo, que siempre ha habido mujeres trabajando, y su número a aumentado considerablemente en los últimos años. Lo novedoso no es que la mujer trabaje, sino la actitud, el significado cultural que a éste hecho se le ha asignado. En los siglos XVIII y XIX era común que toda la familia -el hombre, la mujer y los hijos- trabajaran fuera del hogar por un sueldo. A finales del siglo XIX y principios del XX, a medida que el proceso de industrialización aumentó, empezó a ser motivo de orgullo que el hombre sostuviera él sólo a su mujer y a sus hijos (Salinas, 1981). En este siglo fueron las dos guerras mundiales las que más

contribuyeron a la emancipación femenina, cuando las mujeres tuvieron que sustituir al hombre en funciones y cargos, mostrando aptitudes, capacidades y talentos que prejuicios y costumbres milenarias no le habían reconocido (Langer, 1978; Perera, 1982).

Ni la ciencia ni la práctica social pudieron, en adelante, servir de sostén a la opinión de inferioridad congénita de la mujer (Rodríguez, 1982). Como ya se señaló anteriormente, la Segunda Guerra Mundial, obligó a trabajar a muchas madres de familia, en su mayoría obreras. Este hecho facilitó la tolerancia social para que la mujer saliera del hogar para contribuir al sustento familiar.

Cuando una mujer de la clase media necesitaba trabajar, la pareja elaboraba racionalizaciones para asegurarse de que el papel del hombre como principal proveedor no se viera disminuido. El significado que la sociedad atribuía a este hecho era el de que si un marido era incapaz de sostener la familia, no era todo un hombre. Esta significación que igualaba la hombría con el poder sostener una familia, persistió hasta los años sesentas. En 1970, según Salinas (1981), un 86% aceptaba que un verdadero hombre, necesitaba ser un buen proveedor, mientras que sólo 10 años después el porcentaje había bajado a 67%.

También ha cambiado el porcentaje de mujeres de las clases media y alta que trabaja y el significado que a este hecho se le atribuye ha variado; ya no se considera que disminuye la hombría del jefe del hogar, sino que más bien el acento se pone en el mayor status de la mujer que sabe valerse por sí misma. La mayoría de las mujeres mexicanas de hoy día, trabajen o no por un sueldo, piensan que la mujer, para 'realizarse' debe desempeñar un empleo remunerado.

Las mujeres de clase media y alta ya aceptan, en mayor proporción que antes, el aborto. La madre soltera de las clases media y alta reciben la compasión, más no el rechazo de que era objeto en 1950. Son más las mujeres que esperan la cooperación del esposo en la realización de las tareas domésticas y en la educación de los hijos. Las mujeres que estudian una carrera y que luego la ejercen, también han aumentado, y ya no se condena tan acremente a la joven que tiene relaciones premaritales.

De acuerdo a lo anterior, en México parece estarse dando una homogeneización cultural más amplia entre sus diversas clases sociales, en lo que respecta a normas de comportamiento sexual y al trabajo de la mujer.

Sin embargo, y en concordancia con lo sucedido en otros países, en México la participación de la mujer en la Población Económicamente Activa (PEA) ha sido inferior a la participación masculina. En este sentido, es interesante observar el poco incremento de la fuerza laboral femenina en los últimos 40 años, lo cual se refleja en el siguiente esquema.

**TASAS DE PARTICIPACION EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA POR SEXO
EN MEXICO**

AÑO	HOMBRES	MUJERES,
1950	88.03	13.06
1960	85.66	18.19
1970	70.12	17.61
1980	75.05	27.75
1990	68.01	19.58

Fuente: Dirección General de Estadística, Censos Generales de Población y Vivienda, 1950-1990.

Aunado a lo anterior, la disparidad en el tipo de actividad y en la remuneración en comparación con el hombre sigue presente; como se puede notar en los siguientes cuadros.

**DISTRIBUCION DE LA PARTICIPACION DE LA MUJER,
SEGUN SECTOR DE ACTIVIDAD, EN MEXICO**

SECTOR	1970	1990
PRIMARIO	10.81%	3.43%
SECUNDARIO	19.61%	20.78%
TERCIARIO	59.93%	70.27%

Fuente: Censos Generales de Población y Vivienda, 1970 y 1990.

DISTRIBUCION POR SEXO SEGUN SALARIO MINIMO, EN MEXICO, EN 1990.

INGRESO MENSUAL	HOMBRES	MUJERES
NO RECIBE INGRESO	7.22%	2.78%
MENOS DE 1 SALARIO MINIMO	19.31%	22.44%
DE 1 A 2 SALARIOS MINIMOS	36.70%	42.74%
MAS DE 2 Y MENOS DE 3 S.M.	15.13%	14.64%
DE 3 A 5 SALARIOS MINIMOS	9.76%	8.25%
MAS DE 5 SALARIOS MINIMOS	7.61%	4.99%
NO ESPECIFICADO	4.25%	4.15%

Fuente: INEGI, Censo General de Población y Vivienda, 1990.

Ahora bien, si se habla del trabajo que realizan las mujeres, sin duda se debe considerar su profesionalización. A partir del siglo XVIII, la mujer podía aspirar a carreras consideradas 'femeninas', por su extensión de las tareas maternas y domésticas: docencia, enfermería, trabajo social, secretaria, música, odontología, psicología, etc. (Hierro, 1982; Perera, 1982). Al respecto, por mencionar un ejemplo, en el siguiente cuadro se muestra como se presentaba esta situación en la UNAM, en los setentas.

UNAM. POBLACION ESCOLAR: 1970-1975.

CARRERA	MUJERES	HOMBRES
Arquitectura	15%	85%
Artes Plásticas	22%	78%
Ciencias	36%	64%
Ciencias Políticas y Sociales	37%	63%
Contaduría y Administración	19%	81%
Derecho	17%	83%
Economía	18%	82%
Enfermería y Obstetricia	93%	7%
Filosofía y Letras	63%	37%
Ingeniería	2%	98%
Medicina	23%	77%
M. Veterinaria y Zootecnia	9%	91%
Música	42%	58%
Odontología	52%	48%
Psicología	60%	40%
Química	30%	70%
Trabajo Social	86%	14%

Fuente: Departamento de Estadística de la UNAM.

Para 1980 sólo el 20,3% del total de personas inscritas en educación superior era del sexo femenino, un 3.4% de arquitectos estuvo representado por mujeres, mientras que el 11% de éstas se encontraron entre el total de abogados, economistas, sociólogos y contadores; sin embargo, el 94% del total de estudiantes de enfermería y trabajo social pertenecían al sexo femenino (Bonilla, 1986). En 1988 la población creció a 43% y en algunas carreras superó a la de hombres, como en "pedagogía (87%), psicología (66%), ciencias de la comunicación (63%), sociología (55%) y biología (55%)" (Jenkins, 1993, p.52).

En particular, es conveniente referirse a la labor docente, en virtud de que en el presente estudio constituye la variable independiente. Dicha labor es considerada en correspondencia con la naturaleza femenina, como adecuada a su función; ya que el magisterio, según Namó de Melo (1985) es visto como un trueque afectivo, que refleja la relación mujer/madre con los niños a los cuales es preciso dar amor y cariño; así se identifica con entrega y vocación, y la ausencia de un reconocimiento como profesión. La docencia es valorada más que como una profesión, como un servicio asistencial, hecho que coincide con lo planteado en páginas anteriores, acerca del trabajo femenino.

La educación es una práctica social, no solamente supeditada al mundo escolar, sino que está determinada por la misma comunidad en donde interviene.

Ha existido un avance considerable respecto a la posición de la mujer actual a aquella de principios de siglo; la mujer carecía de oportunidades en la vida por su educación discriminada. La desigualdad de la mujer en el trabajo, en la política y en la creación intelectual tiene su origen en la educación diferenciada (Rodríguez, 1982).

Así, según López e Izazola (1994), el acceso de la población a los servicios educativos es diferencial dependiendo de las condiciones socioeconómicas y de factores demográficos como la edad, el sexo, el orden de nacimiento y la posición en la estructura de parentesco. Agregan que en nuestra sociedad ha sido una costumbre bastante extendida, dar prioridad a los miembros varones de los hogares para asistir a los servicios educativos, en virtud de que generalmente han sido ellos los encargados del sostenimiento de las unidades domésticas. En contraparte, las mujeres, vinculadas culturalmente a la maternidad, crianza de los hijos y labores domésticas, han tenido oportunidades más limitadas de acceder al sistema formal de escolaridad y su incorporación al mercado laboral, tradicionalmente ha sido en ocupaciones de baja y media calificación.

Para dichos autores, la ocupación de las mujeres depende principalmente del primer empleo desempeñado, en tanto que para los hombres, de la educación que obtuvieron: para éstos, la importancia de la educación aumenta en función de la edad. Ello denota la existencia de contrastes entre las carreras ocupacionales de distinto género; y que las mujeres no tienen las mismas oportunidades para acceder a ocupaciones de mayor jerarquía, independientemente de la educación que hayan alcanzado.

A pesar de ésto, los diferenciales en el nivel de instrucción por sexo han venido disminuyendo en los últimos años, como consecuencia, en parte, de una mayor incorporación de las mujeres al mercado laboral, para lo cual es indispensable contar cada vez con mayor calificación formal.

A continuación se presentan algunos datos que dan cuenta de la diferencia educativa entre los sexos, en nuestro país.

POBLACION ANALFABETA GENERAL EN MEXICO.

	1990
TOTAL	64.4 %
MUJERES	40.5 %
HOMBRES	23.9 %

Fuente: INEGI, Censos Generales de Población y Vivienda, 1990.

Estados como Chiapas, Guerrero y Oaxaca han sido calificados, a partir de 1940, como los lugares con mayores proporciones de quienes no cuentan con el mínimo educativo. La información de 1990 muestra que el analfabetismo de mujeres y hombres es menor y más equilibrado entre los géneros ahí donde la urbanización es marcada y hay mejores condiciones de vida, como, por ejemplo, en los estados del norte y el Distrito Federal.

En el siguiente cuadro se puede observar la diferencia de porcentajes por sexo, de población analfabeta en el país, lo que confirma lo expuesto anteriormente.

ANALFABETISMO, POR SEXO Y NIVEL DE EDAD, EN MEXICO.

EDAD	1970		1990	
	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES
15 A 19	42.12	57.88	40.48	59.52
30 A 39	40.48	59.52	35.09	64.91
40 Y MAS	41.34	58.66	37.01	62.99

Fuente: INEGI, Censos Generales de Población y Vivienda, 1970 y 1990.

Para 1994, la matrícula en educación básica fue de 48.36% mujeres y 51.64% hombres. A partir del 4° grado hay más mujeres inscritas, alcanzando en el 6° un total de 13.88% contra 13.34% de los varones. A pesar de ésto, de las niñas que inician la primaria un

62.7% no la terminan contra un 56.4% de los niños. Solamente en el nivel de secundaria es mayor el número de mujeres que terminan ese ciclo, con un porcentaje de 26.8 contra 25.6 de los varones. A nivel bachillerato ha habido un importante incremento en la participación femenina, que en 1977 era del 29.3% y para 1989 era de 43.8%. Sin embargo, el número decrece sensiblemente en la etapa de estudios superiores, a los que acceden sólo el 10.5% del total de mujeres mayores de 12 años, contra el 17.9% de los hombres.

Además, se debe considerar la educación que enseñan y aprenden las mujeres de otras mujeres. Según Hierro (1990) "la naturaleza y fines de (esa) educación se construyen a través de los hilos que nos unen en la red de genealogías femeninas reales e históricas, literales y mitológicas. A través de ellas se hacen explícitos los conocimientos, las habilidades, las actitudes, mitos y ritos que encierran los ideales que las mujeres han construido como colectivo a lo largo de las generaciones" (p.11).

Si se toma en cuenta que es la madre a quien se considera la responsable de la educación temprana de los niños y que la mujer es devaluada y marginada en cuanto tal, ella se convierte en agente de la transmisión de la ideología dominante, al contribuir a que niños y niñas acepten e internalicen la posición de la mujer en su papel doméstico. Además, la educación formal contribuye a que se refuerce esta transmisión ideológica y, como advierte Moreno, (1986), "no se debe tolerar textos que menosprecien implícita o explícitamente a las mujeres; tampoco libros de historia que la ignoren, ya que estas circunstancias y otras similares producen en las niñas un sentimiento colectivo de inferioridad que las sitúa en desventaja frente a los hombres y les hace sentir que las acciones de las mujeres tienen tan poco valor, que no han podido influir sobre la marcha de la historia" (p.41).

La modernización de la sociedad ha puesto en crisis el papel de la mujer; la marginación de ésta a dejado de ser un problema que atañe sólo a la población femenina, pues afecta al conjunto de la sociedad. La dicotomía femenino-masculino ha pasado de la esfera individual al ámbito del interés social. Es necesario que los sistemas educativos estén diseñados para crear hombres y mujeres capaces y que, necesariamente, exista un equilibrio en el desenvolvimiento de cada uno en la sociedad.

Para concluir es necesario recapitular algunos aspectos. La revisión bibliográfica realizada distingue cuatro perspectivas teóricas distintas. La primera es la denominada relaciones sociales de sexo, que privilegia la división social del trabajo como núcleo motor de la desigualdad. Esta corriente ha desarrollado estudios acerca de la inserción femenina en el mercado de trabajo. En esta perspectiva, el peso teórico del marxismo es muy claro y en particular sobre los estudios de la reproducción, aunque no significa que todos los aportes al género que incorpora la perspectiva marxista se afilien a esta corriente.

La segunda, considera a los sistemas de género como sistemas de poder, resultado de un conflicto social. Las jerarquías sociales entre los géneros responden a resoluciones del conflicto desfavorable hasta ahora para las mujeres frente a los varones. Esta corriente parte del análisis de Rubín, en el que somete a una crítica feminista las teorías de Levi Strauss sobre el parentesco y el psicoanálisis en la vertiente lacaniana. Según esta autora, éstas serían las dos principales teorías en las que la diferencia sexual tiene un lugar privilegiado por encima de otras diferencias.

En la tercera se considera la diferenciación desde el género, concibiéndolo como un sistema jerarquizado de status o prestigio social. Se trata de una perspectiva que en terminos generales recupera la teoría psicoanalítica afiliándose a las corrientes de relaciones objetales; que dan el peso mayor a la socialización como aprendizaje de papeles que se dan a lo largo de la vida. Entre los autores más reconocidos en esta postura se encuentra Chodorow.

Por último, están los autores que incorporan otras hipótesis y lineamientos provenientes de las teorías del conflicto y del poder y recogen los aportes del postestructuralismo - Foucault, Derrida, Lacan, entre otros-, desarrollando una perspectiva en la cual los fenómenos sociales se definen por las relaciones que guardan entre sí.

Por otra parte, queda claro que lo femenino y lo masculino son categorías histórico-culturales. Estas funcionan como dos polos que solo existen en el terreno de la más pura abstracción y al aplicarlas a los seres humanos se encuentra que las características que se les atribuyen como rasgos fundamentales son, en su mayoría, convenciones que han ido surgiendo a través de los siglos a modo de códigos morales de carácter civil y religioso, como así mismo de medios de mantención de un status dentro de las agrupaciones sociales.

Así, género pasa a ser una forma de denotar las construcciones sociales, la creación totalmente social de ideas sobre los roles apropiados para mujeres y hombres. Es una forma de referirse a los orígenes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas de ambos sexos. Género es, según esta definición, una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado.

Mujer y hombre, masculino y femenino son significantes que no significan nada en sí mismos, sólo significan en relación a una cultura que les atribuye ciertos contenidos conceptuales; signifiante y significado son enlazados por el inconciente y por las relaciones sociales de los humanos.

Dadas las circunstancias actuales y, aunque buena parte de las discusiones de las ciencias sociales en los últimos cincuenta años se han dedicado a tratar de responder a la pregunta del porqué de la situación de la mujer, todavía no hay un consenso. Pero es evidente que dar respuesta a esta pregunta es un imperativo humano, no solamente una cuestión en la batalla de los sexos, es un asunto existencial al cual debería prestarse la atención que

merece puesto que involucra la definición e identidad de media humanidad, y además de las madres de la otra mitad.

Ahora, en relación a la población que se tomará para el presente estudio, es adecuado señalar que, a pesar de que pudiera pensarse que las mujeres que se dedican al magisterio son muy diferentes a las estudiantes universitarias, por las características femeninas de su profesión, la formación cultural, ya señalada, permitiría suponer que las mujeres mexicanas entre sí, en el fondo, no son muy diferentes en función de cómo asumen su rol genérico.

CAPITULO 2

MEDICION DE LA AUTOPERCEPCION DE GENERO

2.1 PERSONALIDAD

En el ámbito de la psicología ha sido motivo de estudio el tema de la personalidad. A este respecto se han desarrollado diversas teorías y métodos para acercarse al conocimiento de ésta. El interés ha estado encaminado a responder "una serie de interrogantes en relación a lo que este término significa, su origen y desarrollo, su relación con la conducta que presentamos los seres humanos, su alcance, sus componentes y su medición; así como el valor de estas explicaciones para la predicción de la conducta, las desviaciones de lo que se considera 'normal' y los aspectos relacionados con la terapia" (Taboada, 1993, p.6).

Al hablar de personalidad, los teóricos se han enfrentado a dificultades para definir su significado, lo que es posible observar por las diferentes maneras en que se ha abordado. Y, aunque existen muchas diferencias y posiciones encontradas, todos coinciden en "la importancia que tiene la personalidad para delinear la conducta" (Bischof, 1975, p.10).

Este autor refiere que las contribuciones de Freud al tema le han valido el nombre de padre de la teoría de la personalidad. Según Taboada (1993), "dentro de sus contribuciones hay que señalar su concepción del inconsciente; la explicación de la conducta a través de los instintos, impulsos o motivos inconscientes, los principios denominados del placer, de la realidad, de la reducción de la tensión, de la polaridad y de la repetición compulsiva; la descripción de una secuencia evolutiva de etapas para el desarrollo de la personalidad y una dinámica de la conducta a través de la relación y funcionamiento del ello, el superyo y el yo y sus mecanismos de defensa; éstas son sólo algunas de las ideas contenidas en su extensa e influyente obra, la cual ha sido ampliada, modificada o refutada por otros grandes pensadores,... los cuales han hecho sus propias contribuciones al esclarecimiento del tema de la personalidad humana" (p.6).

El estudio de la personalidad permite: a) entender, de manera aproximada, los motivos que conducen a la acción en el hombre, así como a opinar, sentir, ser, etc. de determinada manera; b) la integración de los conocimientos adquiridos, separadamente de las diversas facetas de un individuo, todo en un solo concepto; c) aumentar la probabilidad de predicción, con mayor exactitud, de la conducta de un individuo, d) conocer la interrelación de los diferentes factores integrantes de la personalidad (Anastasi, 1967).

Ya desde la segunda mitad del siglo pasado, los psicólogos experimentales empezaron a señalar la importancia de la normalización de las condiciones en las cuales se realizaban las observaciones de diferentes aspectos de la conducta humana, lo cual llegó a constituirse como una de las características de los instrumentos de medición psicológicos.

Con respecto a lo anterior, Rappaport (1978) menciona que, para lograr la medición de aspectos psicológicos (percepción, aprendizaje, etc.), Wunt establece el primer laboratorio de psicología experimental en Alemania, en 1879; dandosele a su escuela el nombre de estructuralismo. Este mismo autor refiere que Galton, en Inglaterra empezó a diseñar escalas, cuestionarios y técnicas de asociación libre utilizando, para analizar sus datos, procedimientos estadísticos.

Para medir los diferentes aspectos psicológicos del ser humano se han aportado diversos métodos. En Francia, Binet y colaboradores, en 1904, prepararon la primera escala de inteligencia: Binet-Simon (Morris, 1987).

Según Taboada (1993), "las pruebas de personalidad aparecen posteriormente, por lo general en ambientes clínicos, y basadas en diferentes teorías de la personalidad. Se introducen métodos estadísticos multivariados para encontrar diferentes factores o dimensiones de la personalidad y así construir los instrumentos que los evalúan" (p.8).

Cattell (1965), al igual que Galton, hace uso de los métodos estadísticos y adopta el análisis factorial para el estudio de diversos problemas, con una estructura dinámica. En este sentido, realiza una recopilación de la información acerca de los factores de la personalidad y desarrolla lo que se ha denominado la teoría del rasgo. El rasgo, según Cattell, es "una estructura mental que se infiere a partir de la conducta observada" (p.32) y puede explicar su regularidad o coherencia. Refiere que los rasgos pueden ser particulares a un sólo individuo o comunes a varias personas que comparten similares situaciones. Discrimina entre rasgos superficiales y fundamentales. Los divide en dos clases: rasgos de aptitud (efectividad en el logro de un objetivo) y de temperamento (aspectos de la respuesta como velocidad, energía, etc.).

Según este autor, que desarrolló el cuestionario de 16 factores de la personalidad '16PF', establecer leyes que ayuden a predecir la conducta en diversas condiciones es el objetivo de la teoría de la personalidad. Así, plantea como definición: "Personalidad es aquello que permite predecir lo que una persona hará en determinada situación" (Cattell, 1965, p.13). Además, hace hincapié en que se debe considerar la personalidad en su estructura con respecto al pasado biológico y a los determinantes sociales.

Por otra parte, Allport (1961), en Estados Unidos de Norteamérica se da a la tarea de hacer una recopilación de los estudios sobre el tema y su implicación en otras áreas. Así, con una actitud abierta se propuso aceptar contribuciones de la biología, la filosofía, la literatura y cualquier otra rama del conocimiento que contribuyera a la comprensión de la personalidad, considerando que ésta no era del ámbito exclusivo de la psicología. Su enfoque se inclinó más a los aspectos individuales (carácter ideográfico) en contraposición con leyes universales (carácter nomotético).

Para Allport (1961), los rasgos representan un recurso significativo, útil y cómodo para la descripción de la personalidad, así como para su comparación. Plantea, como ya se mencionó, la unicidad del individuo y refiere que un mismo estímulo puede producir reacciones diferentes en personas diferentes pero un mismo estímulo provoca conductas consistentes en una misma persona por su disposición a actuar de una manera específica; esta disposición es el rasgo. Este autor define a la personalidad como "la organización dinámica, dentro del individuo, de los sistemas psicofísicos que determinan su conducta y su modo de pensar característicos" (p.11).

Otro autor que es importante referir es Eysenk (1960), quien enfatiza el uso del análisis factorial. En relación con la conceptualización de personalidad parece estar de acuerdo con Allport. Plantea que los rasgos deben definirse operacionalmente. Para Cueli y Reidl (1975), "la importancia inicial de este autor es su contribución a la identificación de dimensiones o tipos de personalidad" (p.136). Este autor propuso que los rasgos se podían sintetizar en dos dimensiones de la personalidad: introversión-extroversión y estable-inestable; para lo cual ideó una prueba que mide estas dos dimensiones, conocida con el nombre de Inventario de la Personalidad de Eysenck (EPI). Eysenck, al usar técnicas de análisis factorial para su estudio de la personalidad, considera que la estructura de ésta es de naturaleza jerárquica, y postula cuatro niveles de organización.

Por su parte Guilford (citado en Ampudia, 1994) afirma que "la personalidad es el patrón único de rasgos de un individuo. Un rasgo es cualquier aspecto distintivo y duradero en el que un individuo difiere de otro" (p.8).

De acuerdo con Wolff (1970), los rasgos presentan las siguientes características: "se pueden medir, son consistentes en su posición relativa entre unos y otros, son universales, su generalidad puede ser mayor o menor en una persona. Cada teoría de la personalidad propone su campo de estudio, sus propias listas de rasgos e interrelaciones supuestas entre las dimensiones o factores de personalidad que pueden usarse para clasificar las conductas interpersonales más estables del individuo. Así, la teoría de los rasgos enfatiza la importancia de las acciones abiertas de las personas y sus relaciones con experiencias presentes, considera que la personalidad está influenciada por rasgos definidos y que tales rasgos se pueden inferir por medio de una medición de sus indicadores" (pp.61-62).

En concordancia con lo anterior, en lugar de agrupar a las personas según unos cuantos tipos, se hace según el grado con que son caracterizables cierto número de rasgos que son comunes, en su mayor parte, a todos los seres humanos. De acuerdo con la teoría de los rasgos, se puede describir la personalidad de un individuo por su posición en cierto número de escalas, cada una de las cuales representa un rasgo (Allport, 1961).

Según Ampudia (1994), "la personalidad se desarrolla de acuerdo con pasos predeterminados en la disposición del organismo humano a ser impulsado a, ser consciente de, y a interactuar con una gama cada vez más amplia de individuos e instituciones significativas" (p.3).

Al analizar las definiciones y postulados de las teorías de la personalidad, se utiliza la terminología y el significado tal y como lo utilizan y lo entienden los teóricos. Sin embargo, los psicólogos especialistas de la personalidad investigan ante todo las cuestiones generales acerca de la índole y el origen de ésta. Su meta es describir las diferencias de la personalidad entre los sujetos. La teoría ha desempeñado un papel de suma importancia en el estudio de la personalidad; algunas teorías han surgido de intentos deliberados por describir y medir la personalidad; otras han surgido de esfuerzos por comprender y tratar a los pacientes con trastornos de la personalidad internados en clínicas. Actualmente continúan realizándose construcciones teóricas por los psicólogos contemporáneos.

A fin de evaluar la personalidad se han desarrollado diversos instrumentos. Según Morris (1987), para esta tarea "los psicólogos cuentan, al menos con cuatro instrumentos: la entrevista, la observación, las pruebas proyectivas y las pruebas objetivas" (p.41); estas últimas denominadas también psicométricas o estructuradas.

Como se ha observado en esta breve exposición, existen diferentes métodos para evaluar la personalidad; cada uno de éstos responde a la conceptualización teórica que se plantea sobre la misma.

Ahora, respecto al tema que nos ocupa, es conveniente mencionar que los psicólogos se han preocupado por los aspectos de la masculinidad y la femineidad desde fines del siglo XIX, cuando las diferencias sexuales empezaron a ser consideradas por los profesionales y, hacia el decenio de 1920, empiezan a aparecer estudios formales sobre el tema en la literatura psicológica (Johnson, citado en Katchadourian, 1984).

Personalidad y rol establecen una relación recíproca en la que "ciertas características personales pueden favorecer o no el desempeño de los roles sociales y sexuales, en tanto que éstos pueden desarrollar las características personales requeridas" (García, 1979, p.82).

El estudio de los roles sexuales se ha basado en el hecho de que en todas las culturas se han establecido una serie de expectativas y de cualidades referentes al comportamiento característico y diferente de hombres y mujeres. Los roles sexuales son, entonces, las expectativas culturales concernientes a la conducta apropiada de cada uno de los sexos; como ya se explicó en el capítulo anterior.

Así, al prescribir comportamientos distintos para cada género, los patrones culturales han limitado las actividades y los roles en los que se pueden involucrar hombres y mujeres. Como consecuencia, cada uno de los géneros ha aprendido que su rol está asociado con ciertas actitudes, ocupaciones, habilidades, etc.

La investigación sobre roles sexuales ha demostrado que los individuos pertenecientes a una cultura dada muestran acuerdo respecto a cuales son las características o comportamientos adecuados o propios de cada sexo; es decir, se ha comprobado que, efectivamente, hombres y mujeres difieren en sus comportamientos (Bee, Bentler, Block, Broverman, Ellis, Rosenkrantz y Vogel, citados en Acuña, 1991).

Aún más, se ha visto que los estereotipos de roles sexuales son compartidos por más de una cultura; parece ser que culturas similares tienen expectativas muy parecidas acerca de como debe ser un hombre y como debe ser una mujer (Block y Nicholson, citados en Acuña, 1991).

También se ha sugerido que las diferencias en la socialización entre hombres y mujeres está relacionada con las necesidades económicas y de desarrollo de las sociedades. Así, la masculinidad se asocia con instrumentalidad (logro y modificación del medio) y la femineidad con expresividad (preocupación y comunión con otros) (Bakan, Barry y Block, citados en Acuña, 1991; Neulinger, citado en Bonilla, 1986; Gerth y Mills, Kopp, Parsons, Steinberg y Shapiro, citados en Silva, 1985).

Parsons y Bales (citados en Bonilla, 1986 y Silva, 1985) denominan instrumental a la tendencia a orientarse hacia la realización de tareas, resolución de problemas, superación de dificultades del ambiente externo; y el término expresivo lo utilizan para referirse a la tendencia a orientarse hacia el establecimiento de relaciones interpersonales armoniosas y protectoras, y hacia la reducción de tensiones.

El grado en que se espera que hombres y mujeres desarrollen estos tipos de atributos varía de cultura en cultura. Por ejemplo, Carlson (citado en Acuña 1991), probó que en sociedades donde predomina la ética protestante la diferenciación entre los sexos, si bien está basada en instrumentalidad contra expresividad, se enfatizan valores de individualismo, valía y logro para ambos sexos. Por su parte, en sociedades no protestantes, como las católicas, se promueve que ambos sexos se orienten hacia las relaciones interpersonales. Así, en las culturas sajonas, se da mayor importancia a atributos de tipo instrumental y menor a los de tipo expresivo, siendo al contrario en países latinos.

Esto lleva a considerar que para los hispanos las conductas involucradas en las relaciones interpersonales son más importantes que las conductas orientadas hacia el logro; es decir, las sociedades hispanas están gobernadas por un patrón de colectivismo en contraposición con uno de individualismo, lo cual es congruente con estudios mexicanos (Díaz Guerrero, 1988), que han postulado que la cultura mexicana es de índole expresiva. Estas diferencias culturales necesariamente deben reflejarse en los estereotipos de roles sexuales predominantes en cada país.

Silva (1985) en un estudio sobre estilos en el manejo del conflicto en organizaciones mexicanas, encontró que las mujeres mexicanas, a diferencia de las estadounidenses, usan

más los estilos de Resolución de problemas y Negociación; estas últimas usan más los estilos de Integración, Evitación y Concesiones. Los hombres mexicanos utilizan el estilo de Dominación a diferencia de los norteamericanos que usan el de Armonización.

Un enfoque más específico se circunscribe a la personalidad y a las características del comportamiento, y se han desarrollado distintos tipos de escalas e inventarios para la diferenciación de los sexos.

Terman y Miles (citados en Katchadourian, 1984) realizaron un estudio pionero, en el que crearon el cuestionario: 'Test de masculinidad-femineidad'. Refieren que la idea surgió en relación con su trabajo con niños talentosos, y con respecto a sus intereses, prácticas y conocimientos de los juegos.

La expectativa que subyace en este tipo de pruebas de masculinidad-femineidad no se refiere necesariamente a que estas dimensiones de la personalidad y sus manifestaciones consistan en alternativas mutuamente excluyentes, sino más bien a si las combinaciones de características se distribuyen irregularmente entre hombres y mujeres. Así, tratan de identificar las diferencias existentes entre los dos sexos, sin pretender revelar como se producen éstas.

Desde el trabajo pionero de Terman se ha venido produciendo una vasta literatura psicológica de las diferencias sexuales, incluyendo un amplio número de variables, que van desde la sensibilidad táctil hasta las funciones intelectuales, los rasgos de personalidad, las pautas de socialización, etc. (Maccoby, 1972).

En la mayoría de estas pruebas, la masculinidad y la femineidad se perciben implícitamente como bipolares y unidimensionales. Según el tipo de comportamientos computados se pueden deducir diferentes juicios sobre el nivel relativo de masculinidad-femineidad de una persona. El aspecto de bipolaridad implica que la masculinidad y la femineidad se encuentran en los extremos opuestos de un continuo, en el que la masculinidad, en un extremo, no sólo representa la total ausencia de femineidad, sino también su opuesto absoluto.

En las investigaciones actuales (Acuña, 1991; Bonilla, 1986; Constantinople, 1973; Silva, 1985), la masculinidad y la femineidad han sido consideradas no como polos opuestos, sino como dos dimensiones ortogonales que representan, ambas, los caracteres positivos del comportamiento, en una coexistencia óptima en la persona ideal con una identidad sexual andrógina. A este respecto, ya en 1973 Constantinople (citado en Acuña, 1991) planteaba que no existía ninguna justificación teórica para asumir esta distinción bipolar y sugirió una nueva conceptualización de acuerdo con la cual la masculinidad y la femineidad son dos dimensiones independientes, ambas presentes, en diverso grado, tanto en hombres como en mujeres. De esta forma, aún cuando se siguió reconociendo que la cultura determina normas para el comportamiento diferente de cada uno de los dos sexos, a partir de los setentas la concepción de la masculinidad-femineidad cambió; asumiendo que una

persona, independientemente de su género, puede actuar indistintamente con patrones de conducta tradicionalmente asociados con lo masculino o lo femenino. El concepto de androginia (de andros-hombre y gyne-mujer) se refiere a la capacidad de una persona de alejarse del rol sexual tradicional e incluir en su comportamiento características tanto masculinas como femeninas; en este sentido, los andróginos son capaces de mostrar características y conductas que consideran son las más efectivas de acuerdo con la situación, independientemente de si las normas sociales establecen que son apropiadas sólo para alguno de los sexos. En consecuencia, se postuló que el compartir características instrumentales y expresivas -ser andrógino- es, de hecho, lo más conducente para ser altamente flexible y adaptativo a la sociedad.

A partir de esta nueva conceptualización de la masculinidad-femineidad, se identificaron cuatro diferentes roles: masculino (alta masculinidad, baja femineidad), femenino (alta femineidad, baja masculinidad), andrógino (alta masculinidad y femineidad) e indiferenciado (baja masculinidad y femineidad).

Para Bem , Spence y Helmreich (citados en Acuña, 1991), en efecto, las personas que asumen un rol sexual andrógino, no sólo son más flexibles y están mejor adaptadas a la sociedad que los individuos que juegan un rol sexual tradicional, sino que además poseen un mayor grado de salud mental.

A partir de los setentas, cuando se empieza a manejar esta conceptualización, se presenta el desarrollo de nuevos instrumentos que permitieran el tipo de medición ortogonal y la medición de las cuatro categorías de rol sexual. Se construyeron instrumentos como el Inventario de Roles Sexuales de Bem (BSRI, Bem, citado en Acuña, 1991) y el Cuestionario de Actitudes Personales (PAQ, Spence, Helmreich y Stapp, citado en Acuña, 1991). Con ellos se ha investigado la relación entre los roles sexuales y una serie de variables, como autoestima, autoconcepto, adaptación al medio, estilos de enfrentamiento, estrategias cognitivas, etc.

Después del surgimiento de estos dos instrumentos, se construyeron otros con el mismo propósito, por ejemplo, la escala de Masculinidad-Feminidad de la lista de características de Heilbrun en 1976 y la Escala PRF ANDRO de Bernzins, Welling y Wetter en 1978 (citados en Acuña, 1991). Según datos de Acuña (1991), los reactivos masculino y femenino de estos instrumentos reflejan más el sexo de quien responde que rasgos de masculinidad-femineidad.

"La conceptualización de los roles sociales tiene un gran aporte en la formación de la personalidad" (Bonilla, 1986, p.8) Así, para conocer el grado en que una persona ha internalizado los roles sexuales establecidos por la cultura, es decir, ha asumido su rol genérico, se hace necesario considerar éstos en relación con los rasgos de personalidad que caracterizan el comportamiento.

Los teóricos de la personalidad, como ya se ha mencionado, han desarrollado la teoría del rasgo a fin de detectar atributos característicos de los individuos y cuenta con una diversidad de instrumentos, entre los que se cuenta en Inventario Multifásico de la Personalidad de Minnesota (MMPI), el cual es uno de los instrumentos más utilizados para estos fines, debido a "la riqueza de los datos que ese inventario nos brinda" (Lucio, en Prologo a Rivera, 1987).

El MMPI se clasifica dentro de las pruebas estructuradas o psicométricas de evaluación de la personalidad. Rivera (1987) señala que "el MMPI debe ser tomado... como el 'instrumento autodescriptivo' más valioso con que se cuenta. Esto se fundamenta en las características de la prueba, ya que, a través de (sus) reactivos, 'un individuo se describe a sí mismo bajo control'. Esto da lugar a que la prueba adquiera importantes características psicométricas que la hacen uno de los instrumentos más firmes, dentro de las técnicas que evalúan la personalidad. Por otra parte, la posibilidad del sujeto de describirse a sí mismo, permite que lo haga manifestando algunos elementos inconscientes que le dan al instrumento un importante tinte proyectivo. De esta forma, el MMPI se convierte en una técnica de incalculable valor, cuya interpretación se puede ajustar a la utilización que el psicólogo quiera hacer de ella, desde aspectos totalmente cuantitativos (como es el caso del presente estudio), hasta algunos rasgos finos de la organización psicodinámica de la personalidad" (p.13). En este sentido de capacidad de dar información acerca de la autodescripción del individuo, es que se utiliza el MMPI en este estudio de género.

2.2 DESARROLLO DEL MMPI Y MMPI-2

A fines de 1938, los doctores Starke R. Hathaway y J. C. McKinley, psicólogo clínico el primero y neuropsiquiatra el segundo, se dieron a la tarea de redactar frases para la construcción de una prueba de evaluación de la personalidad, en el Departamento de Neuropsiquiatría del Hospital de la Universidad de Minnesota. A criterio del Dr. Hathaway (1974) en esa época las pruebas de diagnóstico y pronóstico de la personalidad eran muy deficientes. Esto planteaba el reto de construir una prueba que diera mayor información de la que se podía obtener en la entrevista con el paciente o con sus familiares y permitiera descubrir áreas de problemas ocultos. Esta prueba debería ser útil para la práctica clínica y para la investigación; objetiva y económica en términos del tiempo necesario para una buena entrevista y del adiestramiento profesional.

En 1940 publicaron su primer artículo sobre el inventario (Lucio, 1995). "Ambos esperaban que el MMPI pudiera ser usado como prueba de rutina en el proceso de evaluación diagnóstica" (Palacios, 1994, p.24).

El MMPI cuenta con una base estadística sólida que permite reconocer el grado de validez de cada una de las escalas desarrolladas y, por lo tanto, constituye un instrumento

mediante el cual un individuo define sus propias características y la imagen que tiene de sí mismo. Se le puede considerar, como ya se señaló, "una técnica de inventario con buenas bases psicométricas y, simultáneamente, como una técnica bastante proyectiva" (Rivera, 1987, p.11).

Por tal motivo, el MMPI ha llegado a ser "en el campo de la práctica psicométrica y de la evaluación de la personalidad... el instrumento de personalidad más ampliamente utilizado" (Lucio, 1994) en estudios psicológicos y psiquiátricos, así como en investigaciones médicas; ya que, además de su validez "provee de una técnica útil y práctica en la evaluación de individuos que reportan problemas y síntomas de salud mental" (Ampudia, 1994, p.10).

Hathaway (1965) indica que algunas de las cualidades que contribuyeron a la aceptación del MMPI son: éste está configurado de tal manera que permite detectar puntajes invalidados, como, por ejemplo, aquellos por problemas de lectura; utiliza lenguaje simple y su administración es sencilla. Las evaluaciones realizadas con él son confiables, ya que los puntajes son consistentes en diferentes aplicaciones; se puede, a través de las escalas de validez, evaluar la credibilidad de una persona; los puntajes de un individuo pueden ser comparados con los de otros sujetos y, así, interpretar de acuerdo a un marco normativo si sus puntajes son extremos, cayendo en algún patrón de trastorno psicopatológico.

Respecto a ésto último, Nuñez en 1987 dice que "las bases teóricas que apoyan esta prueba suponen que cuando un grupo de personas son similares en ciertos aspectos de su conducta, es decir, en la forma de contestar una serie de preguntas acerca de ellos mismos, son también similares en otras formas y por lo tanto ciertas características de la personalidad individual son sugeridas por la forma en que responden cuando estas contestaciones son comparadas con las de un grupo identificado" (p.17).

A continuación se expone una reseña del desarrollo de este instrumento, tomada del Inventario Multifásico de la Personalidad Minnesota-2, MMPI-2, Manual para aplicación y calificación (Lucio, 1995).

Esta autora refiere que Hathaway y McKinley, en el artículo que publicaron en 1940, "resumieron los pasos que habían seguido para redactar y editar los reactivos para el inventario de personalidad de Minnesota. Los autores habían adquirido, durante los años anteriores, ideas sobre los reactivos potenciales, de varias fuentes que incluían muchos textos sobre entrevistas psiquiátricas, los diagnósticos diferenciales, las actitudes sociales y emocionales así como los procesos de personalidad. Cada uno de los reactivos fue redactado como una aseveración sobre alguna experiencia, creencia, actitud o preocupación personal de los pacientes pertenecientes a los grupos clínicos en que se basaron los autores de la prueba. Más de mil reactivos potenciales fueron desarrollados, de los cuales se eliminaron todos aquellos que eran muy semejantes o que estaban mal redactados, por lo que finalmente obtuvieron 504 reactivos. Cada una de las aseveraciones se presentó con lenguaje sencillo para evitar la impresión de que se trataba de una prueba

o interrogatorio rebuscado y formal. Como muchas de las aseveraciones se referían a experiencias perturbadoras, preocupantes y hasta excéntricas o estrafalarias, se redactaron muchos reactivos en forma negativa para minimizar la posibilidad de un patrón uniforme de respuestas 'verdadero'. El contenido de los reactivos originales incluía el rango de desórdenes psiquiátricos, médicos y neurológicos en los que se interesaban los investigadores. Después de un considerable trabajo preliminar sobre esta lista de reactivos, Hathaway y McKinley agregaron nuevos estímulos para incluir características de los roles de género y una actitud defensiva al presentarse el inventario. Estas adiciones hicieron que el número original de reactivos llegara a 550. Algunas versiones del MMPI incluían 16 reactivos duplicados para facilitar la calificación mecánica que existía en ese tiempo, lo que hacía un total de 566 reactivos" (Lucio, 1995, pp. 1-2).

Graham (1990) refiere que el MMPI fue construido bajo el criterio externo o empírico, utilizando grupos contrastados, es decir, utilizando la aproximación empírica.

Señala Lucio (1994) que "la primera escala del MMPI se desarrolló basándose en el contraste sistemático entre las respuestas que dieron un grupo, seleccionado cuidadosamente, de pacientes neuróticos que manifestaban un desorden hipocondriaco, con las respuestas que dio otro grupo de personas no pacientes que visitaban el hospital... de la Universidad de Minnesota (éstos últimos se prestaban a contestar la prueba para pasar el tiempo mientras esperaban a sus amigos o parientes que recibían tratamiento médico)" (p.2). Los reactivos que fueron contestados de manera significativamente diferente por los dos grupos, se identificaron y combinaron para hacer la escala preliminar que midiera hipocondriasis (McKinley y Hathaway, 1940). Agrega que, "posteriormente se reunió una muestra adicional de neuróticos hipocondriacos y se hizo una validación cruzada con respecto a la escala preliminar para demostrar que esta medida proporcionaba una base confiable para separar a los pacientes de los no-pacientes. Se realizaron otros estudios utilizando la contrastación de grupos y validaciones cruzadas entre pacientes neuróticos, que presentaban histeria de conversión, psicastenia y reacciones depresivas (McKinley y Hathaway, 1942). Se desarrollaron tres escalas más, con pacientes que manifestaban desórdenes psicóticos: psicosis maniaco-depresiva; fase maniaca (McKinley y Hathaway, 1944), paranoia y esquizofrenia (Hathaway, 1956). Se redondeó este perfil de escalas clínicas básicas para el MMPI agregando la de desviación psicopática (McKinley y Hathaway, 1944) y la de masculinidad-feminidad (Hathaway, 1956). Más tarde se agregó una décima escala; la de introversión social, que fue desarrollada en la Universidad de Wisconsin por L. E. Drake (1946). Estas mismas escalas con modificaciones son las que comprenden el conjunto de escalas básicas que se encuentran en el perfil básico del MMPI-2" (p.2).

Cuando el MMPI fue publicado por primera vez en 1942, incluía tres indicadores de la validez de la prueba individual: el número de reactivos sin contestar (escala No podría decir o No sé), una medida de la defensividad (escala L), y una medida de desviaciones extremas o respuestas al azar (escala F). Posteriormente, se añadió una cuarta escala, la

escala K, la cual, además de actuar como indicador de validez se utiliza para corrección del puntaje de 5 de las escalas clínicas.

El propósito de estas escalas era detectar actitudes inapropiadas en la administración del inventario, y que pudieran invalidarlo. Por mencionar un ejemplo, la escala 'No podría decir' es solamente el número total de reactivos omitidos o respondidos con cierto y falso a la vez; en este sentido, la omisión de un alto número de reactivos, que lleva a disminuir los puntajes de las escalas clínicas, señala el problema de dar una interpretación adecuada al perfil total resultante.

Indica Lucio que los datos obtenidos del grupo de no-pacientes del estado de Minnesota se usaron para obtener los puntajes lineales T, tanto para las escalas de validez, como para las escalas clínicas. Estas normas para la prueba se han utilizado en los perfiles estándar del MMPI en todos los Estados Unidos y en muchos otros países.

"En 1950, el formato básico del MMPI quedó establecido" afirma Lucio, (1995, p.3) siendo conformado por las escalas:

- Escala 1 (Hs - Hipocondriasis)
- Escala 2 (D - Depresión)
- Escala 3 (Hi - Histeria conversiva)
- Escala 4 (Dp - Desviación Psicopática)
- Escala 5 (Mf - Masculinidad-Femineidad)
- Escala 6 (Pa - Paranoia)
- Escala 7 (Pt - Psicastenia)
- Escala 8 (Es - Esquizofrenia)
- Escala 9 (Ma - Manía)
- Escala 0 (Si - Introversión social)

Refiere esta autora que "su aceptación fué en aumento en los Estados Unidos, y traducido a varios idiomas, su uso se extendió por todo el mundo" (1995, p.3). En México la primera traducción fue realizada por el Dr. Rafael Nuñez (Hathaway y McKinley, trad. Nuñez, 1967) y su uso se ha llevado a diversas áreas de la psicología (clínica, laboral y educativa), además de que se han realizado múltiples investigaciones con este instrumento.

A pesar de que el MMPI no fue particularmente exitoso en términos de su propósito original (diagnóstico diferencial de grupos clínicos de tipo psiquiátrico), se probó posteriormente que podía usarse posiblemente para generar descripciones o inferencias sobre un individuo sobre la base de sus propios perfiles. Fue esta aproximación a una descripción conductual en el uso de la prueba lo que la llevó a ser tan popular entre los clínicos (Graham, 1990).

En 1982, Beverly Kaemmer, administradora del MMPI en la editorial de la Universidad de Minnesota, designó un comité para emprender la reestandarización y modernización

del MMPI (Graham, 1990). En dicho comité, iniciaron el trabajo, James N. Butcher (Universidad de Minnesota) y W. Grant Dahlstrom (Universidad de Carolina del Norte); un año después, John R. Graham se sumó al comité (Universidad del Estado de Kent) y, en 1986, se unió Auke Tellegen (Universidad de Minnesota). La tarea del proyecto de reestandarización era modificar el folleto de la prueba original y conducir los estudios para desarrollar nuevas normas para el instrumento; siendo en 1989, cuando se publica la primera versión modificada denominada MMPI-2 (Butcher, Graham y Dahlstrom, 1990).

En cuanto a esta tarea, Lucio señala que como "la cultura americana cambió en las cinco décadas transcurridas desde que los autores de la prueba redactaron los reactivos, también se expresaron preocupaciones acerca de enunciados sexistas, expresiones idiomáticas pasadas de moda y referencias a materiales literarios cada vez menos conocidos, así como a actividades recreativas poco comunes. El uso tan extenso de la prueba y los cambios culturales hicieron necesario corregir la redacción del MMPI. Más importante aún, había evidencia creciente de que las personas estaban interpretando los reactivos de manera sustancialmente diferente a su propósito original (Collegan y col., 1983; Dahlstrom, Lachar y Dahlstrom, 1986;). Todo esto hizo necesario llevar a cabo una reestandarización y utilizar normas nacionales contemporáneas" (1995, p.3).

Esta autora agrega que "para el proyecto de re-estandarización se preparó una forma especial de investigación del MMPI... En esta forma experimental se mantuvieron los 550 reactivos originales, (se modificaron 82 de ellos... y se omitieron los 16 duplicados). Se agregaron 154 enunciados provisionales quedando un total de 704 enunciados. Algunos de estos nuevos reactivos eran sólo versiones revisadas de los existentes, los cuales se introdujeron para determinar si la redacción resultaba mejor. Sin embargo, la mayor parte de los reactivos que se agregaron, se diseñaron para proporcionar atención adecuada a los temas u áreas de interés que no la habían recibido en el conjunto de reactivos original (Schofield, 1966). La intención era que estos reactivos reemplazaran a aquellos que culturalmente estaban pasados de moda o que eran defectuosos psicométricamente y que, al mismo tiempo, sirvieran como fuente de medidas suplementarias en las áreas de relaciones familiares, desórdenes alimenticios, abuso de algunas sustancias, disponibilidad para recibir tratamiento psicológico o rehabilitación, además de tendencias a manifestar dificultades laborales" (Lucio, 1995, p.4).

En la forma revisada de la prueba (MMPI-2), se buscó la continuidad con el MMPI original. Así, se encuentra la mayor parte de las características del MMPI intactas: el grupo de escalas básicas, formas de perfiles para sujetos masculinos y femeninos por separado, clave de puntajes manuales, y normas con y sin correcciones de escala K.

Por otro lado, hay importantes modificaciones en la redacción de los reactivos; nuevos reactivos que cubren áreas de contenido no representadas en el MMPI original, pues, como lo indica Lucio, "se añadió, además, un número considerable de escalas nuevas para ampliar y hacer más precisa la evaluación psicológica. Entre ellas destacan las escalas de contenido... El MMPI-2 permite obtener, además del perfil básico, un perfil de escalas de

contenido y otro perfil con las escalas suplementarias" (1995, prefacio). Las escalas suplementarias incluyeron un grupo de medidas de validez nuevas, todavía experimentales: un nuevo grupo de indicadores de validez: Fp (escala F posterior), medidas INVAR e INVER de inconsistencia. Y se agregaron nuevas medidas de diferenciación de género para identificar los roles masculino y femenino.

A continuación se menciona, en forma breve, la característica de cada escala. Esta información refleja someramente lo expresado en el Manual para aplicación y calificación del MMPI-2 (Lucio, 1995, pp.38-41).

ESCALAS CLINICAS.

Escala 1 (Hs - Hipocondriasis).

Esta escala aporta datos acerca de la preocupación excesiva acerca de la salud, que representa una variedad de quejas somáticas sin ninguna base orgánica. Se reflejan síntomas particulares o quejas específicas, así como preocupación corporal general o tendencia a estar centrado en sí mismo.

Originalmente la escala era más larga e incluía una escala especial de corrección para distinguir al paciente hipocondriaco de otros pacientes psiquiátricos. Se acortó la escala, y una fracción (.5) de la puntuación cruda de la escala K se agregó a la puntuación cruda de la escala 1 (Hs), para sustituir a la escala original de corrección. En el MMPI-2 se quitó un reactivo de la escala 1, debido a su contenido poco conveniente, quedando un total de 32 reactivos.

Escala 2 (D - Depresión).

Esta escala se desarrolló con pacientes psiquiátricos aquejados de alguna forma de depresión sintomática (reacciones depresivas o episodio maniaco-depresivo). Refleja sentimientos de pesimismo y desesperación, así como responsabilidad excesiva, rigidez y culpa. La escala original desarrollada por Hathaway y McKinley contenía 60 reactivos; en el MMPI-2 se eliminaron tres reactivos por contenido cuestionable, dejando un total de 57 reactivos.

Escala 3 (Hi - Histeria conversiva).

Esta escala fue construida con pacientes aquejados por desordenes sin base orgánica. Está formada por 60 reactivos.

Escala 4 (Dp - Desviación Psicopática).

Esta medida se desarrolló con personas que tenían dificultades legales sin antecedentes socioculturales de privación. Hay 50 reactivos en la escala 4; en el perfil estándar, una fracción (.4) de la puntuación cruda en la escala K se agrega a la puntuación cruda en la escala 4.

Escala 5 (MF - Maculinidad-Femineidad).

Los reactivos en esta escala reflejan reacciones emocionales, intereses, actitudes, y sentimientos que diferencian el desempeño en el trabajo, relaciones interpersonales y pasatiempos de hombres y mujeres. La escala 5 es esencialmente inversa para los dos sexos, (con excepción de 4 reactivos que trabajan igual para ambos sexos). Cuatro de los reactivos originales en la escala 5 han sido eliminados en MMPI-2 por contenido inconveniente.

Escala 6 (Pa: - Paranoia).

Esta escala fue desarrollada en pacientes paranoides. Los 40 reactivos originales en la escala 6 fueron conservados en el MMPI-2.

Escala 7 (Pt: - Psicastenia).

Esta escala se construyó principalmente en pacientes que presentaban desorden obsesivo compulsivo. La escala refleja ansiedad y angustia, rigidez y culpabilidad. Permanecen 48 reactivos en la escala 7 y en el perfil estándar se agrega el valor total de la puntuación de la escala K a la puntuación cruda de la escala 7.

Escala 8 (Es: - Esquizofrenia).

Esta medida se construyó en pacientes esquizofrénicos. El contenido de los reactivos refiere conductas excéntricas, experiencias raras y susceptibilidad. Quedaron un total de 78 reactivos en la escala 8 y el valor total de las puntuaciones de la escala K se le suma a la puntuación cruda de esta escala en los perfiles estándar.

Escala 9 (Ma: - Hipomanía).

Esta escala se construyó con pacientes que presentaban las primeras etapas de episodios maníacos o desórdenes maniaco-depresivos. Quedaron 46 reactivos en esta escala, y en los perfiles estándar a la puntuación cruda se les suma una fracción de (.2) de la puntuación cruda de la escala K.

Escala 0 (Si: - Introversión Social).

Esta escala fue desarrollada para reflejar timidez y baja autoafirmación social, así como participación y ascendencia social. En el MMPI-2 hay 69 reactivos para la escala 0; un reactivo fue eliminado por su contenido inconveniente.

Por otro lado, como ya se indicó, en el MMPI original se desarrollaron cuatro escalas de validez (No puedo decir, L, F y K) las que fueron mantenidas en el MMPI-2. Lucio señala que "estos indicadores de validez tradicionales se usan por separado o combinados para evaluar la aceptabilidad de cualquier aplicación de la prueba MMPI-2" (Lucio, 1995, p.30). En el MMPI-2, como también ya se mencionó, se incluyeron algunos indicadores específicos de validez, además de los tradicionales. Todos serán descritos brevemente a continuación, con base en el Manual para aplicación y calificación del MMPI-2 (Lucio, 1995, pp.30-38).

ESCALAS DE VALIDEZ.

No podría decir (?).

Esta puntuación no es una escala en el sentido estricto del término, es solamente el número de reactivos omitidos, incluyendo los marcados al mismo tiempo con Verdadero y Falso.

Independientemente de las razones de omisión, un número alto de tales respuestas tiende a disminuir los puntajes en diferentes escalas (con excepción de la 5 para mujeres).

El Manual de MMPI-2 sugiere que la prueba debe considerarse inválida si tiene 30 o más omisiones. Graham (1990) considera que deben interpretarse con precaución las pruebas con más de 10 omisiones, no debiéndose interpretar las que tengan más de 30. El mejor procedimiento es asegurarse de que ningún reactivo, o casi ninguno sea omitido.

Escala L.

Esta escala (Mentira) fue construida a fin de detectar un intento deliberado e ingenuo de presentar una imagen favorable o un ajuste ideal. Los 15 reactivos originales que Hathaway y McKinley desarrollaron fueron mantenidos en el MMPI-2. Estos reactivos se relacionan con faltas menores y debilidades que la mayor parte de la gente admite tener. Sin embargo, quienes tratan de presentarse en forma más favorable no admiten ni siquiera estos detalles, produciendo puntajes altos en L; y, por otro lado, aquellos que presentan puntuaciones bajas reflejan un esfuerzo por exagerar su problemática.

Escalas F y Fp.

Algunos sujetos reacios a cooperar pueden simular responder, pero contestar al azar. El mismo caso se presenta por poca capacidad de lectura o débil contacto con la realidad.

La escala F (Infrecuencia) fue originalmente desarrollada para detectar formas atípicas de respuesta. Varios de los reactivos fueron eliminados en el MMPI-2 debido a su contenido objetable, quedando la escala con 60 de los 64 reactivos originales.

Las puntuaciones de F se complementan con las de Fp (F posterior), la cual mide lo mismo pero a partir del reactivo 370. Esta escala es útil para comparar la puntuación cruda de la primera mitad con la obtenida en la segunda mitad de la prueba, ya que si se presenta una diferencia es indicador de que para terminarla ya no cooperó igual.

La escala F permite avalar la confiabilidad de las escalas básicas y la Fp la aceptabilidad de las escalas suplementarias y de contenido; ya que los reactivos de las primeras se encuentran en los primeros dos tercios del cuadernillo y los de las segundas, después del reactivo 370.

Escala K.

La escala K (de corrección) se desarrolló como índice de los intentos para negar la psicopatología y presentarse en una forma más favorable, o por el contrario, para exagerar la psicopatología y tratar de aparecer de manera más desfavorable. Los puntajes altos en esta escala fueron vistos así como asociados con una actitud defensiva, mientras que los puntajes bajos se vieron como indicadores de franqueza y autocrítica poco comunes. Además de estos aspectos, se desarrolló un procedimiento estadístico para corregir los puntajes en algunas de las escalas clínicas, ya que se toma en cuenta el impacto de estas actitudes sobre las puntuaciones de las demás escalas; las que incluyen reactivos que detectan esta situación no requieren corrección. El MMPI-2 incluye los 30 reactivos originales.

Escalas INVAR e INVER.

Estas dos escalas constituyen nuevos tipos de escalas de validez, sirven de complemento a las escalas de validez tradicionales, siendo diferentes pues no reflejan el contenido de los reactivos que pueden prestarse a distorsión, como es el caso de las escalas L, F y K; sino que indican la inconsistencia o contradicción al responder.

Ambas escalas están formadas por parejas de reactivos. La escala INVAR (Inconsistencia en las respuestas variables) está formada por reactivos que tienen contenidos similares u opuestos. La escala INVER (Inconsistencia en las respuestas verdaderas) se compone sólo de parejas de reactivos con contenido opuesto.

En el caso de puntuaciones altas en la escala INVAR y puntuaciones muy altas o muy bajas en la escala INVER se invalida el perfil y no hay posibilidad de interpretación.

ESCALAS SUPLEMENTARIAS TRADICIONALES.

El grupo de escalas suplementarias propuesto por Butcher, proporciona información adicional en la elaboración del perfil completo de una persona, utilizando el MMPI-2. En este grupo de escalas, cuando las puntuaciones limítrofes específicas son muy elevadas o muy bajas, mayor será la probabilidad de que se aplique la información interpretativa correspondiente.

En seguida se describen brevemente, según lo planteado por Lucio en el Manual de aplicación y calificación del MMPI-2 (1995, pp.52-56).

Este grupo de escalas está conformado por 4 escalas.

A Ansiedad

Esta escala fue desarrollada por Welsh en 1956, junto con la escala de Represión; está formada por 39 reactivos. Los sujetos con altas puntuaciones en esta escala reflejan ser ansiosos o inconformes, tener problemas emocionales, son inhibidos, inseguros y sumisos. Las puntuaciones bajas reflejan ausencia de angustia emocional, son enérgicos y socialmente extravertidos.

R Represión

Esta escala, construida por Welsh; mide la segunda dimensión, la represión. Comprende 37 reactivos. El puntaje alto está asociado con personas convencionales y sumisas. Las personas con puntuaciones bajas se muestran desinhibidas, enérgicas y expresivas.

Fyo Fuerza del Yo

Esta escala fue desarrollada por Barron en 1953, para evaluar la capacidad de un sujeto para beneficiarse de una psicoterapia, individual o grupal. Consiste de 52 reactivos. En el MMPI-2 se incluye tanto como una medida de adaptación y de fortaleza, como de recursos personales y de funcionamiento eficiente, además de ser un buen indicador general de salud mental.

A-MAC Escala de Alcoholismo de MacAndrew-Revisada

Esta escala fue desarrollada por MacAndrew en 1965, usando dos diferentes grupos de pacientes. Se contrastaron las respuestas del grupo de sujetos masculinos con historia conocida de alcoholismo, con un grupo de sujetos psiquiátricos masculinos sin historia conocida de alcoholismo. MacAndrew indentificó, inicialmente, 51 reactivos que diferenciaban a estos dos grupos, los cuales se redujeron a 49, debido a que dos reactivos fueron eliminados pues tenían un obvio contenido de abuso de alcohol.

Las investigaciones sugieren que las puntuaciones elevadas en esta escala pueden estar asociadas con la propensión a la adicción en general, más que con la tendencia al alcoholismo solamente.

ESCALAS SUPLEMENTARIAS ADICIONALES

HR Hostilidad reprimida

Esta escala mide la capacidad individual para tolerar la frustración sin tomar represalias. Consiste en 28 reactivos.

Do Dominancia

Esta escala mide la tendencia de un individuo a tener ascendente y control sobre los demás en sus relaciones interpersonales. Comprende 25 reactivos.

Rs Responsabilidad Social

Esta escala consta de 30 reactivos. Refleja la autopercepción y la percepción de los otros acerca de aceptar la responsabilidad y consecuencias de los actos.

Dpr Desajuste Profesional

Las investigaciones sobre esta escala han demostrado que es útil en la identificación de problemas emocionales, entre estudiantes profesionistas, pero no muy útil para predecir futuras dificultades de adaptación. Está formada por 41 reactivos.

GM Rol de Género Masculino.y GF Rol de Género Femenino

Dahlstrom (1988) desarrolló dos escalas por separado para géneros masculino y femenino. Ambas escalas se diseñaron para utilizarse con ambos géneros; ya que se componen de descripciones de sí mismo, características de un género como de otro, disponibles en un mismo reactivo.

EPK Desorden de Estrés Postraumático de Keane

Esta escala tiene como objetivo evaluar a personas que manifiestan desorden de estrés post-traumático, a diferencia de quienes no lo manifiestan, de acuerdo con el diagnóstico del Eje I del DSM-III.

EPS Desorden de Etrés Postraumático de Schlenger

Esta escala, a diferencia de la PK, se desarrolló mediante el contraste de un grupo de veteranos vietnamitas sanos emocionalmente, con otros que fueron identificados por padecer un desorden de estrés postraumático, sin otros problemas psiquiátricos. Ambas escalas requieren mayor investigación de tal forma que se amplie su utilización.

ESCALAS DE CONTENIDO.

Para Lucio (1995), las escalas de personalidad basadas en el contenido tienen la ventaja de ser más fáciles de interpretar gracias al contenido homogéneo de los reactivos (Burisch, 1984), y son válidas en la descripción y predicción de variables de personalidad. La

interpretación del contenido del MMPI ha llegado a ser más aceptada como un complemento para la interpretación de las escalas empíricas tradicionales.

Determinados reactivos originales fueron cambiados o suprimidos y muchos reactivos nuevos han sido incluidos para proporcionar contenido adicional para evaluar factores de personalidad y problemas clínicos. El enfoque de frases significativas y el uso de subescalas de las escalas clínicas no se ha alterado sustancialmente, ya que la mayor parte de los reactivos involucrados se han mantenido en el MMPI-2. De acuerdo con esto, se desarrolló un grupo de 15 escalas de contenido para el MMPI-2. Estas escalas serán descritas a continuación, según el Manual de aplicación y calificación del MMPI-2 (Lucio, 1995, pp.58-60).

ANS (Ansiedad), 23 reactivos. Refleja presencia o ausencia de síntomas de ansiedad (tensión, problemas somáticos, preocupación).

MIE (Miedos), 23 reactivos. Refleja presencia o ausencia de miedos específicos.

OBS (Obsesividad), 16 reactivos. Indica como la persona funciona en la toma de decisiones, así como su actitud ante los problemas y los cambios y la presencia o ausencia de conductas compulsivas.

DEP (Depresión), 33 reactivos. Las puntuaciones en esta escala revelan el tipo de pensamiento (depresivo o no).

SAU (Preocupación por la salud), 36 reactivos. Refleja la presencia de síntomas físicos acerca de los órganos corporales.

DEL (Pensamiento Delirante), 24 reactivos. Indica la presencia o ausencia de procesos psicóticos de pensamiento (alucinaciones o ideas paranoides).

ENJ (Enojo), 16 reactivos. Las puntuaciones de esta escala sugieren facilidad o problemas para controlar el enojo.

CIN (Cinismo), 23 reactivos. Las puntuaciones de esta escala reflejan la actitud del sujeto ante las reacciones y actos de los demás, en el sentido de percibirlos como honestos o con doble intención.

PAS (Prácticas antisociales), 22 reactivos. Además de detectar la presencia o ausencia de actitudes misantrópicas similares a las de la escala CIN, se refleja lo relacionado a prácticas antisociales.

PTA (Personalidad Tipo A), 19 reactivos. Las puntuaciones detectan a las personas con dificultades en sus relaciones interpersonales (impacientes, apresuradosos, orientados al trabajo, irritables, dominantes).

BAE (Baja autoestima), 24 reactivos. Esta escala indica la percepción que los individuos tienen sobre la opinión de sí mismos.

ISO (Incomodidad social), 24 reactivos. Refleja la facilidad o dificultad de los individuos para relacionarse en situaciones sociales.

FAM (Problemas familiares), 25 reactivos. Esta escala indica la ausencia o presencia de dificultades familiares, presente o pasadas.

DTR (Dificultad en el trabajo), 33 reactivos. Las puntuaciones reflejan conductas o actitudes que contribuyan o no a un pobre desempeño laboral (pobre confianza en sí mismos, falta en la concentración, obsesividad, tensión y presión y dificultades para tomar decisiones).

RTR (Rechazo al tratamiento), 26 reactivos. Las puntuaciones indican la actitudes, positiva o negativa, hacia los médicos y el tratamiento en salud mental.

2.3 GENERO Y MMPI-2

El presente estudio pretende inferir el rol de género femenino, es decir, como se asume determinada actitud genérica dependiendo de la formación y del medio en que se desarrolla la personalidad, con la finalidad de obtener información acerca de la semejanza o similitud entre 2 grupos de población femenina mexicana; para lo cual se tomarán en cuenta las siguientes escalas, sobre las cuales es necesario profundizar.

ESCALA 5 (MASCULINIDAD-FEMINEIDAD, Mf).

Esta escala fue desarrollada por Hathaway en 1956. Según Butcher y Williams (1992), esta escala es diferente de las otras en varias formas. El constructo subyacente no es un síndrome clínico. Más bien la escala 5 fue diseñada para identificar rasgos de personalidad de inversión sexual masculina u hombres homosexuales que tenían un patrón de intereses femeninos (Peterson, Hopkins y Dalhstrom, 1992). El grupo de criterio usado en el desarrollo de esta escala fue bastante pequeño comparado con las otras escalas, pues incluyó solamente 13 varones homosexuales con problemas e identidad de género (invertido), lo cual ha sido cuestionado para su interpretación con población femenina (Lewin y Wild, 1991). La escala original se componía de 60 reactivos, 37 del grupo de reactivos del MMPI y 23 sugeridos por el trabajo de Terman y Miles. Hathaway trató de mejorar esta escala usando un grupo criterio de mujeres cuyos problemas personales incluían homosexualidad. Esto se hizo usando un proceso similar a los usados

para la escala 5, y fue designada como Fm, sin embargo esta Fm correlacionó fuertemente con Mf, tanto para hombres como mujeres y fue desechada.

Esta escala fue mantenida en el MMPI-2 con cuatro reactivos borrados para eliminar contenido objetable (por ejemplo, temas religiosos), o contenido irrelevante (como 'hacer caer el pañuelo').

Tal vez debido a los supuestos subyacentes en esta escala y los procedimientos seguidos, es una de las más dificultosas de interpretar. La homosexualidad ya no figura en la nomenclatura psiquiátrica, ni los homosexuales son considerados como más propensos a tener desórdenes mentales que otros. Así, no hay necesidad de una medida clínica para identificar a los homosexuales, sin embargo, la escala 5 puede ser una medida de la tendencia hacia la masculinidad o femineidad. Así, según Long y Graham (1991), a pesar de que fue creada para identificar homosexualidad en hombres no cubre ese propósito, siendo usada para describir patrones de intereses asumidos como típicos de uno u otro género.

Esta escala tiene por "objeto principal obtener respuestas relacionadas con intereses que pueden definirse entre los que son propios de los hombres y de las mujeres, es decir, pertenecientes a características propias de un sexo o del otro" (Núñez, 1979, p.60), ya que como señala Taboada (1993) "se derivó al comparar características que el grupo social asigna convencionalmente a los papeles del hombre y la mujer" (p.20).

Plantean Butcher y Williams (1992) que los reactivos de la escala no son sustancialmente diferentes en las revisiones del MMPI debido a la decisión de mantener la continuidad en las escalas básicas entre el MMPI y el MMPI-2. Sin embargo, los intereses masculinos y femeninos no han permanecido estancados desde que los reactivos fueron escritos en los años 30 y 40. Otros reactivos podrían ser añadidos al conjunto del MMPI para evaluar adecuadamente el constructo. Además, como se indicó antes, las respuestas de los hombres homosexuales fueron el método predominante de selección de reactivos, definiendo los intereses femeninos en el conjunto original de reactivos. Constantinople (1973, citado en Butcher y Williams, 1992) también argumentó sobre la dimensión bipolar de la escala 5; ya que, como se señaló anteriormente, la hipótesis de que la masculinidad-femineidad es un rango unitario y una dimensión bipolar que se extiende desde la masculinidad extrema de un lado hasta la femineidad extrema del otro, ya no debía considerarse adecuada. Plantea que la masculinidad-femineidad son multidimensionales y no son extremos opuestos de un continuo bipolar único, sino categorías separadas o factores. Ya que las respuestas de hombres homosexuales fueron el método de selección de reactivos que definían los intereses femeninos en el conjunto original de reactivos, décadas de investigación en diferencias de género indican que ésta ya no es una práctica científica aceptable, (Butcher y Williams, 1992).

Estos autores refieren que solamente 5 de los 60 reactivos originales se refieren a prácticas o intereses sexuales, la mayoría se relacionan con elecciones ocupacionales

estereotipadamente masculinas o femeninas. En este sentido, y teniendo en cuenta que la asignación de roles de género en una sociedad ha tenido que ver predominantemente con la ocupación o función social de unos y otras, se ocupan los datos de esta escala en el presente estudio.

Además, acatando las consideraciones anteriores, no se interpretará aquí la escala 5 para detectar homosexualidad, sino como "una medida de la tendencia hacia la masculinidad o femineidad de los patrones de intereses", tal como aclaran Butcher y Williams (1992) que la han enfocado otros investigadores, incluyendo a Hathaway y McKinley.

Así, es conveniente exponer los parámetros de interpretación de esta escala. En los hombres, los puntajes más altos de lo esperado, basados en la inteligencia, educación y clase social, podrían sugerir la posibilidad de preocupaciones y problemas sexuales. Estos problemas pueden estar asociados con tendencias homoeróticas o conducta homosexual, pero también pueden girar sobre conductas y problemas sexuales de otra naturaleza. Pueden estarse experimentando conflictos en la identidad sexual e inseguridad acerca de la adecuación masculina. Algunos sujetos que puntuán alto en esta escala pueden mostrar conducta claramente afeminada. Los puntajes altos indican una disminución de los intereses masculinos estereotipados. Quienes puntuán bajo se presentan así mismos como extremadamente masculinos (Peterson, et al. 1992).

Los puntajes altos son muy poco frecuentes entre las mujeres. Cuando se encuentran, generalmente indicarían rechazo del rol tradicional femenino. Hay interés por los deportes, pasatiempos y otras actividades que tienden a ser estereotipadamente más masculinas que femeninas.

Por otro lado, de acuerdo con Rivera (1987), quien coincide con Nuñez y Taboada en que esta escala se refiere a las características masculinas y femeninas que el grupo asigna convencionalmente a los papeles sociales de ambos géneros, señala que "debe ser considerada como una medida de actitudes de ajuste hacia aspectos sociales y de intentos por ofrecer una apariencia en relación a la vivencia de un papel psicosexual. Aunque los autores de la prueba esperaban encontrar, a través de esta escala, una medida del ajuste psicosexual de una persona, la escala es bastante limitada para medir este aspecto y debe ser entendida simplemente como una declaración acerca de la impresión que en este sentido un sujeto quiere mostrar a los demás. De ninguna forma, la escala puede ser entendida como instrumento de detección de algún tipo de alteración de la sexualidad. En general, la elevación en los puntajes de esta escala, indica qué tan alejada se siente una persona de estar cubriendo el papel psicosexual socialmente asignado" (p.29); siendo éste el objetivo del presente trabajo, se considerarán los puntajes obtenidos en la escala en este sentido.

Las puntuaciones elevadas en mujeres, según esta autora, indican la tendencia a aparecer firme y autosuficiente, con capacidad en la toma de decisiones sin ayuda de otros. Es frecuente en mujeres estudiantes, profesionistas o trabajadoras, ya que, de cierta forma,

no llenan las características convencionalmente asignadas al papel femenino. Los puntajes bajos muestran necesidad de autodescribirse como frágil, sometida, pasiva y exageradamente 'femenina' (Rivera, 1987).

Peterson et al. (1992) recomiendan la siguiente interpretación, mientras se realizan estudios más adecuados que demuestren la validez de la escala Mf (5) con mujeres: intereses que son típicamente vistos como estereotipadamente masculinos, en puntuaciones elevadas. Las elevaciones de esta escala en mujeres se han encontrado en población con educación superior.

ESCALA REPRESION (R)

En el sentido de que, como se plantea en el capítulo anterior, la posición del rol de género femenino tradicional implica desvalorización y sumisión, es que en el presente estudio se considera necesario tomar en cuenta la interpretación de las puntuaciones en la escala R.

Desarrollada por Welsh en 1956 incluía 40 reactivos. La versión de la escala del MMPI-2 contiene 37 reactivos. Welsh (1956, en Ampudia, 1994) sugirió los siguientes grupos basados en el contenido de los reactivos R: Salud y síntomas físicos; emotividad, violencia y actividad, reacciones ante las demás personas en circunstancias sociales, dominancia social, sentimientos de adecuación personal y apariencia personal; intereses personales y vocacionales.

El contenido de esta escala se encuentra también en la escala D (Depresión, 10 frases) y Si (introversión social, 9 frases), y se refiere a negación de síntomas físicos, emotividad, violencia, reacciones sociales agradables, sentimientos de adaptación, dominio social e interés en la apariencia personal.

Duckworth y Duckwort (citados en Ampudia, 1994) describen a los que obtienen puntuaciones elevadas en la R como rechazantes, racionalizadores y carentes de 'insight' sobre sí mismos. La puntuación elevada es característica de personas que no desean discutir sus problemas personales ni su conducta; niegan la existencia o reprimen algún tipo de problemas personales; asimismo; son personas sumisas, convencionales, lentas. La interpretación de alta puntuación identifica a personas que se esfuerzan por evitar disgustos o situaciones desagradables. La interpretación de altas puntuaciones de la escala de Represión es indicativa de un individuo que es formal, de ideas claras, cuidadoso; en resumen, quien obtiene puntuaciones R altas es un individuo que integra un estilo de vida bastante cuidadoso y cauteloso.

Butcher y Williams (1992) señalan que los individuos que puntúan alto en R parecen carecer de intuición, ser sobrecontrolados e inhibidos socialmente, contraídos emocionalmente, amables y no espontáneos; tienden más bien a evitar los conflictos que a

tratarlos mediante acciones directas, sumamente conservadores en su conducta y acciones. También tienden a verse como convencionales y reservados en sus relaciones sociales.

La puntuación baja en esta escala se encuentra en personas emotivas, desinhibidas, entusiastas, atrevidas, alegres, generosas, impulsivas, agresivas, sarcásticas, informales, autoindulgentes, astutas, perspicaces, listas, sutiles, engañosas y mentirosas. Además son extrovertidas, emotivas, espontáneas y su estilo de vida es dominante en sus relaciones interpersonales. Aparecen además como enérgicas, expresivas e informales. La interpretación de las puntuaciones bajas es indicativa de un individuo que es: sociable, abierto, parlanchín, arrojado, atrevido, vigoroso, jovial y valeroso; además es generoso, mandón, discutiador, egoísta, autoindulgente, perspicaz, precavido; en resumen, el que obtiene puntuaciones R bajas es más bien sociable, emocional y espontáneo en su estilo de vida, y dicho individuo adopta un papel preponderante en las relaciones interpersonales.

ESCALAS DE ROL DE GENERO MASCULINO Y FEMENINO (GM Y GF).

Peterson (1989, citado en Butcher y Williams, 1992) desarrolló dos medidas por separado del rol de género, para el masculino y el femenino, del MMPI-2: GM y GF. Las dos se aplican tanto a hombres como a mujeres.

Las escalas de Peterson incluyen descripciones de sí mismo, las cuales refieren pautas sobre ambos generos en un mismo reactivo. No hay reactivos en común entre las escalas GM y GF (Peterson, et al. 1992).

Las escalas GF y GM se basan en datos obtenidos en los reactivos aprobados en la muestra de reestandarización del MMPI-2. A través de ellas se puede inferir la forma en que se asumen y se expresan los roles de género en un individuo, interpretandose como complemento de la escala 5 para clarificar la ambigüedad de los puntajes intermedios de dicha escala (Peterson, et al. 1992); debido a que, considerando que es una medida bipolar, si una persona que obtiene puntajes altos puede identificarse por un puntaje excesivo en un extremo u otro, pues se consideran características mutuamente excluyentes. Pero, por otro lado, una persona con puntaje alto en las escalas GM y GF (o bajo en ambas) puede indicar características de personalidad que implican la combinación de actitudes tanto femeninas como masculinas, que se consideran complementarias y no extremas.

Peterson et al. (1992) plantean que "la primera investigación en la cual estas escalas bipolares estuvieron basadas caracterizaron a la masculinidad y femineidad como patrones o constelaciones de rasgos o características de personalidad: la masculinidad como una conducta instrumental, tal como autoconfianza, independencia, liderazgo y asertividad, la femineidad como expresión conductual, como empatía, tacto, gentileza y altos niveles de comunicación" (p.487); asumiendo así lo planteado por autores que

pusieron en tela de juicio el valorar la masculinidad-femineidad como un simple continuo bipolar, revisados en el punto 2.1 de este capítulo.

Se recordará que Constantinople (citado en Acuña, 1991 y en Butcher y Williams, 1992) propuso revisar estos fenómenos como dos patrones separados de organización de la personalidad, difiriendo en grado, tanto en hombres como en mujeres. Así, Peterson et al. (1992), también citando a Constantinople, refieren que un número de investigadores han sido persuadidos a generar dos escalas unidimensionales para sustituir las escalas previas bipolares de masculinidad-femineidad; con características independientes, cada una con su propio significado en personalidades, tanto de hombre como de mujeres. Citan a Baucom (1976) como el antecedente más parecido a ellos en esta línea de investigación para separar escalas de género-rol para el MMPI-2, señalando que ellos aplicaron una estrategia similar para desarrollar estas escalas separadas de rol-género para el MMPI-2.

Según Lucio (1995), la estrategia para escoger los reactivos incluidos en GM (47) fueron aquellos en que la mayor parte del grupo masculino, y menos de 10% de las mujeres, marcaban en el mismo sentido. De la misma manera, para los reactivos de la escala GF (46), pero en sentido inverso. 9 de los reactivos de GM y 16 de GF aparecen también en la escala básica 5.

Las puntuaciones para hombres y mujeres en la escala GM reflejan audacia, seguridad, perseverancia y ausencia de miedo y preocupación (Lucio, 1995). Así mismo, está correlacionada en mujeres con honestidad, despreocupación y entusiasmo por explorar cosas nuevas; tanto en hombres como en mujeres, con alta autoconfianza y falta de sentimientos de autoreferencia (Peterson et al. 1992). La escala GF, a diferencia de la anterior, se relaciona con escrupulosidad, conducta hipercrítica, religiosidad, franqueza, impulsividad, poco dominio y pobre control de la ira o enojo y susceptibilidad al abuso del alcohol y drogas. En el caso de las mujeres, también se relaciona con la religiosidad y los problemas con el alcohol y las drogas (Lucio, 1995; Peterson et al. 1992).

Aseguran estos autores que, cuando se usan las escalas independientes género-rol como suplemento de la escala 5 del MMPI-2, es posible diferenciar entre individuos andróginos que caen en las puntuaciones medias de dicha escala y los individuos tipificados por caer en uno de los extremos; ofreciendo importantes distinciones con respecto a los patrones de roles de género.

A continuación se presentan algunos estudios realizados con el MMPI-2 en relación a estos aspectos.

Fuentes, Mejía y Sandoval en 1979 (citados en Taboada, 1993) realizaron un estudio normativo del MMPI, en cuatro clases socioeconómicas del D.F. Para el sexo femenino se encontraron diferencias significativas en las escalas F, 2 y 5 en relación al grupo normativo de Minnesota.

Kurian (1984) realizó un estudio transcultural para establecer normas con adolescentes mexicanos. En los resultados se encontraron diferencias estadísticamente significativas para el grupo de mujeres en relación al grupo norteamericano y chileno, no así en la comparación para el grupo de hombres. Esto es explicado por este autor en términos de las diferentes teorías del desarrollo, que establecen que el proceso de lograr la identidad y luego una autoestima a través de ella, es mucho más complejo y difícil para la mujer que para el hombre, y a través de otro elemento que sería el de los roles socialmente atribuidos a la mujer en la cultura mexicana.

Colligan y Offord (1988) realizaron un estudio normativo para las escalas suplementarias A y R. Encontraron que tanto los hombres como las mujeres obtuvieron puntuaciones más bajas en la escala A y más elevadas en la escala R, en relación a la muestra normativa original del Minnesota.

Ben Porath y Bntcher (1989) llevaron a cabo un estudio comparando las escalas y perfiles del MMPI y del MMPI-2. Según sus resultados, todas las escalas, menos la escala F y la 8, mostraron estabilidad para las mujeres en la muestra.

Tanner-Barry (1990) aplicó 1,016 perfiles del MMPI para describir combinaciones de códigos que involucraban la escala 5. Señala que esta escala frecuentemente aparece como pico de perfil o como la segunda más alta en hombres, pero no en mujeres.

Munley (1991) llevó a cabo un estudio comparando los puntajes T para mujeres y hombres del MMPI y el MMPI-2. Encontró que la relación entre puntajes T del MMPI-2 y el MMPI varía a través de las escalas individuales, los rangos específicos dentro de las escalas y las normas para hombres y mujeres. Las puntuaciones T de la escala L son comparablemente más altas tanto para hombres como para mujeres. Las puntuaciones T de la escala F del MMPI-2 son más altas para hombres y algo más bajas para mujeres, las puntuaciones T de la escala K son similares. Tanto para hombres como para mujeres, las escalas 1, 2, 3, 6, y 0 parecen mantener una elevación relativamente mayor en comparación con las normas del MMPI original. La escala 4 marcó disminución para ambos sexos, mientras que la escala 5 es más baja para los hombres y algo más alta para mujeres. Este autor realizó una comparación de puntajes T lineal del MMPI con los nuevos puntajes lineal y uniforme del MMPI-2. La comparación indicó que, "en general, las puntuaciones T de las escalas clínicas del MMPI-2 para mujeres parecen mostrar mayor similitud con las normas originales que las que presentan las normas del nuevo MMPI-2 para hombres" (Munley, 1991, p.90).

En 1994, Ampudia, analizando el rendimiento académico de estudiantes universitarios y su relación con el MMPI-2, encontró que "en la escala masculino-femenino (5) en las mujeres el puntaje más alto corresponde al grupo de alto promedio, lo que sugiere que las estudiantes de este grupo se muestran abiertas, comunicativas, autosuficientes e independientes. Se ha encontrado que la mujer profesionista tiende a elevar esta escala, ante la idea de romper el patrón social asignado culturalmente. Así mismo, la elevación en

el grupo de las mujeres de alto rendimiento puede explicar la tendencia a mostrarse autosuficientes, con seguridad para desarrollarse en el área escolar" (p.160).

Respecto a lo anterior, es necesario mencionar que las mujeres con educación superior a menudo califican con puntuaciones elevadas en la escala 5 (Mf), por lo general entre T40 y T50 (Butcher, 1992; Graham, 1990). Se habían estimado como poco frecuentes los puntajes altos de mujeres en esta escala, ya que habían sido más probables en mujeres de ambientes psiquiátricos (Butcher y Williams, 1992). Sin embargo, Palacios, en 1994, al analizar la capacidad discriminativa del MMPI-2 comparando perfiles de pacientes psiquiátricos y estudiantes universitarios mexicanos, encontró la misma elevación (T65) en la escala 5 en las mujeres de ambos grupos. Concluye que, si bien es sabido que estos puntajes son poco frecuentes en mujeres y que en pacientes psiquiátricas están relacionadas con psicosis, "también deben tomarse en cuenta factores culturales. La muestra de mujeres estudiantes presenta un puntaje elevado en 5, lo que implica un punto de vista diferente respecto al rol tradicional femenino, lo que podría explicarse por las características educativas del grupo: las mujeres universitarias son, en términos generales, menos proclives a adherirse a los valores que se espera que adopten tradicionalmente las mujeres. Podía suponerse que la muestra de pacientes también tienen un punto de vista diferente del rol femenino tradicional, dados los puntajes obtenidos. Es necesario estudiar con mayor profundidad el comportamiento de la escala 5, tomando en cuenta que en los hombres no se encontró una diferencia significativa en esta escala... es llamativo que tanto en hombres como en mujeres esta escala no muestre diferencias entre pacientes y estudiantes. Parecería que mientras los hombres tratan de mantener una acentuada imagen de masculinidad, las mujeres están cuestionando el rol femenino tradicional. La elevación de 5 en las mujeres no sería solamente una expresión de psicosis en el caso de las pacientes, sino el reflejo de factores culturales que están marcando sus actitudes, independientemente de la presencia de trastornos psicológicos graves" (p.95).

Lucio y Reyes (1994) realizaron un trabajo de investigación en México, con el objeto de traducir y adecuar el contenido y el lenguaje de los reactivos del MMPI-2 a la población mexicana. Así mismo, estas autoras llevaron a cabo un estudio de normativización, confiabilidad y validez del MMPI-2 en México, encontrando diferencias significativas estadísticamente entre la población mexicana y la población estadounidense, pero menores a las que se encontraban con el MMPI original. Las diferencias entre puntuaciones, así como entre los tres tipos de perfiles fueron mayores para las mujeres que para los hombres; al comparar a las mexicanas con estudiantes universitarias estadounidenses encontraron diferencias en todas las escalas, excepto en la 3; en la comparación con la población femenina normativa, encontraron diferencias en todas las escalas, excepto en K, 3, 4 y 0. En la distribución de puntuaciones T, la mayor diferencia se encontró en la escala masculino-femenino (5) para las mujeres, que es además la única mayor de T60 encontrada en la población mexicana, "lo cual indica que están más inconformes con el papel tradicional femenino que las norteamericanas o que lo que en México se considera femenino no es lo mismo que se considera femenino en Estados Unidos" (p.51). Así, según estas autoras, las diferencias encontradas en la escala de

intereses masculino-femeninos (5) "puede indicar que las mexicanas se alejan considerablemente de los estereotipos femeninos estadounidenses, lo que puede implicar diferencias culturales importantes en cuanto a como se asumen los roles de género en México y en Estados Unidos. Por lo tanto, la elevación de la escala 5 en las estudiantes universitarias mexicanas de ninguna manera puede interpretarse como tendencias a la masculinidad, ya que la escala 5 del MMPI-2 es una escala bipolar, que dado que está compuesta por reactivos de la cultura estadounidense no se adecua a la cultura mexicana, al menos en las mujeres. Lo interesante de estos resultados es que parecen reflejar diferencias culturales importantes en cuanto al papel de la mujer en una y otra cultura. La decisión en cuanto a como modificar esta escala dependerá de un análisis detallado de los reactivos, además de la aplicación del inventario a mujeres que no sean estudiantes universitarias, quienes de alguna manera constituyen un grupo atípico de la población mexicana" (Lucio y Reyes, 1994, p.52). Esto último debido a que "las mujeres mexicanas que van a la universidad parecen ser diferentes a otras mujeres en México. Por ejemplo, es necesario que sean más asertivas al incursionar en carreras no tradicionalmente femeninas" (Lucio, Reyes y Scott, 1994, p.114).

Fow, Sittig, Dorris, Breisinger y Anthony (1994) analizaron la relación entre género y edad en las puntuaciones del MMPI en pacientes crónicos y encontraron que en todos los grupos de edad los hombres obtuvieron puntuaciones más elevadas que las mujeres, sobre todo en las escalas 1, 2, y 3. Sólo para el grupo de edad de 70 a 90 años produjeron puntuaciones más bajas en todas las escalas, excepto en L, F y 5.

Kornfeld (1995), en un estudio realizado con candidatos a oficiales de policía, en los perfiles del MMPI-2 se encontró puntuaciones T64 en la escala 5 en las mujeres, concluyendo que esto sugiere que se alejan del rol tradicional femenino y tienen intereses que son estereotípicamente más masculinos que femeninos. Refiere que interpretando estas puntuaciones son más agresivas, autoconfiadas y asertivas, relacionado posiblemente con la poco tradicional conducta de las mujeres como oficiales de policía.

En función de lo anteriormente expuesto, lo cual evidencia que en las investigaciones realizadas se han detectado diferencias entre la población femenina norteamericana y la mexicana, se considera importante profundizar sobre este aspecto; principalmente en lo relativo a los intereses y actitudes genéricas de la población, a fin de obtener mayor información que permita un análisis objetivo. En este sentido, es conveniente empezar por comparar entre sí diferentes grupos de población femenina mexicana para detectar similitudes o divergencias en su rol de género y poder determinar así, en estudios posteriores, si las diferencias con la población estadounidense se mantienen.

CAPITULO III

METODOLOGIA

3.I PROBLEMA.

Si se considera que el género es una construcción social, cultural e histórica (Cucchiari, citado en Lamas, 1986), es entonces factible entender que la asignación, la identidad y el rol de género que asumen las mujeres mexicanas tendrá características afines; independientemente de su ubicación geográfica.

El papel de la mujer en las distintas épocas y sociedades ha cambiado en función de aspectos económicos, políticos, religiosos, etc. Desde hace más de ocho siglos ha sido ubicado en el ámbito de lo privado (doméstico) a diferencia del papel masculino, que se ha centrado en la esfera pública (productiva). Actualmente esta posición también ha ido cambiando -en unas sociedades más que en otras-, al incorporarse la mujer cada vez más a la vida productiva. Esto podría indicar, así mismo, un cambio en la actitud genérica de la población femenina.

Lucio y Reyes señalan que en su estudio, así como en otros realizados con el MMPI y el MMPI-2 (Ampudia, 1994; Avila, Casabal, Lucio, citados en Lucio y Reyes, 1994) se han encontrado diferencias entre la población femenina norteamericana y la mexicana (estudiantes universitarias), respecto a su rol de género (escala 5 <Mf>); que indican que "las mexicanas se alejan del papel tradicionalmente asignado a las mujeres. Esto mismo fué encontrado también por Flores (1994) y por Palacios (1994).

A fin de corroborar esta diferencia se hace necesario establecer comparaciones de las puntuaciones obtenidas en el MMPI-2, nueva versión, entre las estudiantes universitarias mexicanas y un grupo de mujeres mexicanas con otras características, para obtener información acerca de que tan determinante es el aspecto cultural en el manejo de su rol genérico.

Para tal efecto es conveniente trabajar esta comparación con un grupo de mujeres diferentes a las universitarias, ya que, como mencionan Lucio et al. (1994) y Palacios (1994), éstas constituyen una población atípica. En este sentido, se escogió un grupo de mujeres, maestras de educación pública y residentes de provincia (estado de Guerrero).

Se ha planteado que la docencia es una de las carreras tradicionalmente femeninas (Hierro, 1982; Perera, 1982), así, es de suponer que las mujeres que escogieron esta profesión se apegan más al rol estereotipado femenino que las mujeres estudiantes universitarias. Por otro lado, se debe mencionar el hecho de que, al igual que éstas últimas lo harán, las maestras participan fuera del hogar en la vida productiva.

En el presente estudio se estableció la comparación de ambos grupos a través de 4 escalas del MMPI-2:

1) Escala básica masculino-femenino (5), no entendida ésta como un instrumento de detección de algún tipo de alteración de la sexualidad, sino como una medida de la tendencia hacia la masculinidad o femineidad de los patrones de intereses (Butcher y Williams, 1992), es decir, un indicador de "que tan (cercana o) alejada se siente una persona de estar cubriendo el papel psicosexual socialmente asignado" (Rivera, 1987, p.29).

2) Escala suplementaria Represión (R), ya que, como se mencionó en el capítulo 1, la posición del rol de género femenino tradicional implica desvalorización y sumisión, esta escala se toma en cuenta pues se asocia con personas que se perciben como sobrecontroladas, con tendencia a negar o racionalizar, sumisas, convencionales, formales y que manifiestan cautela en su estilo de vida (Butcher y Williams, (1992).

3) y 4) Escalas suplementarias Rol de Género Femenino (GF) y Rol de Género Masculino (GM), las cuales se componen de descripciones de sí mismo, con características tanto de un género como del otro, lo que indica rasgos de pautas de comportamiento de género.

Suponiendo que las mexicanas reciben el mismo bagaje cultural respecto a su género, es factible preguntarse sobre la determinación cultural para manejar su rol femenino y detectar si existen o no diferencias entre ellas, tomando en cuenta su lugar de residencia y su ocupación.

3.2 HIPOTESIS

3.2.1 HIPOTESIS CONCEPTUAL:

Debido a la transmisión de valores culturales en una sociedad, el rol de género femenino -intereses y actitudes- se asume de manera similar entre la población femenina. Por lo tanto, no existen diferencias culturales que determinen puntuaciones diferentes en sus respuestas a las pruebas de personalidad, utilizadas en mujeres de diferentes estados de la República Mexicana.

3.2.2 HIPOTESIS ESTADISTICAS:

1.- Hipótesis Alternativa.

Existen diferencias estadísticamente significativas entre las puntuaciones obtenidas por las docentes del Estado de Guerrero y las estudiantes universitarias de la UNAM en la escala 5 (Mf) del MMPI-2, la cual denota reacciones emocionales, intereses, actitudes y sentimientos sobre el trabajo, relaciones sociales y pasatiempos en los que hombres y mujeres difieren.

*** Hipótesis Nula.**

No existen diferencias estadísticamente significativas entre las puntuaciones de la escala 5 (Mf) del MMPI-2 obtenidas por las docentes del Estado de Guerrero y las estudiantes universitarias de la UNAM.

2.- Hipótesis de Alterna.

Existen diferencias estadísticamente significativas entre las puntuaciones obtenidas por las docentes del Estado de Guerrero y las estudiantes universitarias de la UNAM en la escala suplementaria Represión (R) del MMPI-2, a través de la cual se detecta el tipo de reacción del individuo -sumiso o dominante-.

*** Hipótesis Nula.**

No existen diferencias estadísticamente significativas entre las puntuaciones de la escala suplementaria Represión (R) del MMPI-2 obtenidas por las docentes del Estado de Guerrero y las estudiantes universitarias de la UNAM.

3.- Hipótesis de Alterna.

Existen diferencias estadísticamente significativas entre las puntuaciones obtenidas por las docentes del Estado de Guerrero y las estudiantes universitarias de la UNAM en la escala suplementaria Rol de Género Femenino (GF) del MMPI-2, que contiene autodescripciones respecto a pautas de comportamiento del rol femenino.

*** Hipótesis Nula.**

No existen diferencias estadísticamente significativas entre las puntuaciones de la escala suplementaria Rol de Género Femenino (GF) del MMPI-2 obtenidas por las docentes del Estado de Guerrero y las estudiantes universitarias de la UNAM.

4.- Hipótesis de Alterna.

Existen diferencias estadísticamente significativas entre las puntuaciones obtenidas por las docentes del Estado de Guerrero y las estudiantes universitarias de la UNAM en la escala suplementaria Rol de Género Masculino (GM) del MMPI-2, la cual contiene autodescripciones respecto a pautas de comportamiento, tanto del rol masculino como del rol femenino.

*** Hipótesis Nula.**

No existen diferencias estadísticamente significativas entre las puntuaciones de la escala suplementaria Rol de Género Masculino (GM) del MMPI-2 obtenidas por las docentes del Estado de Guerrero y las estudiantes universitarias de la UNAM.

3.3 TIPO DE ESTUDIO.

El presente es un estudio de campo, ya que de acuerdo con Kerlinger (1988) este tipo de estudios, dirigidos a buscar relaciones entre variables sociológicas o psicológicas en estructuras sociales reales, se llevan a cabo en situaciones donde no se manipula la variable independiente; se estudian las relaciones entre las actitudes, los valores, las percepciones y los comportamientos de los individuos sin manipulación experimental. En este caso se trata de un estudio de campo tipo exploratorio, ya que busca lo que es, en lugar de predecir las relaciones que deberían ser. Es, así mismo, un estudio ex-post-facto pues la variable independiente ya está dada. Este estudio es comparativo, en el sentido de manejar dos grupos de población, los cuales fueron comparados para establecer semejanzas o diferencias.

DISEÑO.

El diseño es de dos muestras independientes, pues constan de diferente cantidad de sujetos cada una. Se realizó la comparación a través de la aplicación del instrumento en una ocasión.

3.4 VARIABLES.

3.4.1 VARIABLE INDEPENDIENTE:

Lugar de residencia de las mujeres que forman parte de las muestras de estudio y la actividad a que se dedican.

3.4.1.1 DEFINICION OPERACIONAL:

- Una muestra la constituyeron mujeres que radican en México, D. F. y son estudiantes universitarias de la UNAM.
- La otra muestra estuvo formada por mujeres que residen en el Estado de Guerrero y se dedican a la docencia en el Instituto de Educación Básica y Normal de la Secretaría de Educación en Guerrero.

3.4.2 VARIABLE DEPENDIENTE:

Rol de género femenino (actitudes e intereses femeninos) que asumen las mujeres de las muestras de estudio, como respuesta a una prueba de personalidad.

3.4.2.1 DEFINICION OPERACIONAL:

El rol de género femenino (actitudes e intereses femeninos) se tomó como las puntuaciones obtenidas en las siguientes escalas del MMPI-2, nueva versión:

-Escala básica.

* **Masculino-Femenino (5):** En general, las puntuaciones de esta escala muestran como se siente una persona acerca de cubrir o no el papel psicosexual que se le asigna socialmente. Puntuaciones elevadas indican firmeza, autosuficiencia, capacidad de toma de decisión sin ayuda. Las puntuaciones bajas reflejan fragilidad, pasividad y sometimiento. A través de ella cual se observan reacciones emocionales, intereses, actitudes y sentimientos sobre el trabajo, relaciones sociales y pasatiempos en los que hombres y mujeres difieren.

-Escala suplementarias.

* **Represión (R):** Según el contenido de los reactivos de esta escala, se obtiene información acerca de la emotividad, violencia, de la reacción ante los demás en las relaciones interpersonales, dominancia social, sentimientos de adecuación y apariencia personal, intereses personales y vocacionales. Las puntuaciones elevadas indican racionalización, rechazo y evitación de situaciones desagradables, sumisión, convencionalismo, formalidad y cautela. Las bajas muestran desinhibición, entusiasmo, atrevimiento, desprendimiento, impulsividad, sarcasmo, informalidad, astucia, perspicacia, extroversión, espontaneidad y dominancia social. Es decir, con esta escala se detecta el tipo de reacción del individuo; sumiso o dominante.

* **Rol de Género Femenino (GF) y Rol de Género Masculino (GM):** En estas escalas se detecta la autopercepción del individuo en relación a las características y formación de pautas de comportamiento de género. Puntuaciones altas en la escala GF, en mujeres, se relacionan con sensibilidad, empatía, preocupación por tener una buena imagen, poca confianza en sí mismas, religiosidad y problemas con alcohol y drogas. Y en la escala GM, refleja confianza en sí mismas, arrojo, honestidad y ausencia de preocupaciones.

3.5 SUJETOS.

3.5.1 ESTUDIANTES UNIVERSITARIAS.

Para integrar el grupo de sujetos con que se realizó este estudio, se tomó la muestra que sirvió para la normalización del MMPI-2 en población universitaria (Lucio y Reyes, 1992); consistente en estudiantes universitarios de las carreras de la Escuela de Artes, de la Facultad de Ciencias y de la Facultad de Contaduría y Administración, de los cuales 813 son hombres y 1,107 mujeres. Se tomó en cuenta sólo a las mujeres.

3.5.2.- DOCENTES GUERRERENSES.

Este grupo lo conformaron 168 mujeres, entre 19 y 51 años, las cuales son docentes en servicio de educación primaria y educación secundaria; pertenecientes al sector educativo del Estado de Guerrero.

3.6 MUESTREO.

La muestra que se obtuvo para la normalización del MMPI-2 fue a través de un muestreo probabilístico bietápico, seleccionando al azar las facultades, carreras y grupos de donde se tomó ésta. Se obtuvo un total de 1,107 mujeres.

Para la muestra de docentes del Estado de Guerrero, el muestreo fue probabilístico, por conglomerados, polietápico y estratificado; ya que el objeto de estudio es el personal docente femenino de esta entidad federativa y se considera el muestreo por conglomerados en aquellos casos en los cuales la población a estudiar está dispersa a lo largo de áreas geográficas extensas, donde los costos para alcanzar las unidades resultan ser muy elevados (Padua, 1982).

Se utilizó el siguiente procedimiento para definir 3 etapas:

-Primera.- Se tomó en cuenta las 7 regiones en que se divide el Estado, de las cuales se seleccionaron al azar 2 de ellas, que corresponden al 28.57%.

-Segunda.- En cada una de estas 2 regiones se tomó en cuenta el número de Jefaturas de Sector de educación primaria y de Supervisiones de educación secundaria, de las cuales se seleccionó al azar:

- * Región Norte: 1 Jefatura de Sector de educación primaria que corresponde al 33.33%.
- * Región Costa Grande: 1 Jefatura de Sector de educación primaria, que corresponde al 33.33%.
- * Región Norte: 2 Supervisiones de educación secundaria, que corresponden al 25%.
- * Región Costa Grande: 1 Supervisión de educación secundaria, que corresponde al 25%.

-Tercera.- De cada una de las Jefaturas de Sector de educación primaria y Supervisiones de educación secundaria, elegidas en la etapa anterior, se seleccionó al azar:

- * Región Norte: 3 Supervisiones de educación primaria, que corresponden al 21.42%
- * Región Costa Grande: 3 Supervisiones de educación primaria, que corresponden al 27.27%
- * Región Norte: 7 planteles de educación secundaria, que corresponden al 31.81%
- * Región Costa Grande: 7 planteles de educación secundaria, que corresponden al 30.43%

En esta etapa se tomaron todos los integrantes de las unidades que fueron seleccionadas, para la aplicación del instrumento.

Posterior a la aplicación del MMPI-2, y de la aplicación de los criterios de exclusión y de inclusión, quedó la muestra formada por 168 mujeres, maestras de educación pública.

3.6.1 CRITERIOS DE EXCLUSION.

De los sujetos que integraron las muestras se eliminaron algunos, considerando los criterios de exclusión propuestos por Butcher (1989) para conocer si un perfil es válido a no en el MMPI-2. A saber:

- 1.- Puntuación mayor de 30 en la escala "no lo puedo decir".
 - 2.- Puntuación natural mayor de 20 en F.
 - 3.- Puntuación natural mayor de 20 en Fb (back-F).
- Y las nuevas escalas de validez del MMPI-2:
- 4.- INVAR con menos de 9 y más de 13 reactivos (Butcher, 1992).
 - 5.- INVER de 15 o más reactivos.

3.6.2 CRITERIOS DE INCLUSION.

De acuerdo a lo anterior, para este estudio se consideraron los siguientes criterios de inclusión:

- 1.- Sexo femenino.
- 2.- Índice de Gough hasta 9.
- 3.- Menos de 30 reactivos sin responder, escala "no lo puedo decir",(?).
- 4.- Puntuación natural menor de 20 en F.
- 5.- Puntuación natural menor de 20 en Fp.
- 6.- INVAR de 9 hasta 13.
- 7.- INVER hasta 15.

3.7 INSTRUMENTO.

Se utilizó la versión revisada del Inventario Multifásico de la Personalidad de Minnesota, denominado MMPI-2, de 567 reactivos, traducida al español, utilizando las normas desarrolladas para los propósitos del proyecto de adaptación en México. Así, los puntajes T para los sujetos que contestaron la forma, fueron derivados de las normas para la población mexicana; datos normativos establecidos a través de la investigación realizada en la Facultad de Psicología de la UNAM con un grupo de estudiantes universitarios (Lucio y Reyes, 1992). Se utilizó el mismo folleto (PSI - 9107) y las hojas de respuesta individual para lectura óptica diseñadas para dicha investigación.

El MMPI-2 continúa siendo similar al MMPI original en las escalas clínicas y las escalas básicas de validez, a saber:

Escalas Clínicas. Escala 1: Hipocondriasis (Hs)

Escala 2: Depresión (D)

Escala 3: Histeria (Hi)

Escala 4: Desviación Psicopática (Dp)

Escala 5: Masculinidad - Feminidad (Mf)

Escala 6: Paranoia (Pa)

Escala 7: Psicastenia (Pt)

Escala 8: Esquizofrenia (Es)

Escala 9: Hipomanía (Ma)

Escala 0: Introversión Social (Si)

Escalas de Validez. Escala L

Escala F

Escala K

Toma en cuenta como elementos de validez también:

Escala "No lo puedo decir", (?)

Índice de Goug.

Las diferencias en el MMPI-2 con respecto al original estriban en que se agregaron escalas de validez, de contenido y suplementarias que evalúan las actitudes del examinado y problemas clínicos que no medía el MMPI original.

Indicadores adicionales de validez del MMPI-2:

1.- Escala F posterior Fp.

2.- Escala INVAR.

3.- Escala INVER.

Escalas de Contenido.

Conductas sintomáticas internas: ANS (Ansiedad)

MIE (Miedos)

OBS (Obsesividad)

DEP (Depresión)

SAU (Preocupación por la salud)

DEL (Pensamiento delirante)

Tendencias agresivas externas: ENJ (Enojo)

CIN (Cinismo)

PAS (Prácticas antisociales)

PTA (Conducta Tipo A)

Autoconcepciones negativas: BAE (Baja autoestima)

Áreas de problemas generales: ISO (Incomodidad social)

FAM (Problemas familiares)

DTR (Dificultades en el trabajo)

RTR (Rechazo al tratamiento)

Escalas Suplementarias:**A - Ansiedad****R - Represión****Fyo- Fuerza del Yo****A-Mac- Alcoholismo de MacAndrew****Hr - Hostilidad reprimida****Do - Dominancia****Rs - Responsabilidad Social****Dpr - Desajuste Profesional****GM - Rol de Género Masculino****GF - Rol de Género Femenino****EPK - Desórdenes de Estrés Post Traumático****Ps - Desórdenes de Estrés Post Traumático de Shlenger.**

Específicamente en este estudio se trabajó con las puntuaciones T obtenidas en las siguientes escalas: la escala clínica básica 5 (Mf) y las escalas suplementarias: Represión (R), Rol de Género Femenino (GF) y Rol de Género Masculino (GM). Seleccionadas por la información que proporcionan, expuesta anteriormente.

3.8 PROCEDIMIENTO.

En relación a la muestra de estudiantes universitarias, los sujetos fueron asignados al azar en grupos, identificando los mismos por semestres de acuerdo a la carrera que cursaban, los cuales contestaron en grupo la versión en español para México del MMPI-2, (Lucio y Reyes, 1994).

Se aplicó en forma colectiva el Inventario Multifásico de la Personalidad de Minnesota MMPI-2 que es un cuestionario constituido de 567 preguntas, en donde los alumnos contestaron a su elección, con la opción de cierto o falso, utilizando el cuadernillo de preguntas y una hoja de respuestas.

La aplicación se llevó a cabo seleccionando en forma aleatoria los semestres y turno de las carreras de la Escuela de Artes Plásticas, 1o., 3o., 5o., 7o. y 9o. semestres, que correspondían de acuerdo al plan de estudios de la UNAM y que cursaban en ese momento los alumnos.

Para la Facultad de Ciencias no se aplicó el criterio anterior, debido a que los alumnos pueden cursar materias de cualquier semestre durante toda la carrera, por lo que se seleccionaron en forma aleatoria los semestres y turno de cada carrera, teniendo en la muestra alumnos de los semestres de 1o., 2o., 3o., 4o., 5o., 6o., 7o., 8o., 9o. y 10o.

Como cada semestre está constituido por varios grupos, se hizo la selección aleatoria para determinar qué grupos son los que quedaban integrados en la muestra. El número de sujetos por grupo varía de acuerdo a la demanda que tiene cada carrera.

En cuanto a la muestra de docentes guerrerenses, se estableció coordinación con el Programa Educación para la Vida, encargado de la capacitación al personal docente del Instituto de Educación Básica y Normal de la Secretaría de Educación en Guerrero en materia de prevención de adicciones y de educación sexual, solicitando se convocara a la población seleccionada a participar en la investigación y en un curso de educación sexual; el cual se impartió en cada una de las regiones muestra. Dicho curso tuvo una duración de 3 días. Durante este curso se sensibilizó al personal y el tercer día se aplicó el MMPI-2, nueva versión, en forma colectiva, dividida la población en cuatro grupos de 40 a 45 personas para facilitar la aplicación. Cada una de las maestras contestaron a su elección con la opción cierto o falso, utilizando el cuadernillo de preguntas y una hoja de respuestas. No se señaló tiempo límite. Se especificó y garantizó el anonimato en sus respuestas, a fin de que pudieran contestar con mayor libertad y sinceridad a los reactivos del instrumento.

3.9 ANALISIS DE DATOS.

En relación al tratamiento estadístico, se llevó a cabo el análisis descriptivo de los datos a través del Paquete Estadístico para Ciencias Sociales (SPSS), obteniéndose las frecuencias, medidas de tendencia central y medidas de dispersión de los puntajes obtenidos en las escalas del MMPI-2: escalas clínicas básicas, escalas suplementarias, escalas de contenidos y escalas de validez adicionales; poniendo especial atención a las puntuaciones encontradas en las escalas específicas de este estudio, a saber, escala clínica 5 (Mf) y escalas suplementarias Represión (R), Rol de Género Femenino (GF) y Rol de Género Masculino (GM), lo cual permitió el diseño de los perfiles poblacionales y el análisis de éstas últimas escalas.

En el nivel de estadística inferencial, se aplicó la Prueba t de Student, a fin de evaluar las Hipótesis planteadas y la significatividad estadística de las diferencias encontradas en las puntuaciones obtenidas por ambos grupos.

CAPITULO 4

RESULTADOS

4.1 ANALISIS ESTADISTICO DE LAS ESCALAS DEL MMPI-2

Para obtener los resultados del presente trabajo de investigación se sometieron a tratamiento estadístico las respuestas al MMPI-2 de las mujeres que conforman las dos muestras.

En un primer momento se aplicó la estadística descriptiva, a través del paquete estadístico aplicado a las ciencias sociales (SPSS), por medio del cual se obtuvieron las medidas de tendencia central y distribución de las variables; estos datos permitieron examinar las frecuencias, medias y desviaciones estandar para las puntuaciones obtenidas en las escalas de MMPI-2 y, así, diseñar el perfil de cada muestra.

En el cuadro A aparecen los datos generales de las dos muestras, considerando las X encontradas en relación a la edad, el estado civil y la escolaridad.

CUADRO A

VARIABLE	ESTUDIANTES UNAM	DOCENTES GUERRERO
	X	X
EDAD	21 AÑOS	34 AÑOS
ESTADO CIVIL	CASADAS	CASADAS
ESCOLARIDAD	PROFESIONAL	PROFESIONAL

Según estos datos ambas muestras presentan como media de las mujeres que las conforman una escolaridad de nivel profesional y como estado civil el estar casadas. La diferencia que aparece entre las edades podría ser un factor a considerar, pero tomando en cuenta que la asignación de roles de género se establece en la infancia y es muy difícil modificarlo (Money, 1987; Stoller, 1986; Luria, 1977; Saal, 1991), es posible suponer que entre las edades que tienen las mujeres de estas muestras de estudio no habría cambios muy significativos en su rol, es decir, que cuando la media de estudiantes de 21 años lleguen a tener los 34 de las maestras, el rol de género que ya han asumido seguirá siendo

el mismo. Por otra parte, como señalan Fow et al.(1994), la escala 5 no presenta variaciones importantes al comparar sus elevaciones en los diferentes grupos de edad.

La muestra de docentes del estado de Guerrero quedó constituida por 114 maestras de la región Costa Grande y 54 de la región Norte. En el cuadro B se puede observar la proporción de éstas respecto al nivel educativo en que laboran.

CUADRO B

REGION	NIVEL EDUCATIVO					
	PRIMARIA		SECUNDARIA		TOTAL	
	f	%	f	%	f	%
COSTA GRANDE	45	39.47	69	60.53	114	67.86
NORTE	<u>31</u>	<u>57.41</u>	<u>23</u>	<u>42.59</u>	<u>54</u>	<u>32.14</u>
TOTAL:	76	45.24	92	54.76	168	100.00

Después de haber aplicado los criterios de exclusión y de inclusión, quedaron 45 docentes de primaria y 69 de secundaria para Costa Grande. En la región Norte quedaron más de primaria, con 31, que de secundaria, con 23; pero sin embargo, al considerar la muestra global, la proporción entre las docentes de primaria y de secundaria es casi igual, o sea casi mitad y mitad del 100%.

El segundo paso que se llevó a cabo en este análisis estadístico consistió en aplicar la Prueba "t", de comparación de medias para poblaciones diferentes (con diferente número de sujetos), a fin de determinar si existen diferencias en las respuestas al MMPI-2 entre ambos grupos de mujeres.

Se consideró un grado de confianza de 99.95, dando ésto el índice de diferencia significativa al 0.05, es decir, aquellas variables que en la Prueba "t" sean significativas al nivel de 0.05 o menos se consideran como significativamente diferentes.

Los resultados obtenidos en las escalas de validez tradicionales y en las escalas clínicas señalan que existen diferencias significativas en las escalas Hs, Hi y Dp, presentando una \bar{X} mayor las mujeres de la muestra del estado de Guerrero; como se puede observar en la Tabla 1.

TABLA 1

PRUEBA t DE LAS MEDIAS DE PUNTUACIONES A ESCALAS DE VALIDEZ TRADICIONALES Y ESCALAS CLINICAS							
ESCALA	DOCENTES GUERRERO N= 168		ESTUDIANTES UNAM N= 1,107 (Muestra de Lucio y Reyes, 1992)			P	Sig.
	\bar{X}	D.S.	\bar{X}	D.S.	t		
L	6.08	2.50	5.14	2.26	4.58	.227	
F	6.76	3.37	4.97	3.13	6.43	.057	
K	15.81	4.41	5.59	4.32	.61	.760	
Hs	18.02	4.99	15.24	4.10	6.86	.000	*
D	24.04	5.34	22.40	4.90	3.74	.210	
Hi	24.43	5.80	21.98	4.91	5.18	.002	*
Dp	24.88	5.06	22.58	4.24	5.56	.002	*
Mf	29.53	3.63	30.34	3.71	-2.68	.656	
Pa	11.37	3.13	9.60	3.16	6.80	.827	
Pt	30.22	5.26	28.66	5.06	3.57	.662	
Es	32.08	6.33	28.62	5.90	6.65	.251	
Ma	21.42	3.66	21.14	3.74	.92	.335	
Is	28.20	8.25	27.48	8.18	1.06	.906	

*p<.05

Estas diferencias pueden indicar que las mujeres del estado de Guerrero presentan, en relación con la escala 1 (Hs), mayor preocupación por la salud, quejas por el funcionamiento corporal, desórdenes orgánicos específicos y más irritabilidad que las estudiantes de la UNAM; en cuanto a la escala 3 (Hi), se puede decir que tienden a ser más moralistas, convencionales e inseguras y, respecto a la escala 4 (Dp), más impulsivas y desconfiadas en sus relaciones interpersonales que las mujeres de la muestra de estudiantes.

En cuanto a las escalas suplementarias y las nuevas escalas de validez, se encontró que existen diferencias significativas en cinco escalas (A-Mac, Do, Fp, INVER e INVAR). En la Tabla 2 se observa que las diferencias no son uniformes, ya que en algunas escalas A-Mac, Fp e INVER las mujeres de Guerrero obtuvieron una \bar{X} mayor que las mujeres universitarias, y en las otras (Do e INVAR) fue a la inversa.

TABLA 2

PRUEBA t DE LAS MEDIAS DE PUNTUACIONES A NUEVAS ESCALAS DE VALIDEZ Y ESCALAS SUPLEMENTARIAS							
ESCALA	DOCENTES GUERRERO N= 168		ESTUDIANTES UNAM N= 1,107 (Muestra de Lucio y Reyes, 1992)		t	P	Sig.
	\bar{X}	D.S.	\bar{X}	D.S.			
A	13.44	7.06	12.33	7.41	1.89	.178	
R	19.17	3.85	17.93	3.84	3.86	.959	
Fyo	32.10	4.86	35.26	4.51	-7.91	.132	
A-Mac	20.16	3.93	19.45	3.30	2.22	.003	*
Hr	16.02	2.77	14.22	2.57	7.92	.175	
Do	14.37	3.00	16.37	2.70	-8.13	.019	*
Rs	21.91	3.08	21.25	2.88	2.59	.517	
Dpr	12.12	6.12	14.79	6.20	.64	.730	
GM	27.34	5.60	30.58	5.47	-7.00	.889	
GF	35.09	3.21	34.90	3.44	.69	.213	
EPK	11.19	6.28	8.89	6.16	4.42	.487	
EPS	15.96	8.59	13.15	8.46	3.94	.729	
Fp	4.72	2.66	2.85	2.39	8.57	.007	*
INVAR	8.62	2.43	9.43	.63	-4.34	.000	*
INVER	9.67	.81	7.39	2.58	22.81	.000	*

*p<.05

La diferencia en las medias entre las dos muestras de población puede indicar que, con respecto a la muestra de la UNAM, las mujeres del estado de Guerrero aparecen en la escala -Mac con mayor propensión a ingerir bebidas alcohólicas (ésto tal vez debido a que el clima de la región propicia que culturalmente esta conducta sea más tolerada). En cuanto a la escala Fp, se puede plantear que las mujeres de la muestra de Guerrero, no siguieron respondiendo al instrumento con el mismo interés con que iniciaron, puede indicar también que son más autocríticas, ansiosas e impulsivas; lo cual se relaciona con la impulsividad que aparece en la escala Dp, en la cual también las mujeres de Guerrero obtienen una \bar{X} mayor y aparece con diferencia significativa; así mismo, la tendencia a dar un sólo tipo de respuestas que aparece en la escala INVER.

Por otro lado, las estudiantes de la UNAM aparecen, según la escala Do, como más seguras, confiadas y con iniciativa que las mujeres de Guerrero. Presentan más inconsistencias de las respuestas variables en la escala INVAR.

La Tabla 3 muestra que en los datos relativos a las escalas de contenido se encontró diferencias significativas en las escalas SAU, DEL y FAM, donde la \bar{X} más elevada corresponde a la muestra de docentes de Guerrero.

TABLA 3

PRUEBA t DE LAS MEDIAS DE PUNTUACIONES A ESCALAS DE CONTENIDO							
ESCALA	DOCENTES GUERRERO N= 168		ESTUDIANTES UNAM N= 1,107 (Muestra de Lucio y Reyes, 1992)		t	P	Sig.
	\bar{X}	D.S.	\bar{X}	D.S.			
ANS	8.70	4.52	7.15	4.23	4.16	.106	
MIE	11.25	4.42	7.58	4.01	10.12	.101	
OBS	5.56	2.97	5.27	2.94	1.21	.860	
DEP	7.91	3.96	6.84	4.55	3.20	.201	
SAU	10.02	5.25	6.66	3.99	7.93	.000	*
DEL	3.67	2.52	2.42	2.32	6.03	.015	*
ENJ	5.25	2.84	5.59	2.96	-1.43	.514	
CIN	13.25	4.38	10.79	4.47	6.74	.460	
PAS	8.50	3.23	8.68	3.10	-.69	.608	
PTA	8.52	3.08	9.10	3.26	-2.25	.528	
BAE	5.02	3.42	4.81	3.71	.73	.219	
ISO	7.23	4.01	7.35	4.16	-.36	.312	
FAM	7.21	3.63	6.14	4.08	3.49	.041	*
DTR	8.53	5.07	7.83	4.98	1.66	.705	
RTR	6.13	3.54	4.65	3.48	5.04	.482	

*p<.05

Según estas diferencias, las mujeres de la muestra del estado de Guerrero presentan mayor preocupación por la salud y síntomas físicos diversos (lo que aparece también en relación a la escala clínica 1), mayor desconfianza en las personas que las rodean (que se relaciona con lo obtenido en la escala clínica 4) y problemas familiares, que las mujeres de la muestra de estudiantes de la UNAM.

A continuación se presentan en la Tabla 4, en conjunto, las escalas seleccionadas para esta investigación.

TABLA 4

PRUEBA t DE LAS MEDIAS DE PUNTUACIONES A ESCALAS DE CONTENIDO								
ESCALA	DOCENTES GUERRERO N= 168		ESTUDIANTES UNAM N= 1,107 (Muestra de Lucio y Reyes, 1992)			t	P	Sig.
	X	D.S.	X	D.S.				
Mf	29.53	3.63	30.34	3.71	-2.68	.656		
R	19.17	3.85	17.93	3.84	3.86	.959		
GM	27.34	5.60	30.58	5.47	-7.00	.889		
GF	35.09	3.21	34.90	3.44	.69	.213		

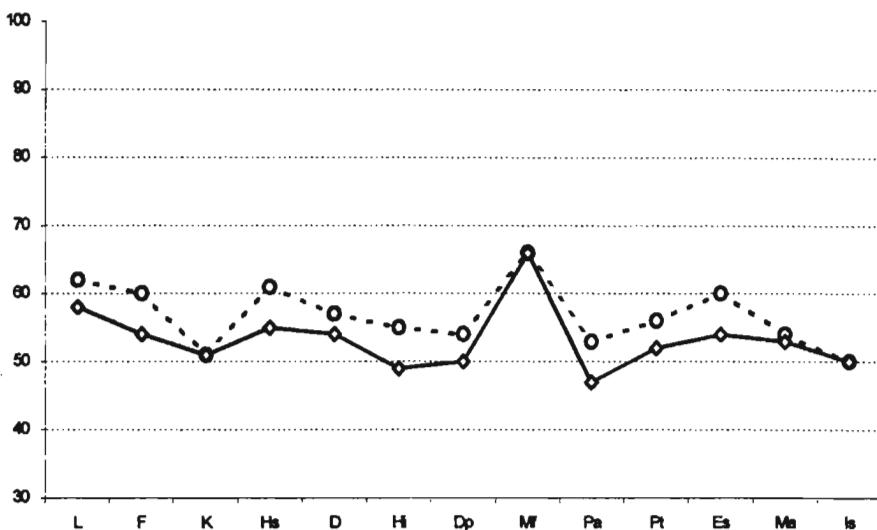
La escala clínica Mf no muestra diferencia significativa, lo cual puede indicar que la autopercepción del rol de las mujeres de ambos grupos de población es similar. Lo cual se corrobora al observar las escalas suplementarias R, GM y GF, la cuales tampoco presentan diferencias significativas.

4.2 PERFILES DE ESCALAS BASICAS CLINICAS, SUPLEMENTARIAS, CONTENIDO Y VALIDEZ ADICIONALES

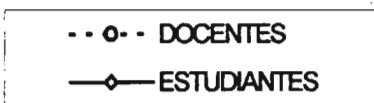
Por otro lado, es necesario mostrar las puntuaciones obtenidas en la elaboración de los perfiles correspondientes a las escalas mencionadas, lo cual aparece en las gráficas 1, 2 y 3.

En función de que el MMPI-2 es un instrumento de interpretación clínica, se considera que, a pesar de que en algunas escalas no aparecen diferencias significativas en el tratamiento estadístico aplicado, es necesario tomar en cuenta las diferencias en la puntuación T de los perfiles. Cuando se obtienen 4 puntos T o más de diferencia entre una muestra y otra se puede decir que ésta es clínicamente significativa.

En general, observando los perfiles correspondientes a las escalas clínicas tradicionales, a las escalas suplementarias, así como a las de contenido, se puede plantear que los tres perfiles presentan más similitudes que divergencias entre las dos muestras investigadas. Sin embargo es conveniente señalar y analizar las diferencias clínicas que aparecen.

GRAFICA 1.**PERFILES DE ESCALAS CLINICAS DEL MMPI-2
DOCENTES GUERRERO Y ESTUDIANTES UNAM****PUNTUACIONES T**

DOCENTES	6.08	6.76	15.81	18.02	24.04	24.43	24.88	29.53	11.37	30.22	32.08	21.42	28.20
ESTUDIANTES	5.14	4.97	15.59	15.24	22.40	21.98	22.58	30.34	9.60	28.66	28.62	21.14	27.48



Al comparar las puntuaciones T en el perfil de escalas clínicas básicas de las estudiantes de la UNAM con el de las maestras de Guerrero, se encontró que en general el perfil es semejante. Las diferencias señalan puntuaciones más elevadas para el perfil de docentes por encima de la muestra de estudiantes. La diferencia es mayor a 4 puntuaciones T en las escala paranoia (6), hipocondriasis (1), histeria (3), esquizofrenia (8), desviación psicopática (4) y F. La escala L (mentiras) presenta una elevación de 4 puntuaciones T.

En función de la escala paranoia (6), la cual presenta la diferencia mayor con 7 puntos T, puede hablarse de personas que tienden a ser más sensibles al rechazo que las mujeres de la muestra de la UNAM, así como más moralistas y desconfiadas; lo cual aparece también en las escalas histeria (3) y desviación psicopática (4). Cabe mencionar que esta escala es la más baja del perfil de estudiantes.

Las escalas hipocondriasis (1), histeria (3) y desviación psicopática (4) presentan diferencias tanto estadística como clínicamente significativas; sus implicaciones se señalaron en relación a la tabla 1.

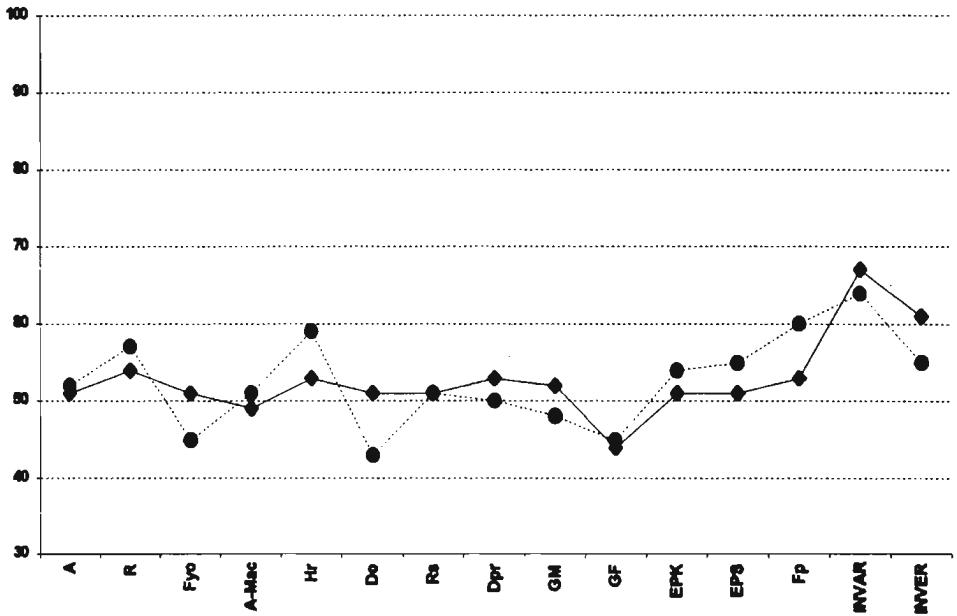
La escala esquizofrenia (8) puede reflejar poco interés por la gente, preocupaciones religiosas e irritabilidad (esto último se relaciona con la escala 1).

Las diferencias en la escala F reflejan que las docentes en relación con las estudiantes pueden ser más impulsivas (lo cual aparece también en la escala 4), inquietas e inestables, autocríticas y ansiosas.

Respecto a la escala L, parece indicar que la muestra de Guerrero está formada por personas más convencionales, conformistas y moralistas (que también se señala en la escala 3).

GRAFICA 2.
PERFILES DE ESCALAS SUPLEMENTARIAS Y DE VALIDEZ
ADICIONALES DEL MMPI-2
DOCENTES GUERRERO Y ESTUDIANTES UNAM

PUNTUACIONES T



DOCENTES	13.44	19.17	32.10	20.16	16.02	14.37	21.91	12.12	27.34	35.09	11.19	15.96	4.72	8.62	9.67
ESTUDIANTES	12.33	17.93	35.26	19.45	14.22	16.37	21.25	14.79	30.58	34.90	8.89	13.15	2.85	9.43	7.39



En el perfil de las escalas suplementarias del MMPI-2 aparecen diferencias en las puntuaciones T en varias escalas. Las estudiantes universitarias obtienen una elevación de 4 puntos o más sobre las docentes en las escalas Fyo, Do, Dpr, GM e INVER.

En relación a la escala Fyo, la cual se eleva más de 4 puntos T, parece indicar que la muestra de las mujeres universitarias (T51) pueden tender a ser más espontáneas, a tener un buen contacto con la realidad, sentimientos de autosuficiencia personal, capacidad para manejar el estrés y recuperarse de los problemas. Por el contrario, la puntuación obtenida por las mujeres de Guerrero (T45) indica que pueden ser más inhibidas, llegar a tener sentimientos de incapacidad para manejar la presión, pobre concepto de sí mismas y dificultades para adaptarse a situaciones problema.

La elevación en Do también es mayor de 4 puntuaciones T y podría señalar diferencias entre las dos muestras respecto a confianza en sí mismas, perseverancia, resolución y liderazgo; las mujeres universitarias obtienen una puntuación T de 50 y las docentes una T de 43 (siendo ésta la más baja de su perfil de docentes, además de aparecer con diferencia estadísticamente significativa).

Las escalas Dpr y GM tienen una diferencia de 4 puntos T, ambas puntuaciones oscilan en el perfil entre T45 y T55 (T50 y T55 para Dpr y T47 y T53 para GM), es decir, en la línea baja del promedio. Estas escalas tienen que ver con la adaptación emocional, el estado de ánimo, la confianza, la honestidad, la disposición a probar nuevas cosas y la presencia o ausencia de preocupación.

Por su parte la muestra de maestras guerrerenses obtiene puntuaciones mayores a 4 puntos T en las escalas Hr, EPK, EPS y Fp sobre las universitarias.

La escala Hr, con T60, es la más alta del perfil y podría señalar que las docentes pueden tender a tolerar menos la frustración sin reaccionar agresivamente que las universitarias.

Las escalas EPK y EPS presentan una diferencia de 4 puntuaciones T. En función de Fp, con más de 4 puntos T por arriba de las mujeres de la UNAM y diferencia estadística significativa, las docentes parecen tender a ser más agresivas (lo que se relaciona con la escala Hr), impulsivas, a querer mostrarse poco convencionales, autocríticas y ansiosas (aspectos que aparecen también en la diferencia de puntuaciones T respecto a la escala F).

En el perfil de las escalas suplementarias del MMPI-2 aparecen diferencias en las puntuaciones T en varias escalas. Las estudiantes universitarias obtienen una elevación de 4 puntos o más sobre las docentes en las escalas Fyo, Do, Dpr, GM e INVER.

En relación a la escala Fyo, la cual se eleva más de 4 puntos T, parece indicar que la muestra de las mujeres universitarias (T51) pueden tender a ser más espontáneas, a tener un buen contacto con la realidad, sentimientos de autosuficiencia personal, capacidad para manejar el estrés y recuperarse de los problemas. Por el contrario, la puntuación obtenida por las mujeres de Guerrero (T45) indica que pueden ser más inhibidas, llegar a tener sentimientos de incapacidad para manejar la presión, pobre concepto de sí mismas y dificultades para adaptarse a situaciones problema.

La elevación en Do también es mayor de 4 puntuaciones T y podría señalar diferencias entre las dos muestras respecto a confianza en sí mismas, perseverancia, resolución y liderazgo; las mujeres universitarias obtienen una puntuación T de 50 y las docentes una T de 43 (siendo ésta la más baja de su perfil de docentes, además de aparecer con diferencia estadísticamente significativa).

Las escalas Dpr y GM tienen una diferencia de 4 puntos T, ambas puntuaciones oscilan en el perfil entre T45 y T55 (T50 y T55 para Dpr y T47 y T53 para GM), es decir, en la línea baja del promedio. Estas escalas tienen que ver con la adaptación emocional, el estado de ánimo, la confianza, la honestidad, la disposición a probar nuevas cosas y la presencia o ausencia de preocupación.

Por su parte la muestra de maestras guerrerenses obtiene puntuaciones mayores a 4 puntos T en las escalas Hr, EPK, EPS y Fp sobre las universitarias.

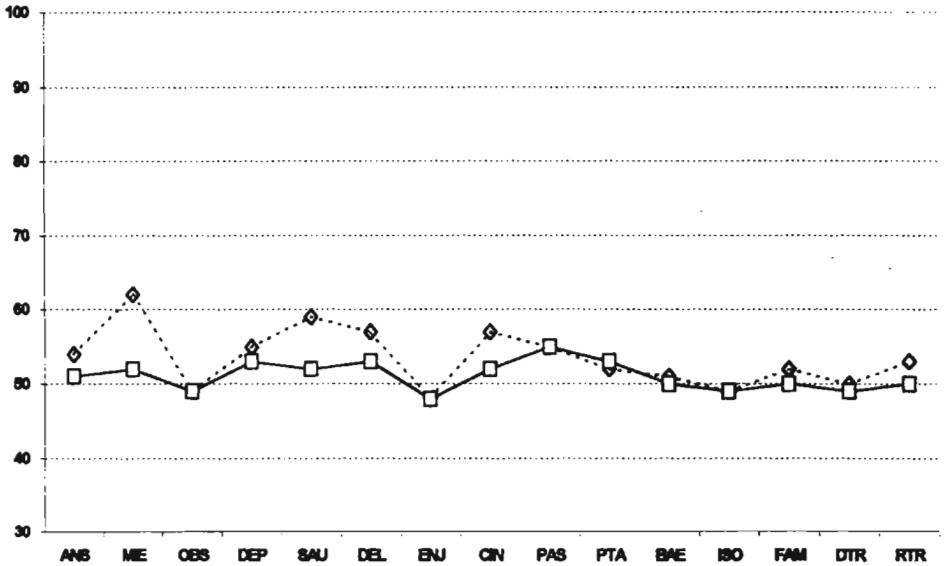
La escala Hr, con T60, es la más alta del perfil y podría señalar que las docentes pueden tender a tolerar menos la frustración sin reaccionar agresivamente que las universitarias.

Las escalas EPK y EPS presentan una diferencia de 4 puntuaciones T. En función de Fp, con más de 4 puntos T por arriba de las mujeres de la UNAM y diferencia estadística significativa, las docentes parecen tender a ser más agresivas (lo que se relaciona con la escala Hr), impulsivas, a querer mostrarse poco convencionales, autocríticas y ansiosas (aspectos que aparecen también en la diferencia de puntuaciones T respecto a la escala F).

GRAFICA 3.

**PERFILES DE ESCALAS DE CONTENIDO DEL MMPI-2
DOCENTES GUERRERO Y ESTUDIANTES UNAM**

PUNTUACIONES T



DOCENTES	8.70	11.25	5.56	7.91	10.02	3.67	5.25	13.25	8.50	8.52	5.02	7.23	7.21	8.53	6.13
ESTUDIANTES	7.15	7.58	5.27	6.84	6.66	2.42	5.59	10.79	8.68	9.10	4.81	7.35	6.14	7.83	4.65

---◇--- DOCENTES —□— ESTUDIANTES

En el perfil de las escalas de contenido se puede observar que de manera global son semejantes las distribuciones de las puntuaciones. Sólo aparecen 3 escalas con diferencias dignas de considerarse en las puntuaciones T: escalas MIE, SAU y DEL.

En las tres corresponde la elevación al perfil de las mujeres de Guerrero sobre el de las de la UNAM.

La mayor distancia se encuentra en la escala MIE (la más alta del perfil), donde las docentes obtienen T62 y las estudiantes T51; puede indicar mayor presencia de miedos específicos entre las mujeres de esta muestra.

La escala SAU también aparece con más de 4 puntos T y con diferencia estadística significativa, es la segunda más alta del perfil de maestras y se relaciona con síntomas físicos y preocupación por la salud, al igual que las escala 1 (la cual también presenta diferencias significativas, tanto clínicas como estadísticas y su elevación corresponde al perfil de maestras).

DEL presenta 4 puntos T de diferencia y hace referencia a procesos de pensamiento extraños, así como a ideación paranoide (que puede relacionarse con lo indicado en las escalas 4 y 6 respecto a la desconfianza en las personas que las rodean).

4.3 DISCUSION

El propósito del presente estudio fue obtener información respecto a la similitud o diferencia entre dos grupos de mujeres mexicanas: estudiantes universitarias de la UNAM y docentes del estado de Guerrero, respecto a como asumen su rol de género.

En las escalas estudiadas para realizar la comparación entre las dos muestras, a saber, escala clínica básica 5 (Mf) y escalas suplementarias Represión (R), Rol de Género Femenino (GF) y Rol de Género Masculino (GM), no aparecen diferencias estadísticamente significativas en la aplicación de la Prueba t.

En función de haber señalado que la muestra de estudiantes universitarias de la UNAM, que sirvió para la normativización, confiabilidad y validez del MMPI-2 en México, obtuvo una puntuación elevada (mayor de T60) en relación con la población estadounidense en la escala 5, hacía suponer que las mujeres mexicanas no están conformes con el rol femenino tradicionalmente estereotipado (Lucio y Reyes, 1994; Lucio et al. 1994). Esto indujo a dudar sobre la posible generalización de estos resultados en otros grupos de población femenina mexicana, ya que estos autores indicaron que las mujeres universitarias

constituyen un grupo atípico por las características que deben cubrir para incursionar en la universidad y en carreras no tradicionalmente femeninas. Así, en este estudio se planteó la necesidad de realizar comparaciones con grupos de población mexicana que tuvieran características diferentes a las estudiantes de la UNAM.

Al tomar como grupo comparativo a la población de maestras de educación pública se pretendió empezar a establecer este análisis, ya que son mujeres que han escogido una profesión que se ha considerado tradicionalmente femenina (Hierro, 1982; Perera, 1982) y, por otro lado, las mujeres de la muestra seleccionada para esta comparación viven en provincia; donde popularmente se señala que las tradiciones y costumbres son más arraigadas que en la ciudad de México.

Parece ser que, al no encontrar una diferencia estadísticamente significativa, se podría suponer que aparentemente las mujeres que componen los dos grupos del presente estudio asumen su rol genérico de una manera similar. Esto podría permitir señalar que los aspectos culturales influyen de manera importante en este fenómeno.

En relación a la escala 5, como señala Palacios (1994), esta semejanza tiene que ver con factores culturales ya que en su estudio concluye que, tanto las mujeres estudiantes universitarias como las pacientes psiquiátricas que conforman las muestras que analizó, presentan la misma elevación (encontrada aquí también) debido a que tanto unas como otras están cuestionando el rol femenino tradicional y sus puntuaciones son un reflejo de factores culturales que marcan sus actitudes.

Las puntuaciones T que aparecen en la escala R del perfil de las dos muestras se encuentran en la media, entre T50 y T60, lo que sugiere que las mujeres de ambos grupos de población presentan, en general, una actitud más bien desinhibida y abierta en sus relaciones sociales, pueden afrontar sus conflictos más que evitarlos, son espontáneas y poco convencionales.

La escala GM para el perfil de estudiantes cae en el área media del perfil con T52, pero para las docentes se ubica abajo con T48. Esto puede reflejar que las estudiantes de la UNAM pueden ser más audaces, seguras de sí mismas, perseverantes, entusiastas y despreocupadas que las maestras de Guerrero.

En cuanto a GF, la cual cae en T45 para los dos perfiles de mujeres estudiados, se puede señalar que no tienden a la religiosidad ni al abuso de drogas. Pueden tener confianza en sí mismas y ser poco sensibles. Esto último tal vez debido a que tienden a alejarse del rol tradicional femenino (escala 5) y a ser, por lo mismo, poco convencionales (escala GM), pues una de las características estereotipadas del rol tradicional femenino es precisamente la sensibilidad extrema, que ha llegado a manejarse a veces como sensiblería.

Las puntuaciones obtenidas en los perfiles del MMPI-2 -escalas clínicas básicas, escalas suplementarias y escalas de contenido- por las dos muestras de población femenina

estudiadas parecen ser similares en general, lo cual permite afirmar, como señala Tubert (1991, p.140), que "las mujeres se ven unificadas a través de la instancia psíquica que implica la identidad de género, unificadas en su femineidad".

Las diferencias encontradas reflejan que, en relación a otros aspectos de la dinámica psicológica, otros factores como puede ser la ubicación geográfica de las mujeres propicia reacciones, acentuadas o atenuadas, en algunos rasgos de personalidad.

Así, se encontró coincidencia en rasgos como: ser realistas, sensibles, equilibradas, razonables, con confianza en sí mismas, competitivas, energicas, racionales, precavidas, flexibles, adaptables, organizadas, optimistas, con disposición al cambio, sociables, activas, con adecuada expresión de la agresión y el enojo y con capacidad en la toma de decisiones. Estas características que aparecen en la interpretación global de los perfiles, aunado a lo que parecen indicar las escalas estudiadas (5, R, GM y GF), puede permitir suponer que estos dos grupos de mujeres mexicanas asumen, en la actualidad, actitudes y comportamientos que no son típicamente femeninos, tales como la sumisión, la abnegación, la pasividad, la inseguridad y la conformidad.

Por otro lado, aparecen rasgos distintivos de cada grupo de población. Las mujeres de la muestra de la UNAM aparecen como conformes con su autoimagen y consigo mismas, poco convencionales, emocionalmente abiertas, equilibradas, realistas, estables, sensibles, espontáneas, con sentimientos de suficiencia personal y capacidad para solucionar y manejar el estrés, así como para recuperarse de los problemas. Las de Guerrero se muestran defensivas, más moralistas, responsables, modestas, creativas, imaginativas, con poco interés en la gente, poco prácticas, poca capacidad de manejo de la presión y con temores específicos.

En relación a las escalas que presentan diferencias estadísticamente significativas entre los dos grupos de población femenina, se encontró que en las escalas F y Fp, así como en la 3 (Hi), las mujeres de la muestra de Guerrero aparecen como más convencionales, moralistas y rígidas que las de la muestra de la UNAM. Así mismo, las puntuaciones de las escalas I(Hs) y SAU indican que las mujeres de Guerrero están preocupadas por su salud, son más quejumbrosas e irritables a diferencia de las de la UNAM, las cuales no presentan estos rasgos.

En la diferencia encontrada en la escala Do se puede detectar que las mujeres de Guerrero aparecen con menos ascendente y control sobre los demás que las de la UNAM. La escala DEL muestra también una diferencia en relación a la confianza en los demás, donde las mujeres de la UNAM se muestran más confiadas y las de Guerrero presentan más desconfianza en los otros, así como más impulsividad e impaciencia.

Tomando en cuenta las diferencias en las puntuaciones T de los tres perfiles, se detecta que las mujeres de la muestra de maestras parecen ser más sensibles al rechazo que las mujeres de la muestra de estudiantes (escala 6) y a ser más desconfiadas (escalas 6, 3 y 4);

así mismo, más iritables (escalas 1 y 8), más impulsivas (escalas F, Fp y 4) más convencionales y más conformistas (escala F, Fp). Las docentes se presentan como más inhibidas, con mayores dificultades para adaptarse a situaciones problemáticas (escala Fyo), más inseguras y con poco ascendiente sobre los demás en sus relaciones interpersonales (escala Do) que las estudiantes.

CAPITULO V

CONCLUSIONES

Se puede señalar, a manera de conclusión general, que las actitudes y comportamientos de los dos grupos de población femenina estudiados -estudiantes de la UNAM y docentes del estado de Guerrero- parecen indicar un cambio en los intereses considerados como tradicionalmente femeninos. Al igual que plantean Lucio y Reyes (1994), ésto indica que parecen alejarse del rol tradicional femenino; ya que tanto en el estudio de estas autoras, como en el que nos ocupa, la escala más elevada del perfil de escalas clínicas básicas es la escala masculino-femenino (5). Se ha planteado que la escala 5 aparece elevada sólo en mujeres de educación superior (Butcher y Williams, 1992), sin embargo, a pesar de que las docentes tienen educación superior, han escogido una profesión tradicionalmente considerada femenina. Esto pone a discusión el hecho de que sólo las mujeres que incursionan en carreras consideradas poco femeninas (Lucio, et al. 1994; Kornfeld, 1995) presentan estas características. Además, tomando en cuenta los datos de las escalas R, GM y GF, los cuales pueden servir para aclarar y complementar lo encontrado en la escala 5 (Butcher y Williams, 1992), se confirma que las mujeres de ambos grupos parecen ser más bien espontáneas, poco convencionales y seguras de sí mismas; rasgos de personalidad que no van acordes con lo que en México se ha manejado históricamente y culturalmente como lo típicamente femenino, es decir, contrario a abnegadas, pasivas, sumisas y conformistas.

Se puede concluir también que, a pesar de que la escala 5 requiere adecuarse o modificarse, ya que debe ser objeto de una evaluación rigurosa por la forma en que fue construida (Lewin y Wild, 1991), por que en el MMPI-2 no sufrió modificaciones sustanciales para mantener la continuidad del instrumento y por que desde el punto de vista cultural los intereses femeninos han cambiado desde la década de los años cuarenta (Butcher y Williams, 1992), utilizando las escalas suplementarias GF y GM se puede obtener mayor información respecto a como asumen las mujeres su rol de género y, por otro lado, complementar los datos que aparecen en la escala 5.

Parece no haber diferencias sustanciales respecto a como asumen su rol genérico las mujeres de las dos muestras, a pesar de que hay otros aspectos de su personalidad en que difieren. Como, por ejemplo, los datos que sugieren que las mujeres universitarias de la UNAM tienden a ser más seguras de sí mismas, más confiadas, más audaces y poco convencionales que las mujeres docentes del estado de Guerrero. A su vez, éstas últimas, aparecen como más moralistas, preocupadas por su salud, irritables e impulsivas. La diferencia en estos rasgos podría estar relacionada con la ubicación geográfica o con la edad, ya que éstas son dos variables en las que no coinciden las muestras estudiadas.

Parece ser que la explicación más plausible de las características generales encontradas en las mujeres de este estudio es que la población femenina empieza a adoptar una conducta

andrógina, y no precisamente quiere decir que tienden a la masculinidad; ya que, al menos en este caso, se puede decir que fuera de las diferencias biológicas, los atributos femeninos y masculinos se van diferenciando cada vez menos en el desempeño de la mujer en la sociedad. Ya que, como señalan Acuña (1991) y Bonilla (1986), una identidad andrógina supone tener características de personalidad que implican la combinación de actitudes tanto femeninas como masculinas, que se consideran complementarias y más efectivas por ser flexibles y adaptativas.

Esto hace suponer que, como se señaló, a lo largo de la historia el papel de la mujer ha cambiado en función de los aspectos económicos y culturales; ahora se está viviendo un cambio similar desde hace medio siglo, ya que la mayoría de las mujeres sale a trabajar fuera del hogar.

Desde los tiempos más remotos, las mujeres han participado en diversas actividades, tanto dentro como fuera de su hogar. Las investigaciones antropológicas han concluido que la mujer siempre ha jugado un papel importante en la vida productiva de la humanidad. Por diversas razones, a lo largo de la historia, se les han otorgado o restringido -según la época y el lugar- las oportunidades de desarrollo personal y/o profesional, ya que "lo que aparece como femenino y masculino es contingente y cambiante a lo largo de la historia y entre diferentes culturas" (Saal, 1981, p.19).

En la actualidad se están viviendo las consecuencias del cambio que indujo, en los años cuarenta y cincuenta, la necesidad de la población femenina de incursionar en ámbitos públicos -antes considerados del dominio masculino-, ampliando así su campo de actividad más allá del hogar; ya que "las prácticas, símbolos y representaciones sociales sobre las mujeres y los varones han cambiado como resolución de conflictos en otras esferas sociales que poco tienen que ver con la sexualidad y la reproducción" (Barbieri, 1992, p.165). Aspectos que a partir de la aparición del patriarcado, de acuerdo con Engels, fueron los que determinaron las posiciones sociales de unas y otros.

El hecho de poder acceder a un oficio o a una profesión y con ésto contribuir a elevar la calidad de vida de los suyos y al desarrollo económico de su comunidad, implica modificaciones en sus actitudes, intereses, motivaciones y pautas de comportamiento; ya que se está presentando una homogeneización gradual en la equidad de géneros, contraria a la progresiva polarización de los caracteres de género que fue característica de épocas anteriores. Como señala Gagnon (1977) "nuestras concepciones del rol genérico (en términos de sus orígenes, su desarrollo, su permanencia, sus propiedades y, no lo olvidemos, su moralidad) han cambiado permanentemente durante el último medio siglo" (p.126).

Esta situación ha permitido cambios, así mismo, en las estructuras de la relación entre hombres y mujeres. A este respecto, el psicoanálisis proporciona una explicación del proceso de la construcción del sujeto sexuado en la sociedad, "de la construcción de la diferencia sexual que ha de inscribirse en la cultura para llegar a ser algo más que una

mera diferencia anatómica que, como tal, no significa nada" (Tubert, 1991, p.138). Porque la cultura "apresa el hecho de que los sujetos son seres sexuales y los ordena, organiza la división de los sexos, rige las relaciones entre ambos, adscribe funciones y va condicionando y produciendo fenómenos ligados a la economía monetaria y libidinal" (Torres, 1993, p.38).

Este cambio en las estructuras relacionales, en el transcurso de los últimos 40 años, se ha dado en dos generaciones, pudiéndose considerar todavía en proceso de transición. Es decir, que si bien se han presentado cambios en el papel que juega la mujer, todavía existen muchas actitudes y conductas consideradas como tradicionales. Ya que, como plantea Barbieri (1992), las mujeres ahora "existen como sujetos de algunos derechos y tienen algunos espacios de autonomía, pero también mucha indefensión" (p.167). A pesar de ésto, sin embargo, se ha podido constatar en este estudio que los dos grupos de población femenina que lo conformaron presentan, en general, similitud en cuanto al rol de género que han asumido. Presentándose algunas diferencias en otros rasgos de personalidad, como la preocupación por la salud, la desconfianza en los demás, mayor moralismo, la irritabilidad y la impulsividad, que se presenta en la muestra de las docentes del estado de Guerrero y no en la muestra de las estudiantes de la UNAM.

En función de los cambios que se han detectado en este estudio y en Lucio y Reyes (1994) acerca de que las mujeres están cuestionando su rol tradicional y en función también de las estructuras de relación con el género masculino, es necesario señalar que, si bien las mujeres se van alejando del rol considerado culturalmente como estereotipadamente femenino, los hombres "tratan de mantener una acentuada imagen de masculinidad" (Palacios, 1994, p.95). Este hecho se debe enmarcar, de acuerdo con Schnaith, en el sentido de que el ser humano encuadra su dimensión natural en el marco de otras leyes que pertenecen a la dimensión simbólica que plasma la cultura. Ya que "la cultura, orden de lo simbólico, no es un avatar del hombre natural sino que, por el contrario, la naturaleza, en el ser humano, es un modo de ser, en cada caso, de su propia cultura o de su estadio cultural" (1991, p.47). Y, por lo tanto, este desfase en el cambio de actitud entre hombres y mujeres propicia que la situación de la mujer en este momento histórico sea difícil, ya que todavía no se ha logrado avanzar lo suficiente para que ambos géneros asuman una actitud andrógina. La actividad profesional abre a la mujer al mundo, pero para el hombre es difícil volverse al hogar.

En este sentido, se puede concluir que la asignación de género en una sociedad y el asumir un rol de género específico por cada individuo, en este caso femenino, es semejante en los miembros que conforman dicha sociedad. A pesar de los cambios que se han estado viviendo en relación a la postura de la mujer y su papel y/o función social, los dos grupos de población femenina estudiados se presentan como similares en cuanto al rol de género asumido; entendiendo el género como una representación o un sistema de representaciones relativos a la pertenencia o la exclusión de un colectivo. Un código que establece, respectivamente, el conjunto de situaciones en las que los miembros de ese grupo pueden decir, sentirse o comportarse como nosotras/nosotros e involucra, a su vez,

una apropiación y/o un distanciamiento de las tradiciones (ya sea de un modo reflexivo o irreflexivo), las cuales atañen principalmetne a las representaciones simbólicas de las diferencias y las semejanzas entre las mujeres y los hombres, así como entre las mujeres mismas y los hombres mismos, sus características, sus capacidades y mutuas competencias, sus deberes, en suma, sus relaciones en general, en un contexto simbólico y cultural determinado.

Sin embargo, no basta con conocer estos elementos para eliminar las diferencias de género existentes dentro de la sociedad. La búsqueda de la equidad entre los sexos plantea la necesidad de reexaminar y revalorar el papel que las mujeres desempeñan en la sociedad, y crea la urgencia de diseñar y ejecutar acciones específicas en su beneficio, a fin de alcanzar una mayor igualdad de oportunidades y recompensas para hombres y mujeres, que favorezcan el desarrollo integral de la sociedad.

Todo sugiere que, sin olvidar ciertas limitaciones básicas, el sustrato biológico permite al hombre una libertad casi ilimitada para organizar sus posibilidades, y decir que la mujer no está biológicamente preparada para ésto es atribuirle a la biología sentidos que no tiene (Barbieri, 1992; Bardwick, 1983; Bleichmar, 1994; Careaga, 1994; De Beauvoir, 1989; De la Aldea, 1991; Diaz Walls, 1995; Dorantes, 1995; Granillo, 1996; Lamas, 1986; Lamas y Saal, 1991; Scott, 1985; Schnaith, 1991).

Inquietante en verdad es esta observación. Rompe con los estereotipos que conforman nuestro pensamiento. Nos abre a la alternativa de que, basados en pautas culturales, nosotros somos los constructores de nuestra realidad. Y, si bien esto puede llevar a la incertidumbre, también ofrece la esperanza de que podemos cambiar y mejorar nuestro mundo.

LIMITACIONES Y SUGERENCIAS

Las limitaciones del presente estudio tienen que ver con el problema de reunir a las mujeres participantes en la muestra de docentes, ya que la población está muy dispersa a lo largo y ancho del estado de Guerrero. Esto implicó tener que reunir por conglomerados las siete regiones de la entidad y realizar la aplicación del instrumento en dos de estas regiones, que si bien son representativas, habría que considerar el mosaico multiétnico de la provincia mexicana. Indudablemente la muestra debe ir ampliándose de tal forma que los resultados obtenidos tengan una mayor capacidad de generalización en la población femenina mexicana.

Así mismo, en función de la actividad a que se dedican las mujeres, se recomienda extender el estudio de este fenómeno a más grupos de mujeres con diferentes características que las mujeres universitarias; como por ejemplo, mujeres desempleadas, obreras, campesinas, etc. para investigar si las semejanzas encontradas en la forma en que asumen su rol de género las mujeres que conformaron las muestras de este estudio se mantienen.

En el sentido de los cambios culturales que han tenido lugar en los últimos cuarenta años en el papel que ha desempeñado la mujer en la sociedad, es necesario señalar que esta situación no se ha dado de igual forma en los hombres, los cuales continúan manejando casi las mismas actitudes y comportamientos de género tradicionales del rol masculino, como se señaló en el presente estudio. Respecto a lo anterior se puede sugerir que en los estudios de género no se pierda de vista tanto la dimensión femenina como la masculina, ya que en la realidad cotidiana una se entrelaza con la otra y, en última instancia, esta dinámica es lo que nos puede dar mayores elementos de análisis.

BIBLIOGRAFIA

Acuña, M. L. (1991) Estructura factorial del Inventario de Roles Sexuales de Bem en México: Roles sexuales y su relación en el autoconcepto. Tesis de Maestría inedita, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Alcalá, M. (1994) Acción para el siglo XXI, Salud y derechos reproductivos para todos. Editorial Family Care International.

Alessio, R. A. (1975) La mujer profesional en México. Conferencia del Año Internacional de la Mujer. México.

Allport, G. W. (1961) Psicología de la personalidad. Editorial Paidós, Buenos Aires. p.11 ↘

Alonso, J. (1986) El mito de la neutralidad. Editorial Hispánicas, México. ↘

Althusser, L. (1981) La filosofía como arma de la revolución. Cuadernos Pasado y Presente, México. p.36

Amelang, J. y Nash, M. (1990) Historia y género; Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea. Ediciones Alfonso el Magnánimo, Valencia.

Ampudia, A. Stilman, M. y Villanueva, E. (1977) Tendencia a la somatización en estudiantes de matemáticas, Estudio comparativo entre estudiantes de matemáticas y medicina, utilizando la Prueba de MMPI. Tesis de Licenciatura inedita, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Ampudia, A. (1994) El MMPI-2 y el rendimiento académico en un grupo de estudiantes universitarios. Tesis de Maestría inedita Universidad Nacional Autónoma de México, México. pp.3-10 ↘

Anastasi, A. (1967) Los tests psicológicos. Editorial Aguilar, México ↘

Arango, M. C. (1995) La mujer madura; Realidad, aprendizajes y perspectivas. En Hierro (comp.) Estudios de Género. Editorial Torres Asociados, México.

Astin, H. S., Parelman, A. y Fisher, A. (1958) Sex roles. A research bibliography. National Institut of Mental Health. Rockville.

Ausubel, D. (1958) Theory and problems of child development. Edit. Grune Stratton, New York.

Avila, M. I., Izaguirre, H. C. y Sánchez, Q. C. (1970) Normas de calificación del MMPI en adolescentes en la E.N.E.P. de la UNAM. Tesis de Licenciatura inedita, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Barbieri, T. (1992) Sobre la categoría género, Una introducción teórico-metodológica. Revista Interamericana de Sociología, 2 y 3. México. 2-31, 165-167

Bardwick, J. M. (1983) Psicología de la mujer. Editorial Alianza, Madrid. ✨

Basaglia, F. D. (1983) Mujer, locura y sociedad. (Trad.) Escuela de Filosofía y Letras, U. A. Puebla. p.17

Basaglia, F. D. (1987) Mujer, sociedad y política. (Trad.) Escuela de Filosofía y Letras, U. A. Puebla.

Baz, T. M. (1993) Metáforas del cuerpo. Tesis de Maestría inédita, Universidad Nacional Autónoma de México, México. p.192

Beach, F. A. En R. Linton, (1956) El estudio del hombre. Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Beach, F. A. (1974) Human sexuality and evolution, Reproductive behavior. Edit. W. Montagra y W. A. Satler, New York.

Ben-Porath, Y. S. y Butcher, J. N. (1989) The comparability of MMPI and MMPI-2 scales and profiles. Psychological Assessment, 1(4) dic.

Bischoff, L. (1975) Teorías de interpretación de la personalidad. Editorial Paidós, Buenos Aires.

Bleichmar, E. D. (1994) El feminismo espontáneo de la histeria. Editorial Fontamara, México.

Bleichmar, E. D. (1991) Deshilando el enigma. En M. Lamas y F.Saal. La bella (in) diferencia. Editorial Siglo XXI, México.

Bonilla, M, M. (1986) Un perfil de la mujer en el trabajo. Tesis de Maestría inedita, Universidad Nacional Autónoma de México, México. p.8

Brito, E. (1995) Educación y mujeres. Revista Fem, 150, sept. México.

Butcher, J. N., Graham, J. R., Dahlstrom, W. G. and Bowman, E. (1990) The MMPI-2 with college students. Journal of Personality Assessment. 54.

- Butcher, J. N. y Williams, C. L. (1992) Essentials of MMPI-2 and MMPI-A interpretation. University of Minnesota Press, Minneapolis. cap. 4,7
- Careaga, G. (1994) El lado oscuro de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo. Tercera Jornada de Mujer y Cultura, Sonora. 27
- Carontini, E. y Pereyra, D. (1979) Elementos de semiótica general. El proyecto semiótico. Colección Punto y Línea, Gustavo Gili, Barcelona. p.6
- Casabal, C. y Wengerman, A. (1974) Estudio de las características de personalidad utilizando el MMPI en una muestra representativa de la generación 1973 de la Facultad de Psicología. Tesis de Licenciatura inedita, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Cassirer, E. (1975) Las ciencias de la cultura. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. p.6
- Castellanos, R. (1950) Sobre cultura femenina. Tesis de Maestría inedita, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Catell, R. B. (1965) The scientific analysis of personality. Penguin Books, Baltimore. p.13, 32.
- Colligan, R. C. y Offord, K. P. (1987) A new look for the old scales: Contemporary norms for the augmented purdue subscales. Journal of Clinical Psychology. 43(6), nov.
- Cueli, J y Reidl, L. (1975) Teorías de la personalidad. Editorial Trillas, México. p.136
- Chodorow, N. (1978) The reproduction of mothering. University of California Press.
- De Beauvoir, S. (1994) El segundo sexo, La experiencia vivida. Tomo II) Editorial Alianza, México. pp.81-121
- De Ipola, E. (1982) Ideología y discurso populista. Folios Ediciones, México. p.28
- De la Aldea, E. y Rahman, G. (1991) Los juegos de Alicia. En M. Lamas y F. Saal. La bella (in) diferencia. Editorial Siglo XXI, México. (p.41)
- Díaz, G. L. (1982). La participación económica de la mujer en México. Segundo Simposium de Estudios e Investigación sobre la mujer, México.
- Díaz-Guerrero, R. (1988) Psicología del mexicano. Editorial Trillas, México.

- Díaz Walls, R. (1995) El psicoanálisis: Un instrumento de análisis del método feminista. En G. Hierro (comp.) Estudios de Género. Editorial Torres Asociados, México.
- Dolto, F. (1983) Sexualidad femenina. Editorial Paidos, Buenos Aires.
- Dorantes, G. M. (1995) La mujer mirada como madre. En Hierro (comp.) Estudios de Género. Editorial Torres Asociados, México.
- Engels, F. (1980) El origen de la familia, la propiedad privada y el estado. Ediciones Quinto Sol, México. p.62
- Espina, G. (1993) Psicoanálisis y subordinación femenina. En Acosta. Diosas, musas y mujeres. Monte Avila Editores Latinoamericana, Caracas. p.49-56, 64
- Eysenck, H.T. (1960) Handbook of abnormal psychology. Edit. Isacc Pitman and Sons, London.
- Fein, G. (1975) Sex estereotypes and preferences in the toy choices of 20-month-old boy and girls. Development Psychology, 19, 75.
- Fernández, A. M. (1993) La mujer de la ilusión. Editorial Paidos, Buenos Aires.
- Flores, G. M. (1994) Asertividad: Conceptualización, medición y su relación con otras variables. Tesis de Doctorado inédita, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Foucault, M. (1977) Historia de la sexualidad. La voluntad de saber. (Tomo 1) Editorial Siglo XXI, México.
- Foucault, M. (1986) Historia de la sexualidad. El uso de los placeres. (Tomo 2) Editorial Siglo XXI, México.
- Foucault, M. (1987) Historia de la sexualidad. La inquietud de si. (Tomo 3) Editorial Siglo XXI, México.
- Frank, G. A. (1977) La acumulación mundial 1500-1800. Editorial Colmann, París.
- Freud, S. (1981) Obras completas. Editorial Amorrortu. Madrid.
Tres ensayos para una teoría sexual (trabajo original publicado en 1905)
Teorías sexuales infantiles (trabajo original publicado en 1908)
Totem y tabú (trabajo original publicado en 1912)
Moisés y el monoteísmo (trabajo original publicado en 1913)
Introducción al psicoanálisis (trabajo original publicado en 1917)

Pegan a un niño (trabajo original publicado en 1919)
El yo y el ello (trabajo original publicado en 1923)
La organización genital infantil (trabajo original publicado en 1923)
El sepultamiento del complejo de Edipo (trabajo original publicado en 1924)
Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos (trabajo original publicado en 1925)
El fetichismo (trabajo original publicado en 1927)
Sobre la sexualidad femenin (trabajo original publicado en 1931)
Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (trabajo original publicado en 1932)
La feminidad (trabajo original publicado en 1933) p.20
El malestar en la cultura (trabajo original publicado en 1936)

Fow, N., Sittig, M., Dorris, G., Breisinger, G. y Anthony, K. (1994) An analisis of the relationship of gender and age to MMPI scores of patients with chronic pain. Journal of Clinical Psychology, 50 (4)

Gagnon, J. (1977) La interacción de los roles genéricos y la conducta sexual. En H. Katchadourian. (1984) Las bases de la sexualidad humana. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. 1984. (p.86, 267)

García, G. B. (1985) Factores relacionados con la satisfacción laboral en las mujeres: Un estudio comparativo. Tesis de Maestría inédita, Universidad Nacional Autonoma de México México. p.32

García, P. E. (1979) La maternidad y la mujer de hoy día, Una perspectiva psicoanalítica. Tesis de Maestría inédita, Universidad Nacional Autonoma de México, México. p.82

Gilligan, C. (1982) In a different voice. Psychological Theory and Women's Development. Universidad de Cambridge, Mass.

Graham, J. R. (1990) MMPI-2 assessing personality and psychopathology. Oxford University Press.

Granillo, V: L. (1996) ¿Porqué hablar de las mujeres en la construcción de las identidades nacionales?. Revista Fem, 122, feb. México. 21-22

Green, R. (1977) Influencias biológicas sobre la identidad sexual. En H. Katchadourian. (1984) Las Bases de la Sexualidad Humana. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. 1984. (pp.50-51)

Hathaway, S. R. (1965) Personality inventories. En B. Wolman, Handbook of Clinical Psychology. Edit. Mc Graw-Hill, New York.

Hathaway, S. R. y McKinley, J. C. (1967) Versión al español por Nuñez, R. Inventario multifásico de la personalidad MMPI. Editorial El Manual Moderno, México.

Hathaway, S. R. (1974) A coding system for MMPI profiles. Journal Consulting Psychology, 11.

Hierro, G. (1982) Aspectos de la educación no formal y formal de la mujer en México; los modelos educativos. Segundo Simposium de Estudios e Investigación sobre la Mujer, Baja California Sur.

Hierro, G. (1988) La mujer profesionista. Seminario: La participación de la mujer en la vida nacional, UNAM, México.

Hierro, G. (1990) De la domesticación a la educación de las mexicanas. Editorial Torres y Asociados, México. p.11

Hierro, G. (1995) Estudios de género. (Comp) Editorial Torres Asociados, México. pp. 7, 32

Irigaray, L. (1982) Ese sexo que no es uno. Editorial Saltés. Madrid.

Hooker, E. (1965) An empirical study of some relations between sexual patterns and gender identity in male homosexuals. Sex research. New Developments. New York. p.28

Jenkins, R. E. (1993) La mujer autónoma: Una nueva organización social, su adaptabilidad activa con relación a la mujer dependiente. Tesis de Doctorado inédita, Universidad Nacional Autónoma de México, México. p.52

Joekes, S. (1987) La mujer y la economía mundial. Editorial Siglo XXI, México. pp.15, 29

Kandiyoti, D. (1986) La mujer en los sistemas de producción rural. Serbal/UNESCO, Barcelona.

Katchadourian, H. (1984) La sexualidad humana: Un estudio comparativo de su evolución. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. p.23, 73

Kerlinger, F. N. (1988) Investigación del comportamiento. Editorial Mac Gramm-Hill, México.

Kohlberg, L. (1966) A cognitive-developmental analysis of children's sex-role concepts and attitudes. The development of sex differences. Stanford University Press.

Kollontai, A. (1989) Mujer, historia y sociedad. Editorial Fontamara, México.

Kornfeld, A. D. (1995) Police officer candidate MMPI-2 performance: Gender, ethnic and normative factors. Journal of Clinical Psychology, 51(4)

Kurian, S. (1984) Estudio transcultural para establecer normas con adolescentes mexicanos aplicando el MMPL. Tesis de Maestría inédita, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Lacan, J. (1982) La familia. Editorial Fontamara. México.

Lagarde, M. (1985) Cautiverios de las mujeres: Madres, esposas, putas, monjas y locas. Ediciones UNAM, México.

Lamas, M. y Saal, F. (1991) La bella (in) diferencia. Editorial Siglo XXI, México.

Lamas, M. (1986) La antropología feminista y la categoría género. Revista Nueva Antropología, 8(30), nov-dic. México. pp.7,12-35

Lancaster, J. B. (1977) El sexo y el género en la perspectiva evolucionista. En H. Katchadourian. (1984) Las Bases de la sexualidad humana. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. 1984. (p.15)

Langer, M. Maternidad y sexo. Editorial Siglo XXI, México. 1978.

LeVine, R. A. (1977) Antropología y sexo; Aspectos evolutivos. En H. Katchadourian (1984). La Sexualidad humana: Un estudio comparativo de su evolución. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. (p.23)

Levin, H. y Sears, R. (1956) Identification with pare as a determinant of doll play aggression. Child Development, 27

Lewin, M. y Wild, Ch. (1991) Tests, assessment and methodology. Psychology of Women Quarterly, (15).

Linton, R. (1956) El estudio del hombre. Editorial Fondo de Cultura Económica. México.

Long, K. A. y Graham, J. R. (1991) The masculinity-feminity scale of MMPI-2: Is it usefuy with normal men?. Journal of Personality Assessment 57(1)

López, R. e Izazola, M. (1994) Mujer y educación. Revista Fem, 105. México.

Lucio, E. y Reyes, L y Scott, R. (1994) MMPI-2 for México: Translation and adaptation. Journal of Personality Assessment, 63(1) 114

Lucio, E. y Reyes, I. (1994) La Nueva Versión del Inventario Multifásico de la Personalidad de Minnesota MMPI-2 para estudiantes universitarios mexicanos. Revista Mexicana de Psicología, 2(1), México. 51

Lucio, E. (1995) Inventario Multifásico de la Personalidad Minnesota, MMPI-2; Manual para aplicación y calificación. Editorial El Manual Moderno. México ✕

Luria, Z. (1977) Determinantes psicosociales de la identidad genérica del rol y de la orientación. En H. Katchadourian (1984) La sexualidad humana: Un estudio comparativo de su evolución. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. 1984. pp.61-62

Maccoby, E. (1972) Desarrollo de las diferencias sexuales. Editorial Marova, Madrid.

Maccoby, E. (1977) Identidad genérica y adopción del rol sexual. En H. Katchadourian (1984) La sexualidad humana: Un estudio comparativo de su evolución. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. pp.76, 92

Magaña. S. M. (1993) Feminolecto y masculinolecto. Revista Fem, 125, jul. México.

Marcuse, H. (1984) Contrarrevolución y revuelta. Editorial Joaquín Mortiz, México. pp.30, 61

Martin, M. K. y Voorhies, B. (1978) La mujer: Un enfoque antropológico. Editorial Anagrama, Barcelona. p.82

Marx, C. (1975) El capital. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. p.181

Masters, W. Johnson, V. y Kolodny, R. (1987) La sexualidad humana. Editorial Grijalbo, Barcelona. p.72, 91

Massolo, A. (1991) Por amor y coraje. El Colegio de México, México. pp.45-51, 111-112

Matamoro, B. (1991) El osito de peluche dorado. En M. Lamas y F. Saal. La bella (in) diferencia. Editorial Siglo XXI, México. p.62

Mead, M. (1972) Macho y hembra. Editorial Tiempo Nuevo, Caracas. ✕

Mead, M. (1981) Sexo y temperamento en las sociedades primitivas. Editorial Paidós, Barcelona.

Michel, A. (1983) El feminismo. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. p.32, 124, 148

- Millet, K. (1975) Política sexual. Editorial Aguilar, México.
- Mitchell, J. (1974) La condición de la mujer. Editorial Extemporáneos, México.
- Mizrabi, L. (1990) La mujer transgresora. Editorial Emecé. Buenos Aires.
- Moliner, M. (1983) Diccionario del uso del Español. Editorial Gredos, Barcelona.
- Money, J. (1982) El desarrollo de la sexualidad humana: Diferencias y dimorfismos de la identidad de género. Editorial Morata, Madrid. pp.10, 17, 70, 81
- Moreno, M. (1986) Como se enseña a ser niña; El sexismo en la escuela. Editorial Icaria, ✖
Barcelona. p.41
- Morris, Ch. G. (1987) Psicología. Un nuevo enfoque. Editorial Prentice-Hall. México. p.41
- Munley, P. H. (1991) A comparison of MMPI-2 and MMPI T-scores for men and women. Journal of Clinical Psychology, 47(1). 90, enero.
- Murdock, G. (1937) Comparative data on the division of labor by sex. Revista Social Forces, 15.
- Namo de Mello, G. (1985) Mujer y profesionista. En E. Rockwell. Ser Maestro: Estudios sobre trabajo docente. Editorial SEP/Caballito, México.
- Navarro, F. (1981) Reflexiones sobre algunas repercusiones sociales de la incorporación de la mujer al trabajo productivo. Primer Simposium de Estudios e Investigación sobre la Mujer en México, México.
- Nash, M. (1984) Nuevas dimensiones en la historia de la mujer. En Presencia y Protagonismo, aspectos de la historia de la mujer. Ediciones del Subal, Barcelona. 1984.
- Núñez, R. (1979) Aplicación del Inventario Multifásico de la Personalidad (MMPI) a la psicopatología. Editorial Manual Moderno, México.
- Núñez, R. (1987) Pruebas psicométricas de la personalidad. Editorial Trillas, México. p.17
- Padua, J. (1986) Investigación de la ciencias sociales. Editorial Limusa, México. 1986.
- Palacios, V. M. (1994) Análisis de la capacidad descriptiva del MMPI-2: Comparación de perfiles de pacientes psiquiátricos y estudiantes universitarios. Tesis inédita, Universidad Nacional Autónoma de México, México. p.24

Perrera, E. A. (1982) La evolución profesional de la mujer en la universidad. Segundo Simposium de Estudios e Investigación sobre la Mujer, México. 1982

Perry, W. N. (1971) A treasury of traditional wisdom. Edit. Simon and Schuster, New York.

Peterson, C. D., Hopkins, J. y Dalhstrom, W. (1992) The derivation of gender-role scales GM and GF for MMPI-2 and their relationship to scale 5 (Mf). Journal of Personality Assessment, 59(3), 487

Raluy, P. A. (1976) Diccionario Porrúa de la Lengua Española. Editorial Porrúa, México.p.186

Randal, M. (1970) Las mujeres. Editorial Siglo XXI, México.

Rangel, L. H. (1992) Sexualidad femenina en la representación plástica del cuerpo femenino en 6 mujeres artistas. Tesis de Maestría inédita, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Rapaport, D. (1978) Pruebas de diagnóstico psicológico. Editorial Limusa, México.

Reed, E. (1975) La evolución de la mujer. Editorial Fontamara, México.

Rivera, J. O. (1987) Interpretación clínica y psicodinámica del MMPI. Editorial Diana, México, pp.11, 13, 29

Rodríguez, M. (1988) La condición de la mujer en la sociedad prehispánica. Simposium: La participación de la mujer en la vida nacional, UNAM, México. 16

Rodríguez, M. (1991) Mujer, discurso e ideología: Hacia una construcción de un nuevo sujeto femenino, 1968. En Boletín de Antropología Americana. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 20. 9,14,32,67

Rodríguez, R. R. (1982) La mujer en el ámbito educativo. Segundo Simposium sobre Estudios e Investigación sobre la Mujer en México.

Rosaldo, M. Z. (1974) Women, culture and society. Ed. Rosaldo and Lamphere. Stanford University Press. California. p.172

Rubin, G. (1986) El tráfico de mujeres. Notas para una economía política del género. Nueva Antropología, 30. nov-dic. 7,15

Saal, F. (1981) Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos. En M. Lamas y F. Saal (1991). La bella (in) diferencia. Editorial Siglo XXI, México. pp.19, 21, 31-32, 35, 41

Salinas, O. (1981) Cambio de valores en la mujer desde 1950 a 1981. Primer Simposium sobre Estudios e Investigación sobre la Mujer en México.

Saltzman, J. (1992) Equidad y género. Ediciones Cátedra, España.

Scott, J. W. (1985) El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En J. Amelang y M. Nash (1990). Historia y género; las mujeres en la Europa moderna y contemporánea. Ediciones Alfonso el Magnánimo, Valencia. p.16

Schnaith, N. (1991) Condición cultural de la diferencia psíquica entre los sexos. En M. Lamas y F. Saal. La bella (in) diferencia. Editorial Siglo XXI, México. pp.25, 39-40, 47

Sears, R. R. (1977) Tipificación sexual, elección del objeto y crianza del niño. En H. Katchadourian (1984). La sexualidad humana: Un estudio comparativo de su evolución. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. pp.43-44, 107

Sercovich, A. (1977) El discurso, el psiquismo y el registro imaginario; Ensayos semióticos. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires.

Shapiro, J. (1977) Perspectivas interculturales sobre la diferenciación sexual. En H. Katchadourian (1984). La sexualidad humana: Un estudio comparativo de su evolución. Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Silos, G. M. (1981) La realidad social de la mujer mexicana. Primer Simposium de Estudios e Investigación sobre la Mujer en México, México. 2

Silva, A. M. (1989) Siete escalas para medir identidad: Erikson construcción y validación. Tesis de Maestría inédita, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Silva, C. R. (1985) Estilos en el manejo del conflicto en organizaciones mexicanas. Tesis de Doctorado inédita, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Stoller, R. (1986) Sex and gender: On the development of masculinity and femininity. Edit. Science House, New York. pp.23-25, 31, 67-71

Strauss, L. (1973) En G. Devereux. Ensayos de etnopsiquiatría general. Editorial Barral, Barcelona.

- Sullerot, E. (1979) El hecho femenino, ¿Que es ser mujer!. Editorial Argos Vergara, Barcelona.
- Taboada, M. L. (1993) Normalización del MMPI-2 en población universitaria en Nicaragua. Tesis de Maestría inédita, Universidad Nacional Autónoma de México, México. pp.6, 8, 20
- Tanner-Barry, A. (1990) La descripción de combinaciones asociadas en MMPI con dos tipos de códigos: códigos que involucran la escala 5. Journal of Clinical Psychology
- Thompson, C. (1964) On women. Seleccionada por P. M. Green, de Interpersonal Psychoanalysis. Editorial New American Library.
- Thompson, C. y Bentler, S. (1973) El desarrollo del papel sexual femenino en los varones: Una teoría de su monografía. Edit. Archives of Sexual Behaviour, 5, 83
- Torres, A. M. (1989) Nueva identidad femenina; El dilema de las diferencias. Editorial Porrúa. México. p.13
- Torres, A. T. (1993) Mujer y sexualidad; La inserción de la mujer en el orden sexual. En V, Acosta (Comp.) Diosas, musas y mujeres. Monte Avila Editores Latinoamericana, Venezuela. (p.38)
- Tubert, S. (1991) Psicoanálisis y feminidad. En M. Lamas y F. Saal. La bella (in) diferencia. Editorial Siglo XXI, México. (pp.136-138)
- Villa, L. L. (1995) Educación primaria, problemas y retos. Doble Jornada, 104, sept., México.
- Vitale, L. (1981) Historia y sociología de la mujer latinoamericana. Editorial Fontamara, Barcelona.
- Whitehead, H. (1981) Sexual meanings the cultural construction of gender and sexuality. Edit. Cambridge University Press, Cambridge.
- Wolff, W. Ch. (1970) Introducción a la psicología. Editorial Fondo de Cultura Económica, (Breviario No. 82), México. pp.61- 62
- Zetkin, C. (1976) La cuestión femenina y la lucha contra el Reformismo. Editorial Anagrama, Barcelona.
- Yankelovich, D. (1991) Edit. Science House, New York.